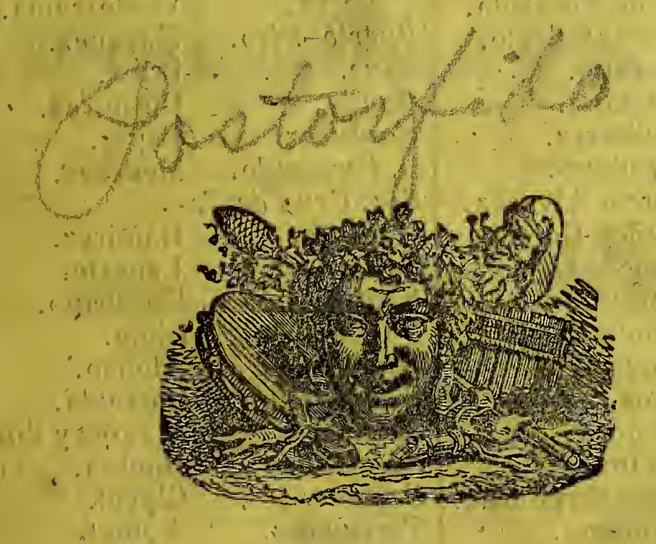
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

OLIMPIA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.

Postorfilo



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

OLIMPIA,

DRAMA REFUNDIDO Y ARREGLADO DEL FRANCES

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

POR

Don Miguel Pastorfido.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

AL DISTINGUIDO ACTOR

D. JOAQUIN ARJONA,

EN MUESTRA DE GRATITUD Y CARIÑO,

Miguel Pastorfido.

PERSONAJES.

OLIMPIA.
LA CONDESA VIUDA DE RUDENTZ.
ROSA.
CLARA.
GASTON, CONDE DE RUDENTZ.
DERVIL.
FELIPE, MARQUES DE RUDENTZ.
FLESANT.
JORGE.
BERNARDO.
ANSELMO.
DOS CRIADOS.
EL MAYORDOMO DE LOS BAÑOS.
Criados, Damas y Caballeros que no hablan. Acompañamiento.

La accion pasa en Paris durante los primero, tercero y cuarto actos. El segundo en los baños de Bourbone.

ACTO PRIMERO.

Un salon elegante en casa de Olimpia.

ESCENA PRIMERA.

Clara, Rosa, *por el foro.*

Rosa. ¿Se puede entrar?

Clara. Adelante.

Rosa. ¿No es aqui donde vive la señorita Olimpia, artista de la comedia francesa?

Clara. Efectivamente, aqui es; pero no está en casa; si quereis esperarla...

Rosa. Con mucho gusto: ¿me permitireis que me siente?.. *(Se oye ruido fuera.)*

Clara. *(Mirando hácia fuera.)* Oh, no podeis permanecer en esta sala, porque llegan ya las visitas de la señora.

Rosa. ¡Y qué elegantes son esos caballeros! ¿Qué vienen á hacer aqui?

Clara. ¡Buena pregunta! Vienen á hacer la corte á la señora. Entrad en en esa habitacion: yo os avisaré cuando llegue.

Rosa. Gracias. *(Sale por la izquierda, los otros entran por el foro.)*

ESCENA II.

Clara, Gaston, Dervil, Flesant.

Dervil. Os aseguro, querido Conde, que estais triste; y, regla general, cuando un jóven de vuestras circunstancias, pierde su habitual alegria y buen humor, es porque está enamorado. Ayer os vi en el teatro, y ya teniais ese rostro sombrio: únicamente al pisar las tablas nuestra bella actriz, se animaron vuestros ojos. ¿Con franqueza de amigo, seria ella tal vez la que os arrebata vuestra tranquilidad?

Flesant. ¡Pero, qué diablo! por mucho que sea el mérito de esta dama, al cabo es mujer; y ya sabeis que en el arte de la guerra, no se reconocen fortalezas inespugnables.

Dervil. Dicen que ha resistido á la lluvia de oro del caballero de Montbarrey. El exministro ha sido menos feliz que Júpiter ó nuestra Olimpia mas virtuosa que Danae. (*Gaston se ha separado de ellos, acercándose á Clara.*)

Clara. (*A media voz á Gaston.*) La señora no tardará en venir.

Flesant. Pero calla: ¿quién es esa figura que aperece ahora?..

ESCENA III.

Dichos: Saint-Far.

St.-Far. (*A Clara que se aleja.*) ¿No ha vuelto Olimpia?

Clara. (*Yéndose.*) Todavia no.

Flesant. ¿Sois el padre, ó el tio de nuestra Melpómene?

St.-Far. (*Saludando.*) Poco menos, caballero.

Gaston. (*Acercándose á Saint-Far, y dándole la mano.*) Felices dias, Saint-Far.

Dervil. ¡Oh! Señores, el bueno de Saint-Far, el Crispin de la comedia, el heredero de los Poisson, salud amigo: no os habiamos reconocido al principio.

St.-Far. El traje... el traje cambia mucho á las personas.

Dervil. Y no obstante, os aplaudiamos ayer como unos lugareños.

St.-Far. ¿Quedásteis satisfechos? Estuvo bien, ¿no es verdad?

Dervil. ¡Del icioso!

St.-Far. ¿Quién? ¿Olimpia?

DERVIL. Pues qué, hablábais de...

ST.-FAR. De ella, de mi discípula... porque es mi discípula, señores. En cuanto á mí, quién se ha de ocupar de cosa tan pobre? Yo no soy mas que una especie de supernumerario. Remplazo á ciertos actores cuando estan cansados, y nada mas. Sirvo para decir algo al público, ínterin se viste la célebre actriz, y no obstante, mi ocupacion tiene su importancia, porque cuando Olimpia se retarda, tartamudeo, repito las palabras; y aunque esto me suele valer algunas silbas, las sufro con gusto, porque Olimpia no falta á su salida, y el público la acoge con una salva de aplausos. (*Los demas se rien.*)

DERVIL. ¡Pobre Saint-Far!

ST.-FAR. Pronto dejaré de prestarle esos pequeños servicios. Me hago viejo con demasiada prisa, y hay muchos jóvenes detras de mí, que me empujan. Tendré que contentarme con una pensioncilla para mal vivir, y con el derecho de ocupar el último rincon del teatro, en que ella represente, para oirla, para llorar á mi placer, cuando la inunden de bravos y de flores. (*Llora riendo.*) Dispensadme, señores, pero esto es superior á mí. Figuraos que cuando trabajo y necesito llorar, no encuentro ni una lágrima; pero si ella está en escena lloro, lloro sin interrupcion... lloro hasta cuando es preciso reir. (*Los demas se rien, y él continua tambien riendo.*) ¡Qué quereis! Los viejos estamos llenos de manias, y la que mas me domina, es adorar á Olimpia.

FLESANT. ¿En qué grado sois pariente de ella?

ST.-FAR. En el mas próximo, atendiendo al corazon; pero ante la ley, no soy mas que un pobre hombre que ha encontrado un tesoro, del cual se le puede despojar, sin que tenga derecho á pedir la mas pequeña recompensa. (*Enjugando una lágrima.*)

FLESANT. ¿Y cómo ha sido?

DERVIL. Contadnos eso, Saint-Far. Ya sabeis cuanto nos interesa todo lo que se refiere á nuestra gran artista.

ST.-FAR. Lo celebro, porque me gusta hablar de ella. He referido la historia á todo el mundo, y muchas veces por la noche, cuando la contemplo por algun agujero, que practico en los telones, aunque sean nuevos, llevo á mi lado al celador de los bastidores y le digo: «¿Veis

esa hermosa criatura? pues hace diez años, cuando no tenia mas que catorce, mortificaba su vida con los rigores de la lluvia y de la nieve. ¡Nunca podré olvidar la noche en que hallé á la pobre niña abandonada!.. ¡Hacia un frio terrible, y se arrastraba penosamente, tiritando, con la cabeza descubierta, los largos cabellos manchados de lodo, y una guitarrilla á la espalda!.. Murmuraba apenas una cancion, que se helaba en sus labios, y de tiempo en tiempo, se detenia delante de las tiendas, para contemplar al través de los cristales el chispeante fuego, en que se calentaban otros niños como ella. Era la víspera de Navidad, y Olimpia no contaba para el siguiente dia, ni con un pedazo de pan que llevar á su boca. Yo la habia seguido... lo cual hizo que me retardase, y que me impusieran en el teatro una multa de diez escudos. Yo la habia seguido, y al ver que los mozos del café de Procopio la echaron, sin dejarla concluir su cancion, y que la infeliz se iba llorando en silencio, me acerqué á ella: al principio le causaba miedo; pero como la nieve caia en abundancia, y tenia mucha hambre, se dejó conducir. Una hora despues entraba conmigo en la comedia francesa; y desde entonces mi Olimpia, ni ha tenido frio, ni ha dejado de comer todos los dias. (*Enjugándose una lágrima.*)

Gaston. Fué una accion generosa.

Dervil. Efectivamente.

St.-Far. Dios me le ha recompensado con la prodigalidad que acostumbra, porque mi niña se ha hecho una gran actriz. Algun trabajo nos ha costado. Ya se vé. Aunque hermosa, era tambien honrada, y para llegar á su término, ha necesitado echar por el camino mas largo. Yo decia á todos que tenia talento, que ardia en su frente el genio; pero al mirar su traje raido, la dejaban en un rincon, arrojándole, para que lo mordiese, los pedazos de papel que ninguna actriz queria. Esto duró diez años, y hubiera continuado hasta lo infinito, si en el anterior la señorita Sainval no se hubiera puesto mala un dia momentos antes de la representacion. Era domingo: la sala estaba de bote en bote; y como entre nosotros lo último que se hace es devolver el dinero que ha entrado en el despacho, la direccion ra-

biaba, al ver que por falta de *Camila* no podia darse el *Horacio*: entonces yo me puse á gritar: «La niña sabe el papel y está pronta para la salida.» Al principio dudaron; pero Olimpia estaba tan fieramente soberbia con su traje, que les inspiró confianza. Se propuso el cambio al público, y lo murmuró; porque el público murmura siempre: felizmente llovia mucho, y todos se quedaron. ¡Si viérais qué abrazo dí á Olimpia! La correspondia un parlamento; y á las voces de «¡prevenido!... ¡fuera!» la lancé en escena. La pobrecita temblaba como la hoja en el árbol, y al encontrarse con aquel mar imponente de cabezas, sus ojos se turbaron... ¡creí que se desmayaba! ¡Pero su belleza habia producido efecto: todavia no hablaba; y ya era seguro el triunfo!... ¡La aplaudieron, la animaron, y estuvo sublime! ¡Cuando volvió á entrar por los bastidores, tropezó con un bulto que rodaba en el tablado, conmigo, que me habia puesto malo de placer!

DERVIL. ¿De manera que os lo debe todo?

ST.-FAR. Ella hace lo posible por desquitarse. Dentro de breves dias tiene lugar mi beneficio, y vengo á pedirle que represente, para añadir cinco mil libras á las mil quinientas que conseguiria, si ella no trabajase.

DERVIL. No dudeis de su consentimiento.

ST.-FAR. No, señor... ni he dudado nunca.

GASTON. (¡Ah!) ¿Por lo visto tiene pasion al teatro?

ST.-FAR. Como que es su vida. No lo dejará por nada en el mundo.

GASTON. ¿Por nada?...

CLARA. (*Con un paquete de cartas.*) En este momento la señora entra á caballo en el patio.

DERVIL. Veamos. (*Todos se dirigen al balcon.*)

FLESANT. Está encantadora con ese traje. (*Palmoteando.*) ¡Bravo, Olimpia!

TODOS. ¡Bravo! (*Aplaudiendo.*)

ST.-FAR. (*Alejándose de los otros.*) ¡Este es el mundo! ¡Cuando la niña no tenia mas que sus harapos, ninguno de estos señores le hubiera arrojado un miserable escudo!

DERVIL. (*Desde el fondo.*) ¡Aqui está, aqui está! (*Todos le abren paso. Olimpia aparece en traje de montar.*)

ESCENA IV.

DICHOS, OLIMPIA.

OLIMPIA. Buenos dias, señores. Me esperábais y lo siento, porque apenas dispongo del tiempo preciso para saludaros. Su Majestad nos honra esta noche: ha pedido la *Andrómaca* y necesito repasar mi papel de *Hermione*. Po eso llego á todo escape y os despido de igual manera.

CLARA. (*Junto á la chimenea dando á Olimpia las cartas.*) Señ' ra, estas cartas, cuya contestacion esperan...

FLESANT. (*Acercándose.*) ¡Y qué, bella inhumana, cuando teni: tanto que deciros!...

OLIMPIA. En ese caso, tomad un apunte, y entregádmelo est noche en un entreacto. (*A Clara*) Prepara mis trajes A dios, señores: no tengo tiempo para mas.

GASTON. (*Ap. á Olimpia.*) Necesito hablaros.

OLIMPIA. (*Id.*) Para vos, querido Conde, menos aun que para cualquier otro. Os escucharia demasiado tiempo.

GASTON. Permitid, que os escriba.

OLIMPIA. (*Señalando á Clara, que se ocupa en arrojar á la chimenea las cartas que ella rompe.*) Ya veis como respondo

GASTON. ¿Quereis que os espere en vuestro salon? Vendré cuando me llameis.

OLIMPIA. (*Riendo.*) ¿Y si os olvido?

GASTON. Me destrozais el alma.

OLIMPIA. (*A media voz, acabando de repasar una carta.*) ¡Ah! es de él.

GASTON. ¿De quién? (*Queriendo tomar la carta.*)

OLIMPIA. (*Con severidad.*) ¡Señor Conde!...

GASTON. Perdonadme.

OLIMPIA. (*Bondadosamente.*) ¡Es de un amigo, celoso!

GASTON. Sed buena en todo.

OLIMPIA. Bien... esperadme. (*Inclinándose y alejándose.*)

FLESANT. Hermosa Olimpia, ¿habeis pensado en mi amor? ¿Habeis pensado en las riquezas que podria ofrecer á vuestros pies?

OLIMPIA. ¿Y qué quereis que haga yo de vuestro amor y de vuestras riquezas? Guardad uno y otro para vuestra esposa: dicen que es encantadora, y no dais pruebas de buen gusto desdeñándola.

FLESANT. (*Saludando.*) Está bien. (Esperaré algun tiempo.)
OLIMPIA. (*A Clara.*) Clara, ¿no ha preguntado una jóven por mí?
CLARA. Si, señora: en esa habitacion está.
OLIMPIA. Necesito hablarla. (*Viendo á Saint-Far que está sentado, como esperando.*) ¡Ah! ¿Sois vos, padre mio? ¿Hace mucho tiempo que estabais ahí?
ST.-FAR. Bastante.
OLIMPIA. ¿No quereis abrazarme?
ST.-FAR. Pregúntale á un ciego si quiere ver... (*Abrazándola y mirando á los demas con orgullo.*) Yo solo... ¡Yo solo disfruto de tan dulce privilegio!
OLIMPIA. ¿Teníais algo que decirme?
ST.-FAR. Sí; pero volveré: queria pedirte un favor.
OLIMPIA. ¿Un favor? Entonces quedaos.
ST.-FAR. ¡Hija mia!
OLIMPIA. (*A Clara.*) Haz que entre esa jóven que ha preguntado por mí. (*Clara sale por la izquierda.*) No os detengo mas, señores. Despido á todos para que ninguno halle queja. (*Ap. al Conde*) Volved.
GASTON. Gracias. (*Besándole la mano: todos saludan.*)
FLESANT. (Se hace la cruel; pero no resistirá mucho tiempo.)
DERVIL. Os aplaudiré esta noche.
OLIMPIA. (*A Saint-Far.*) Esperadme allí. (*Señalando á la derecha.*) Y entre tanto repasad mi papel en lugar mio.
CLARA. (*Anunciando y yéndose despues.*) La señora Rosa Gantier.

ESCENA V.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. Señora... me habeis mandado venir... sin duda para encargarme algun traje...
OLIMPIA. (*Enjugando una lágrima y besando en la frente á Rosa.*) Te he buscado mucho tiempo, Rosa.
ROSA. ¿A mí?
OLIMPIA. Y á nuestra pobre madre tambien.
ROSA. ¿A nuestra madre?
OLIMPIN. No me conoces, y sin embargo, eres mi hermana.
ROSA. ¡Yo, yo hermana vuestra!
OLIMPIA. Abrázame: ¿te acuerdas de nuestra madre?
ROSA. Aqui está su retrato, nunca me separo de él. (*Ense-*

ñando un medallon que Olimpia besa.) ¡Ah! esas lágrimas... (*Abrazándola.*) Si, tú eres mi hermana... ¡mi madre era la tuya! (*Se abrazan.*) ¿Pero cómo?..

OLIMPIA. (*Sentándose ambas.*) Es una historia tan triste como sencilla. Seducida y abandona nuestra madre, iba á espirar, al tiempo de darme á luz; y como ella no podia criarme, entró en un hospicio y yo fuí colocada en una casa extraña, de donde me robaron.

ROSA. ¿Te robaron?

OLIMPIA. Sí: un mendiga que me castigaba cuando no recogiamos limosna. A los doce años tuvo resolucion para separarme de esta mujer, y desde entonces vivia de mis canciones. Como mi madre, he pasado por todos los dolores y angustias de la miseria, y ya iba á caer exánime á las puertas de algun hospital, cuando un hombre compasivo me recogió y me adoptó; con ayuda de algunos indicios quiso devolverme á mi familia, y por la mujer, á quien habia sido confiada y cuyo nombre pude retener, supo que mi madre se habia casado, que habia tenido otra hija, y por último que habia muerto. ¡Tenia una hermana, una hermana! Mucho tiempo te he buscado, aunque inútilmente. Hasta ayer no supe que eres la esposa del señor Gantier. Entonces te hice llamar y hé aqui todo. Como te dije, es una relacion tan triste como sencilla.

ROSA. ¡Oh! ¡bien triste!

OLIMPIA. Al menos tú habrás podido cuidar á nuestra pobre madre. Cuán feliz me hubiera contemplado, rodeando su vejez de alegria y bienestar. La primera vez que hube en mis manos un poco de oro, esclamé. «Si mi madre estuviese aqui ahora, olvidaria su miseria.» El dia en que me revelaron que tenia talento, el dia en que triunfante y satisfecha con mi primer éxito, me hallé sola, murmuré: «Si mi madre se encontrase aqui, participaria de mi triunfo y de mi satisfaccion.» Todas las noches cuando la multitud se estrecha para verme y aplaudirme, buscan mis ojos en la sala á alguien, á alguien que me habria seguido con los suyos, que me habria aplaudido con todo su corazon: busco á mi madre! ¡á la madre del alma mia!

ESCENA VI.

Dichas, Clara.

Clara. Señora... (*Rosa se levanta para ocultar su emocion.*)

Olimpia. (*Queriendo serenarse.*) ¿Por qué has entrado sin que te llamase?

Clara. El diamantista ha vuelto ya con las joyas.

Olimpia. Bien: pon esa caja sobre la consola, y no entres mas.

Clara. (¡Oh! que insolente he de ser cuando tenga criados; cumpliré con el encargo del Vizconde... ¡pobre señor!.. perderá el tiempo y sus alhajas. Pudiera haberlas empleado mejor.) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VII.

Olimpia, Rosa.

Rosa. ¡Diamantes! Nunca los he visto, sino de lejos.

Olimpia. Pues míralos, hermana, míralos.

Rosa. ¡Qué cosa tan bella! Esto debe costar muy caro.

Olimpia. No... no me ha costado nada.

Rosa. ¡Nada! Bien decia yo... ¡esto es muy caro!

Olimpia. (*Con severa dignidad.*) Hermana, dame ese caja. (*Abriéndola.*) Mírala bien: este brazalete de esmeraldas me fué regalado por la señora de Narbon, estos pendientes por la de Polignac, esta cruz por la princesa de Lamballe y este collar de diamantes, mi mas preciada joya, es don de S. M. la Reina. Contémplalo bien, hermana mia: no hay otra cosa en la caja.

Rosa. Perdóname por haber acogido tan ruin pensamiento. ¡Ah! otra caja... (*Reparando en ella.*)

Olimpia. Esa no es mia: por equivocacion sin duda la habrá dejado el diamantista.

Rosa. No obstante, conviene asegurarse...

Olimpia. (*Abriendo la caja y leyendo una tarjeta que habrá dentro.* «A la mujer á quien amo... Flesant.» (¡Me envia una muestra de sus riquezas!) Bien te decia yo, Rosa, que no era eso para mí. Voy á darle su verdadero destino.

(*Tirando de la campanilla. Aparece un criado.*) Llevad esto á la señora Vizcondesa de Flesaut. No digais quien os envia. (*Váse el criado.*)

ROSA. Hé ahí una agradable sorpresa.

OLIMPIA. Y ahora hablemos de tí. ¿Eres dichosa? ¿te ama tu marido?

ROSA. Mucho.

OLIMPIA. ¿Estás contenta con tu suerte?

ROSA. ¡Si!... no soy ambiciosa... trabajo, economizo y tenemos lo suficiente para ir pasando.

OLIMPIA. Pero es preciso mejorar, poner una magnífica tienda, y si quereis...

ROSA. ¿Qué?

OLIMPIA. Yo soy rica, y...

ROSA. (*Con embarazo.*) Gracias, hermana mia, pero nosotros no necesitamos nada...

OLIMPIA. Tu marido será mas razonable; mándale venir y...

ROSA. (*Turbada.*) Mi marido... te diré, está muy ocupado... es algo brusco... y podria creer ciertas cosas, que yo no creo...

OLIMPIA. ¡Comprendo! tu marido piensa como los demas, que... (*Con amarga ironia.*) Tiene razon.

ROSA. ¿No me quieres ya?

OLIMPIA. ¿A tí, hija mia? ¿Y por qué no? Bien mirado, tu marido tiene razon. ¡Hija natural y cómica!.. ¡te comprometeria! (*Abrazándola.*) Vaya, no hablemos mas... te ocultarás para venir, si quieres; pero vendrás, ¡no es cierto?.. ¡Oh! ¡necesito verte!..

ROSA. ¡Y yo tambien! Vendré todos los martes para recoger trabajo...

OLIMPIA. Si... buscarás un pretesto.

ROSA. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Nada... es cosa convenida. Ya te has detenido mucho tiempo, y no es bien que por mi causa te riña tu marido. Abrázame y vete. Adios, hermana, adios.

ROSA. Hasta la vista, que será pronto. (*Se abrazan y váse Rosa por el foro.*)

ESCENA VIII.

OLIMPIA.

¡Sed una gran actriz, el ídolo de la córte! Sed mas aun: sed mujer honrada, y el primer señor que os vea, os tratará como á una jóven perdida, y el pobre artesano desde su tienda os renegará por hermana suya! ¡Oh! ¡el mundo!.. ¡el mundo!.. ¡Cuándo luchamos, primero contra la miseria, despues contra la embriaguez del lujo y de la riqueza, contra nuestro pobre corazon, en fin, no cree en la sinceridad de la lucha: nos condena de antemano cuando combatimos y nos desprecia aun despues que hemos vencido!

ESCENA IX.

OLIMPIA, CLARA.

CLARA. ¿Puede entrar el señor Conde de Rudentz?

OLIMPIA. Si, que venga: (*Váse Clara.*) ¡Oh! ¡el desprecio de esa mujer me mataria!

ESCENA X.

GASTON, OLIMPIA.

GASTON. ¡Olimpia!..

OLIMPIA. Dispensadme, señor Conde, que os haya hecho esperar tanto, para concederos solamente algunos minutos de audiencia...

GASTON. Estais conmovida... agitada...

OLIMPIA. Os engañais, señor Conde: estoy preocupada con la representacion de esta noche: hé aqui todo. ¿Qué teniais que decirme? Hablad, pero hablad pronto. (*Gaston la contempla en silencio.*) Me pareceis mas grave que de costumbre... estais verdaderamente casi solemne.

GASTON. ¡Olimpia! no os burleis, os lo suplico... Hasta el presente nunca os he hablado mas que de mi amor, del porvenir, pero no del pasado.

OLIMPIA. ¿De mi pasado?

GASTON. No... vuestro pasado lo conozco.
OLIMPIA. Entonces...
GASTON. Olimpia, os amo.
OLIMPIA. Sois generoso, Gaston.
GASTON. No sé explicar lo que pienso. Mi natural es áspero, y me han visto mas veces con la escopeta á la espalda en nuestros bosques ó en nuestras montañas, que con la espada al cinto en los bailes, ó en los teatros. El Marqués Felipe de Rudentz, mi primo, se encarga de ostentar nuestro apellido en el mundo, y ahora mismo está combatiendo en América, á donde ha seguido al caballero de Lafayette. En cuanto á mí, he preferido siempre la sombra y la soledad; y hubiese encontrado la dicha en el fondo de nuestra caduca Bretaña, en el castillo de mis abuelos, junto á mi noble y santa madre la señora Condesa viuda de Rudentz. Un dia me vi obligado á dejarlo todo para venir á Paris. ¡Os ví y mi existencia cambió!.. No tengo en el corazon mas que un deseo y una esperanza... ser amado de vos. ¡Feliz con vuestras alegrias, triste con vuestros dolores, vivo solo con vuestra vida, borrando de la mia cuantas horas paso lejos de vos! ¿Dudais de lo que os digo, Olimpia?
OLIMPIA. No, señor Conde: los homenages que se me dirigen, me humillan y me hieren! vuestro amor me hace feliz y me envanece. pero por lo mismo que ha tomado su origen en la estimacion, ese amor carece de objeto y debe perder toda esperanza.
GASTON. Escuchadme, señora. Hace tres siglos que los Rudentz han consagrado su vida á la gloria de su patria y muchos han muerto por ella. Mi familia cuenta en su historia uniones augustas, amistades reales. Señora, el Conde de Rudentz, pone á vuestros pies sus riquezas y su nombre.
OLIMPIA. ¡Yo mujer vuestra!.. ¡Qué locura!
GASTON. ¡Por qué razon?
OLIMPIA. Bien sabeis que no soy mas que una mujer sin familia... una hija de cualquiera... ¡una cómica!..
GASTON. ¿Qué importa, si yo os amo?
OLIMPIA. En efecto, no podeis darme una prueba mas solemne... pero yo tambien os amo, Gaston, y quiero tambien probároslo. Rehuso el honor que me ofreceis: rehuso el

sacrificio que tratais de hacerme. ¿Qué diria el mundo? ¿qué diria vuestra madre? No... no: Olimpia, la actriz no puede ser vuestra querida; pero, tampoco será vuestra mujer.

GASTON. Olimpia, otros, antes que yo, os habrán dicho tal vez que moririan por vos, y presentada la ocasion de hacerlo, no cumplirian su oferta; pero yo, yo si lo haria. Si alguna vez os llego á decir: «Señora, moriré, si no me amais,» creedlo.

OLIMPIA. Vamos, sois loco y debo tener juicio por ambos.

GASTON. ¡Comprendo! Os doy una corona de Condesa, y no teneis valor para sacrificarme vuestras coronas de artista.

OLIMPIA. Muy preciosos y queridos me son esos laureles, que un dia basta para marchitar. Si: mis noches de triunfo me han pagado veinte años de miseria y padecimientos: ¡las hubiera comprado al precio de mi vida! Y no obstante, lo juro, esas coronas, esos triunfos, esa gloria, la sacrificaria sin vacilar: ¡á vos pobre y oscuro lo daria todo, de la misma manera que os he dado mi primero, mi único amor!

GASTON. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Pero á vos noble y rico, á vos que contais en vuestra familia amistades reales, á vos que podeis, como vuestros abuelos, soñar con alianzas augustas, llevaria yo la afrenta de un nacimiento ilegítimo, la duda de un pasado desconocido! Esa afrenta no seria vuestro nombre bastante grande para borrarla; esa duda os clavaria en el corazon sus ferrados dientes! Entonces maldeciriais vuestra debilidad, os avergonzariais de vuestra esposa, y esto es precisamente lo que yo no quiero. Dejadme vuestra estimacion, dejadme vuestra amistad, dejadme mi valor.

GASTON. Olimpia, has dicho que me amas: serás mi mujer. La única que sacrifica algo á nuestra felicidad, eres tú. No quiero que vuelvas á pisar ese maldito teatro, que me ha expuesto á separarme de tí. Hoy mismo se hallará todo listo para nuestra marcha!

OLIMPIA. ¡Gaston, Gaston! (*Con enternecimiento.*)

ESCENA XI.

DICHOS: SAINT-FAR.

ST.-FAR. ¿Puedo ya entrar, Olimpia?
OLIMPIA. (¡Ah!) (*Reponiéndose.*) Si, vos siempre.
ST.-FAR. Como me habias dicho que repasara tu papel; y ya lo sé de memoria...
OLIMPIA. Acercaos: ¿No me queriais pedir un favor? Hablad, disponed de mí.
GASTON. (¿Qué irá á decirle?)
ST.-FAR. Pues señor... se trata de mi beneficio, que tendrá lugar dentro de algunos dias. Como fácilmente comprenderás, sin ti no sacaré ni aun para pagar los gastos fijos... esto es lo que suele suceder en los beneficios, y por lo mismo vengo á suplicarte que representes *La Camila*... ya sabes, tu papel de estreno, ¡tu triunfo mas radiante!..
OLIMPIA. Si.
GASTON. (*A media voz.*) ¡Olimpia!
OLIMPIA. Pero es el caso, amigo mio...
ST.-FAR. ¡Qué! ¿te niegas?..
OLIMPIA. No; pero...
GASTON. Amigo Saint-Far, esta señora deja el teatro.
ST.-FAR. ¿Cómo?.. perdonad... no he comprendido bien.
GASTON. Queria decir, mi querido señor Saint-Far, que vuestra hija se hallará muy pronto en otra posicion.
ST.-FAR. ¿En otra posicion?..
GASTON. Si, lo espero: será pronto condesa.
ST.-FAR. ¡Condesa! ¿y para qué?..
OLIMPIA. Me ama, y me ofrece su mano y su nombre... (*Bajo á Saint-Far.*)
ST.-FAR. ¡Ah!.. ¡eso es diferente!.. ¿Con que vas á dejarnos?. ¡abandonas á ese público que te ama tanto!.. á tus compañeros que... (*Enjugándose las lágrimas y tratando de sonreir.*) Vaya, hablemos claramente: estamos representando una comedia, no es verdad?
GASTON. Os advierto que nada perdereis.
ST.-FAR. ¡No... ¡casi nada!
GASTON. ¿A cuánto podria subir vuestro beneficio?
ST.-FAR. Con Olimpia tendriamos unas seis mil libras, sin au-

mentar el precio de las localidades.

Gaston. Pues bien, os ofrezco el doble.

St.-Far. ¿El doble?.. ¿de qué?.. No sé lo que quereis decirme.

Gaston. Os ofrezco doce mil libras en vuestro beneficio, con tal de que Olimpia no trabaje.

St.-Far. ¡Doce mil libras! Mil y mil gracias, señor Conde; pero nosotros los artistas tenemos tambien nuestra dignidad, y no queremos recibir dinero mas que del público. El público paga nuestra risa ó nuestras lágrimas, y si logramos satisfacerle, nos regala ademas bravos y palmadas, y todos quedamos en paz. Tomaré la moneda que el humilde artesano deje en el despacho, y esto no me humillará; pero las doce mil libras que me diérais mano á mano, no serian el precio de una localidad, sino una limosna; y yo no quiero esa limosna, señor Conde.

Gaston. Saint-Far, amigo mio...

St.-Far. ¡Cómo ha de ser!.. ¡cambiaré el programa!.. una funcion tan magnífica!.. Un acto del *Casamiento de Figaro* con Olimpia en la condesa..: *Horacio* con Olimpia en Camila... ¿y ahora, qué es lo que voy á ofrecer?.. Nada, lo mejor será no hacer beneficio... no le hago. (*Queriendo irse.*)

Gaston. Pero, amigo mio...

St.-Far. Dejadme: ¡yo no soy amigo de quien viene á robarnos nuestro tesoro!

Gaston. ¡Considerad lo que le ofrezco!

St.-Far. ¡Vos!.. ¿Y qué podeis ofrecerle? ¿Dinero? Tiene lo bastante: pues que aun le sobra para consolar á los desgraciados; ¿criados de gran librea? Ella tiene mas de los que podeis darle, y de gran librea tambien, porque nuestro almacen de trajes no es escaso. ¿Que será condesa, decis? ¡Mi Olimpia es reina!.. Es verdad que la llevareis á vuestro gran mundo; pero la devolvereis las emociones de una primera representacion, que llenan la vida de nosotros los artistas? ¿Le dareis esa sala resplandeciente de luces y de flores, rica de cuanto hay de nobleza, de juventud y de entusiasmo en el mundo? ¿Con qué remplazareis el gozo que inunda el corazon de una actriz como ella, cuando ve á la multitud pendiente de sus labios? ¿Le devolvereis, en fin, lo que intentais arrebatarle, es decir, los bravos que ella ar-

ranca, las lágrimas qne hace derramar?

GASTON. Pero tened presente...

ST.-FAR. No, señor Conde, no le devolvereis nada de esto; porque si teneis nobleza... títulos... cuanto á nosotros nos falta, carecereis de lo que nosotros poseemos: de ese delirio del trabajo... de esas noches sin sueño que proporcionan las luchas del dia siguiente... de esos alegres insomnios que traen las victorias del dia anterior.

OLIMPIA. ¡Oh!.. ¡estaba loca!.. ¡Representaré!

ST.-FAR. ¡Olimpia, hija mia!!..

GASTON. Señora, reflexionad bien...

OLIMPIA. Lo he dicho, señor Conde, representaré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En los baños de Bourbonne. Una gran sala abierta, que da á un jardin, una mesa á cada lado con periódicos y libros, puertas laterales. Al fondo un terrado por donde se baja al rio.

ESCENA PRIMERA.

DERVIL, FLESANT, *Bañistas de ambos sexos.*

DERVIL. ¿Habeis recibido el correo, vizconde? ¿Qué noticias hay de la córte? ¿Viene este año la reina á Bourbonne?

FLESANT. Nuestros asuntos no van muy bien en Paris. No se habla mas que de la asamblea de los notables y de la independencia de América.

DERVIL. A propósito, (*Levantándose.*) ¿sabeis que el marqués Felipe de Rudentz, está de vuelta en Francia?

FLESANT. ¿Ese calavera, que partió con el general Lafayette?

DERVIL. Precisamente. Se detendrá aqui algunos dias, antes de ir al castillo de su señora tia la Condesa de Rudentz.

FLESANT. ¿Quién os ha dado la nueva?

DERVIL. Él, que me ha escrito.

FLESANT. (*Mirando hácia el fondo.*) Hé aqui la otra Condesa de Rudentz, que sale á paseo.

DERVIL. Si, la condesa de comedia.

ESCENA II.

DICHOS, JORGE.

JORGE. Caballeros... (*Saluda, y se acerca á diferentes personas.*)
DERVIL. ¡Hola, amigo mio!..
FLESANT. (*Ap. á Dervil.*) ¿Quién es ese pájaro negro?
DERVIL. Un médico, que visitaba en Páris á muchos conocidos.
FLESANT. ¿Y dais la mano á un médico? Os popularizais demasiado.
DERVIL. En los tiempos que corren, es preciso tener amigos en todas partes. (*Mirando al foro.*) ¡Pero no me engaño! ¡Es el marqués Felipe de Rudentz!
FLESANT. ¡El mismo!

ESCENA III.

DICHOS: *el* MARQUÉS FELIPE DE RUDENTZ.

FELIPE. (*Dirigiéndose al Mayordomo, que se queda en el dintel.*) Está bien... yo me arreglaré solo: os recomiendo mis criados, y sobre todo mis caballos. (*Entra en escena.*)
DERVIL. Salud al héroe americano!
FELIPE. ¡Señores!.. ¡Cáspita!.. me parece que sois... ¡Si, Dervil y Flesant... ¡Amigos mios!.. ¡Cáspita!.. ¿sigue diciéndose todavia cáspita?
DERVIL. (*Riendo.*) Si.
FELIPE. Ya comprendereis... desembarco ahora, y no sé nada del viejo mundo: debo tener la figura de quien desciende de un cuadro... cualquiera podria equivocarme con mi abuelo.
FLESANT. Parece que habeis hecho maravillas.
DERVIL. En la córte no se habla mas que de vos, y del caballero de Lafayette.
FELIPE. Casi no me he separado de nuestro jóven general. Pero una vez en Paris, prometo no acostarme en quince dias, para tomar la revancha. ¿Y qué se dice de la córte? ¿Hay cuchilladas... robos de mujeres?..
DERVIL. Como siempre, amigo mio...
FLESANT. La última noticia es, que Luis diez y seis ha convocado los estados generales.

FELIPE. Era de prever... Hemos desquiciado el viejo mundo...

FLESANT. Y está á punto de hundirse.

FELIPE. Al contrario: se levanta impetuoso y... os advierto que traigo unas ideas terriblemente liberales. Pero nada me habeis dicho aun de mi primo Gaston. ¿Sigue viviendo en medio de sus perros y de sus osos? ¿Él, el Caton, el sabio de la familia?

DERVIL. ¡Si! mientras vos loqueábais en el nuevo mundo, vuestro primo se volvia loco en el viejo.

FELIPE. ¡Delicioso! ¿Se sigue diciendo todavia delicioso?

FLESANT. (*Riendo.*) Si.

FELIPE. Decidme: ¿y qué es lo que hacia?

DERVIL. Amar á una actriz de la comedia francesa.

FELIPE. ¿De veras?

DERVIL. Una trágica; y para complacerla, ha querido representar tambien su poquito de tragedia, ha intentado desbaratarse el cráneo.

FELIPE. ¡Uf! La aventura es del mas pésimo gusto.

DERVIL. Erró la punteria; pero logró su objeto. La hermosa no tuvo valor para resistir por mas tiempo... y hace algunos meses que el Conde de Rudentz es su amante.

FELIPE. ¿Y es linda? ¿La conozco yo?

DERVIL. No: como esas fugitivas estrellas que brillan una hora, y se estinguen luego en el firmamento azul, Olimpia era ignorada hace dos años, y pronto será envuelta en las nieblas del olvido. (*Jorge se ha levantado, y se acerca á los demas interlocutores.*)

JORGE. (*A Dervil.*) Dispensadme, caballero: me parece que habeis afirmado, que el conde Gaston de Rudentz era el amante de la señorita Olimpia.

DERVIL. Efectivamente; y aqui se hallan los dos afortunados.

JORGE. ¿Aqui? (*Admirado.*)

FLESANT. ¿Ignorabais que Olimpia estuviese en los baños de Bourbonne?

JORGE. (*A Dervil.*) Acabo de llegar; pero os equivocais al pensar que la señorita Olimpia...

DERVIL. Tengo el honor de repetiros que está aqui con su...

JORGE. Con su marido.

DERVIL. ¡Su marido! ¡Já! ¡já!

FELIPE. (*A Jorge.*) Caballero, estais insultando á mi primo.

JORGE. ¿Por qué razon, señor marqués?

FELIPE. Porque le suponeis tan ridículamente olvidadizo...

JORGE. ¡Caballero!.. (*Calmándose.*) Vos tambien olvidais vuestiras ideas liberales, como hace poco deciais.

FELIPE. Bien; pero...

JORGE. ¿No venis de combatir por la mancipacion de un pueblo?

FELIPE. A un pueblo se le emancipa; pero á los cómicos... Mi primo no ha podido arrojar diez cuarteles de la mas pura nobleza, á los pies de una mujer de teatro; y doy un mentis á quien se atreva á sostener que esa Olimpia, es la mujer del caballero de Rudentz.

JORGE. Yo, sostengo lo primero, y no rehuso lo segundo.

FELIPE. ¡Cáspita! me hallo á vuestras órdenes.

DERVIL. Y si el marqués ha acertado...

JORGE. Os digo que es imposible.

FELIPE. Nos batiremos; pero antes me direis con quién voy á tener el honor de cruzar mi espada.

JORGE. Soy médico, y me llamo Jorge.

FELIPE. Jorge... (*Buscando en su memoria el apellido.*)

JORGE. No os fatigueis: me llamo simplemente Jorge.

FELIPE. Entonces... yo... no puedo...

JORGE. ¿Olvidais tambien ahora que sois republicano?

FELIPE. No digo que no... republicano... en América.

JORGE. Iremos á América, si os place.

FELIPE. No es menester... acabo de llegar... y terminaremos aqui el asunto. (*El Mayordomo entra, y le habla aparte.*) Estoy á vuestra disposicion. Entre tanto si quereis favorecer mi mesa... me anuncian que está ya servida.

JORGE. ¡Gracias! necesito tomar algunas disposiciones.

FELIPE. (Bien pensado, un médico debe tener la mano desgraciada... haré mi testamento de sobremesa.) (*Al Mayordomo.*) ¿El señor conde mi primo?

MAYORD. Está fuera, señor.

FELIPE. Cuando llegue, avisadme. (No se puede negar á ser mi testigo.) (*A Flesant y Dervil.*) Venid, señores. (*Cogiéndose del brazo de ambos.*) Ya veis que no pierdo el tiempo: ¡aun no he cambiado de traje, y ya tengo un desafio! (*Váse con ellos.*)

ESCENA IV.

JORGE, *el* MAYORDOMO.

JORGE. ¿Decís que el señor conde ha salido? ¿Y la señora condesa?

MAYORD. Me parece que ha ido á pasear por el rio... pero si no me engaño... (*Mirando hácia el fondo.*) no, aqui viene.

JORGE. Gracias. (*El Mayordomo váse.*)

ESCENA V.

JORGE, OLIMPIA.

OLIMPIA. ¡Jorge! ¡Vos aqui! Este encuentro es una felicidad para mí.

JORGE. ¡Señora!..

OLIMPIA. ¡Tenia tal necesidad de ver un rostro amigo!.. En los últimos tiempos de mi vida de actriz, únicamente supe de vos por algunas cartas que leí con avidez... Nunca he tenido mas que dos amigos verdaderos, Saint-Far y vos. ¡Pobre Saint-Far! he sido bien ingrata con él. Lo he dejado, tal vez para siempre, lo he abandonado, viejo y solo, á él que me habia recogido huérfana y pobre... Y no obstante, estoy segura de que no hay en su corazon ni una queja, ni una reconvencion para la que él llamaba su hija. ¿Y vos estais contento?.. ¿empezais á daros á conocer?..

JORGE. Un poco, gracias á vos.

OLIMPIA. A vuestro talento, querreis decir.

JORGE. Ahora se trata solamente de vos.

OLIMPIA. Mucho cambio se ha realizado en mi vida. ¿Sabeis, Jorge, que soy condesa?

JORGE. Acabo de oirlo: estaban aqui el baron Dervil, el vizconde Flesant...

OLIMPIA. Hace dos dias que llegaron.

JORGE. Y el primo del señor Conde... de vuestro marido. Hablaban de vos... decian... dispensadme, señora: decian... que no estabais casada... que el Conde es vuestro amante.

OLIMPIA. ¡Mi amante!

JORGE. Yo he sostenido lo contrario.

OLIMPIA. ¡Y habeis hecho bien! ¿Pero no llegasteis á dudar de mí, no es verdad?

JORGE. No.

OLIMPIA. ¡Gracias! (*Dándole la mano.*) ¡Ah!

JORGE. ¿Llorais?

OLIMPIA. Soy amada, Jorge: tal creo al menos; y sin embargo, preveo en el porvenir luchas dolorosas.

JORGE. ¿Qué enemigos podeis tener?

OLIMPIA. Dos implacables y poderosos: el orgullo, la preocupacion.

JORGE. Tal vez os engañais.

OLIMPIA. No: hace algunos meses que estoy casada, y ¿lo creereis? ni una sola puerta se ha abierto para la condesa de Rudentz. Vivo alejada del mundo con mi esposo, y de esta vida tranquila y dulce nunca me cansaria; pero él no acabará por echar de menos sus brillantes reuniones, sus amistades ilustres, por mi causa interrumpidas? El amor mio no bastará á recompensarle tantos sacrificios, y principalmente no podrá hacerle olvidar á su madre... Su madre, hácia la cual era un culto la ternura que le prodigaba, su madre, á quien por mí no ha vuelto á ver desde hace un año. En algunas ocasiones he manifestado el deseo que tenia de serle presentada; pero el Conde ha variado siempre de conversacion... siempre he visto la turbacion en sus ojos. Harto he comprendido que el orgullo de la noble señora no llevaria en paciencia la idea de establecer contacto conmigo, con una cómica; y que tal vez haya maldecido á su hijo. ¡Pobre Gaston! ¡Ah Jorge! ¡soy muy desgraciada!

JORGE. ¡Vos!

OLIMPIA. Si: y el cielo sabe cuanto he luchado. Cierta noche una especie de locura se habia apoderado de Gaston y atentó á sus dias. Me habia escrito, ofreciéndome su mano y que si no la aceptaba, no viviria mas. A mi presencia lo trajeron moribundo y ensangrentado: yo no me separé durante todo un mes de la cabecera de su lecho, oyéndole repetir constantemente mi nombre. El médico aseguraba que la ciencia era impotente, y que yo sola podia salvarle. Entonces olvidando que él era rico y noble, grité «Gaston, bien de mis ojos, vive y seré tu mujer.» De este modo llegué á ser la condesa

de Rudentz. (*Viendo aparecer al criado.*) ¿A quién buscais?

ESCENA VI.

DICHOS, UN CRIADO, *despues otro.*

CRIADO 1.º Creí que estaria aqui el señor Conde; y venia para darle esta carta, que ha traido un lacayo de la señora baronesa Dervil.

OLIMPIA. Dadme.

CRIADO. 1.º Me ha recomendado que no la entregue sino en mano propia...

OLIMPIA. Dadme. ¿Esperan contestacion?

CRIADO. 1.º Si, señora.

CRIADO. 2.º (*Entrando y á Jorge.*) En el salon preguntan por vos. (*Váse.*)

JORGE. (*A Olimpia.*) Dispensadme, señora: acaban de llamarme..

OLIMPIO. ¿Os volveré á ver pronto, no es verdad?

JORGE. Si, señora. (¡Pobre Olimpia! antes de que el insulto llegue hasta ella, habré perecido.) (*Váse, saludando antes del aparte.*)

ESCENA VII.

OLIMPIA, *el* CRIADO 1.º

OLIMPIA. (Esta carta es de una mujer, y nadie debe leerla, sino el conde: el conde, que me la ocultaria, como todas las que le son dirigidas. ¡Oh! la leeré. (*Leyendo.*) «La baronesa Dervil suplica al señor conde de Rudentz que asista á la reunion que se celebra en su castillo de...» Si: lo invitan á él... á él solo!) (*Al Criado.*) Tomad: el señor conde estará en su habitacion; él os dará la respuesta: decidle que he sido yo quien ha roto el sobre. (*Váse el Criado.*) Veremos qué hace mi marido; veremos si deja ignorar por mas tiempo á esa orgullosa señora, que hay aqui una condesa de Rudentz.

ESCENA VIII.

OLIMPIA, *el* MARQUES FELIPE, DERVIL, FLESANT.

FELIPE. (*Entrando con el sombrero puesto y algo en desorden.*) ¡Cáspita! ¿Con que decis que se halla aqui mi prima postiza? Os juro que no me dejaré matar por ella, sin haberle dicho antes lo que le conviene.

FLESANT. Considerad que el champagne os ha hecho impresion; que no estais para presentaros...

FELIPE. No hay cuidado; si en América he perdido la costumbre de beber fuerte, no he dado al olvido la galanteria francesa... Ya vereis... (*Acercándose á Olimpia.*)

OLIMPIA. ¡Ah! (*Intentando retirarse.*)

FELIPE. Dos palabras, hermosa dama; tal vez os incomode; pero hay que tener paciencia. Vengo desde muy lejos, y... ¡Cáspita! Sois muy bella; y esto lo afirma Felipe de Rudentz.

OLIMPIA. ¡El primo de mi marido!

FELIPE. ¡Su marido! ¡já! ¡já! ¡já!

OLIMPIA. Creia que todos los de vuestra familia eran caballeros.

FELIPE. Tanto como el rey.

OLIMPIA. Entonces estais loco, ó estais...

FELIPE. ¿Ebrio? ¡Voto á una legion!..

OLIMPIA. Condesa ó cómica, soy mujer; y ante una mujer todo caballero se inclina y se descubre.

FLESANT. Habeis merecido la leccion, marqués. (*Este se descubre.*)

OLIMPIA. Ahora, señores, bendigo á la casualidad, que me coloca en presencia de los tres hombres, que hace poco me ultrajaban con una duda ofensiva. Si el señor conde hubiese conocido el insulto, apelaria á las armas: yo, que no soy mas que una mujer, puedo sin bajeza apelar á vuestro honor y á vuestra lealtad.

DERVIL. Hablad, señora.

FELIPE. (¡Por Cristo que me impone!)

OLIMPIA. Me juzgais querida del conde; y asi lo habeis dicho: yo afirmo, y el conde lo probará, que soy su mujer.

DERVIL. Debemos creeros.

FELIPE. Yo no lo creo. (*Dervil y Flesant tratan de calmarle.*) Dejadme! A todos hablo seriamente. Cuando alguno de mi familia se casa, lo hace delante de todos: el rey

firma el contrato, y lo mas puro de la nobleza nos sirve de testigos... El castillo de Rudentz se engalana con sus mas ricos atavios; las campanas de la antigua parroquia se echan á vuelo, y por espacio de muchos dias los pobres se convierten en ricos. La señora condesa viuda pone su corona sobre la frente de la desposada, bendice á su hija, y ella misma la conduce á la cámara nupcial. ¿Se ha hecho algo de todo esto?

OLIMPIA. No... el Conde se hallaba convaleciente aun: estábamos en el campo; y solo unos pobres labradores han podido presenciar nuestra union.

FELIPE. ¡Cáspita! ¡ya lo comprendo todo! Vos teneis razon y á mi tampoco me falta... ¡mi primo es un truhan! ¡Acabáramos de una vez!

OLIMPIA. ¿Qué quereis decir?

FELIPE. No hay duda... un enlace misterioso... en una aldea ignorada... delante de un escribano supuesto... con testigos falsos... en fin, un casamiento de comedia.

OLIMPIA. ¿Qué decís? ¡No comprendo... no quiero comprender!..

FELIPE. Esto sucede á cada momento en el teatro: cien años hace que forma parte del repertorio.

OLIMPIA. ¿Sabeis que es una infame suposicion?

FELIPE. Nada de suposicion, señora.

OLIMPIA. ¡Basta! ¿Qué es necesario, para convenceros de que vuestro pariente es mi marido?

FELIPE. Será preciso que mi primo os lleve en medio del dia á los dominios de nuestra familia: que se arrodille con vos en la antigua iglesia de nuestra aldea; que en presencia de sus vasallos os haga subir las escaleras del pórtico, que conduce á nuestro castillo feudal, y que alli, delante de todos, os proclame condesa de Rudentz. Entonces, diré: mi primo es loco; pero está bien casado. (*Despidiéndose.*) Entre tanto permitidme creer solamente que es el mas feliz de los hombres. (*Saluda, y váse, seguido de Flesant y Dervil.*)

ESCENA IX.

OLIMPIA, *despues* GASTON.

OLIMPIA. ¡Oh!... ¡es un ultrage sangriento!... Gaston no me ha

querido nunca, Gaston es un cobarde, ó hará lo que ha dicho ese hombre.

GASTON. (*Entra precipitadamente.*) ¡Olimpia! Esta carta de la baronesa Dervil es un insulto, pero me darán satisfaccion.

OLIMPIA. Señor conde, no es á mí, es á vos á quien ahora se insulta. Se os acusa, á vos noble y caballero, de ser falso y desleal: se os acusa de haberme engañado con un juramento falso, y con un falso casamiento.

GASTON. Nombradme al calumniador.

OLIMPIA. No es al calumniador, es á la calumnia, á quien hay que responder... Esa calumnia, os lo advierto, habla muy alto; y es preciso que vos hableis mas alto que ella. Se duda de nuestro enlace, y esa duda es una injuria para ambos, porque ahora mi honor es el vuestro. No os pido que vayais á defender este honor con las armas: la espada es ciega y mata, pero no convence. Lo que quiero es demostrar á todos que no soy una mujer perdida, á quien protege un amante, sino una mujer honrada, bajo la salvaguardia de su marido. Lo que quiero es que me lleveis al castillo de vuestros mayores, que me presenteis á vuestra madre, delante de la cual, por noble y grande que sea, puedo mantener la frente erguida y el corazon tranquilo. Lo que quiero, en fin, es ser condesa de Rudentz delante de los hombres, como lo soy delante de Dios.

GASTON. Es imposible, Olimpia...

OLIMPIA. ¡Imposible! ¿Luego esos hombres tenian razon?

GASTON. Yo haré disipar la duda y enmudecer la calumnia; pero ir al castillo de Rudentz, pero afrontar la ira de mi madre... ¡Eso, te lo repito, es imposible, Olimpia!

OLIMPIA. Leo en vuestra alma, en vuestra alma, que no vaciló ante un suicidio, y que retrocede ahora ante el sarcasmo y la burla... ¡No, no es en presencia de vuestra madre donde temblais, es en presencia de la preocupacion... no es el respeto filial el que os detiene, es vuestro orgullo! ¡Pero esto no puede durar así!... ¡Me volveria loca, y es preciso terminar! Ahora bien, no os pido ya otra cosa, sino que me volvais á París.

GASTON. ¿A París?

OLIMPIA. Sí: una vez allí, correreis á Versalles: ireis en busca

del rey... el rey es omnipotente, y hará romper nuestro casamiento.

GASTON. ¿Qué dices?

OLIMPIA. Nada mas fácil. El conde de Rudentz, estraviado por una loca pasion, ha cometido el disparate de casarse con una cómica; y le bastará decir que esa mujer es indigna de llevar su nombre: le creerán, si, porque hablará en nombre de sus abuelos, en nombre de la nobleza... ¡El rey os dejará libre! Entonces, ¡oh! entonces me habreis hecho desgraciada; pero os podreis mostrar orgullosamente á la córte... habreis arrojado la desesperacion en mi alma; pero reconquistareis el aprecio de vuestros nobles amigos... me habreis asesinado, Gaston; pero podreis ir á que vuestra madre os bendiga y os acaricie. ¿Cuándo partimos, señor conde? Estoy pronta.

GASTON. Olimpia, acabas de volverme á mí mismo. (*Llama.*)

OLIMPIA. ¿Qué haceis?

GASTON. Mi deber. (*Entra un criado.*) Preparadlo todo para nuestra marcha. La señora condesa y yo partimos en seguida. Anunciad á los señores baron Dervil, vizconde de Flesant y sobre todo á mi primo el señor marqués de Rudentz, que antes de mi partida deseo verles.

CRIADO. El señor marqués os esperaba con impaciencia.

GASTON. Decidle que entre. (*El Criado sale y vuelve á anunciar.*)

CRIADO. El señor marqués de Rudentz. (*Váse.*)

ESCENA X.

GASTON, OLIMPIA, FELIPE.

FELIPE. ¡Voto va!...

GASTON. Primo, me felicito por haber podido antes de mi marcha presentaros á vuestra prima la condesa de Rudentz.

FELIPE. (¿Será verdad?)

GASTON. Señora, mis amigos el baron Dervil y el vizconde de Flesant tendrán el honor tambien de ofrecer á vuestros pies el homenage de su respeto.

OLIMPIA. ¿Adónde vamos, Gaston?

GASTON. Os lo diré luego, delante de todos. Del mismo modo que la ofensa, la reparacion debe ser pública y solemne.

(*Conduciéndola hasta la salida.*) Hasta despues, mi bella condesa, hasta despues.

ESCENA XI.

GASTON, FELIPE.

FELIPE. No me atrevo á creerlo todavia. ¿Será cierto, pobre primo, que estais casado?

GASTON. Si.

FELIPE. Me permitiré observar que si teneis el derecho de comprometer vuestro patrimonio, porque os pertenece, antes de comprometer vuestro nombre, debisteis recordar que otros le llevan con vos.

GASTON. ¡Caballero!...

FELIPE. Vamos, vamos... estrechad esa mano: ya no tiene remedio: estais casado, y no debo abandonaros en la desgracia. ¿Y qué intentais hacer de vuestra esposa?

GASTON. Presentarla en la córte.

FELIPE. No la recibirán.

GASTON. Viviré lejos de la córte. He escrito á mi madre, suplicándola que acoja bondadosamente á la que he juzgado digna de mi amor y de mi nombre.

FELIPE. ¿Y qué os ha contestado?

GASTON. No me ha respondido.

FELIPE. Era de prever. Reflexionadlo bien, primo, el silencio de una madre á demanda de tal naturaleza es casi una maldicion. Borrad, pues, el castillo de Rudentz. ¿Adónde ireis?

GASTON. A Paris.

FELIPE. Tampoco, porque alli tropezareis con otros sinsabores: á cada paso hallareis algun camarada de la señora condesa... algun amigo!...

GASTON. ¿Algun amigo decis?

FELIPE. Si: las cómicas los tienen como los demas, y en mayor abundancia tambien.

GASTON. ¡Felipe!

FELIPE. ¡Qué diablo! Sois mi pariente, y vuestro honor es el mio: ese honor me acaba de proporcionar un duelo.

GASTON. ¿Un duelo?

FELIPE. Hace pocos momentos que estabamos hablando aqui Flesant, Dervil y yo, de tu... de tu devaneo: yo el pri-

mero sostenia que el caballero de Rudentz, no habia podido olvidarse... En aquel punto nos cae llovido del cielo un cierto señor Jorge...

GASTON. ¿Jorge?..

FELIPE. Si: un nombre muy comun. Se atrevió á desmentirnos, haciéndose el fiador de la virtud de la ex-cómica... y en dos palabras, concluyó por arrojarnos un guante, que yo he recogido.

GASTON. ¿Jorge?.. Ahora recuerdo que antes de nuestro casamiento una noche... en casa de Olimpia... la habian entregado una porcion de cartas, que ella arrojó al fuego... menos una.

FELIPE. ¿Firmada por Jorge?

GASTON. Ese nombre me parece que leí. Olimpia al abrir aquella carta no pudo ocultar su alegria. . «Es de él» dijo con satisfaccion. Ese recuerdo se hubiera borrado de mi memoria... pero hoy... ¡si, no hay duda!.. otro antes que yo... y ese hombre que la defendia... ¡es él!.. nadie puede ser mas que él!..

FELIPE. ¡Y si es otro, peor todavia!

GASTON. Felipe, acabas de darme una prueba de tu cariño: necesito que me des otra.

FELIPE. Habla.

GASTON. Antes que tú, quiero batirme con ese Jorge.

FELIPE. Pero...

GASTON. Te lo suplico.

FELIPE. (¡Yo me tengo la culpa! ¡esta maldita lengua!..) Justamente viene hácia aqui nuestro hombre. (*Viendo venir á Jorge.*)

GASTON. Te lo exijo.

FELIPE. Si te empeñas...

GASTON. Absolutamente.

ESCENA XII.

DICHOS, JORGE.

FELIPE. (*A Jorge.*) Pues señor... vais á sorprenderos; pero al saber mi primo que iba á tener el honor de batirme con vos, me ha pedido que le ceda el turno. Yo no he podido rehusar... porque cómo es el primogénito...

JORGE. (*A Gaston.*) ¿Un duelo entre nosotros? ¿Es acaso por

haber tomado la defensa de la señora condesa?

GASTON. Dos palabras solamente. ¿Habeis escrito algunas veces á la señora de Rudentz?

JORGE. No. He escrito á la señorita Olimpia; y la señorita Olimpia me ha escrito á mi.

GASTON. (*Con rabia.*) ¿A vos?

JORGE. Una carta solamente.

GASTON. ¡Caballero!..

JORGE. ¿Quereis leerla, señor Conde?

GASTON. (*Calmándose.*) ¿Yo?..

JORGE. (*Dándosela.*) Miradla, caballero.

GASTON. (*Leyendo.*) «Cementerio de san Lorenzo, tumba doscientos catorce».. ¿Qué significa?..

FELIPE. ¡Pues no entiendo una palabra!

JORGE. Habia ofrecido guardar silencio; pero habeis dudado de ella, y es necesario que hable. (*Sentándose: los demas le imitan.*) Tengo veinte y cinco años, señores, y hace ya ocho que perdí á mi madre. Yo soy hijo de un valiente y noble marino, que murió en un combate sobre la misma nave, antes de poderme legar su nombre... por esto me llamo Jorge, señor marqués. Mi madre, perdida la esperanza de legitimarme, me consagró á una carrera honrosa, en cuyo empeño gastó su juventud y su vida: yo tenia entonces diez y seis años, y ya que su muerte me arrebataba la esperanza de volverla un dia, á costa de mi trabajo, rica y feliz, quise al menos que me perteneciera el breve espacio de tierra donde reposaba. Una cruel enfermedad se llevó el fruto de mis economias: apenas convaleciente, me avisaron que, concluido el plazo, iban á levantar la piedra en que estaba trazado el nombre de mi madre y á arrojar al viento las cenizas, que eran mi adoracion. ¡Yo, señores, no poseia entonces nada, absolutamente nada!

FELIPE. (¡Pobre jóven!) (*Levantándose.*)

JORGE. Entonces me volví loco. Recurrí á cuantos me conocian; pero ninguno hizo caso; y el momento fatal se acercaba. Desesperado una noche pasaba por delante del teatro francés, y oí pronunciar el nombre de nuestra célebre trágica, elogiando ademas su buen corazon: corrí á mi casa, y escribí á Olimpia, esperando inútilmente por espacio de muchos dias. Me hallaba en mi cuarto solo y miraba con satisfaccion caer la nieve, por-

que me decia: «la nieve ocultará su tumba... no la encontrarán, y me dejarán á mi madre.» De repente llamaron á la puerta; abrí, y un criado me entregó una carta... ¡era de Olimpia! de mi buen ángel, que adivinando mis deseos, lo habia arreglado todo, sin prevenirme. Gracias á ella, mi madre tenia para siempre un sitio marcado en el campo del asilo, y al pié del sauce que le da sombra, podia yo rogar por mi bienhechora.

FELIPE. ¡Voto al diablo! ¡Esto es menos alegre que un desafio!

GASTON. ¡Olimpia!.. ¡mi bien amado!.. ¡mi compañera!.. ¡y he podido sospechar de tí!..

FELIPE. ¡Y yo tambien!.. somos dos imbéciles de mal género.

GASTON. Pero sabré merecer su perdon; y el vuestro tambien, Jorge.

ESCENA XIII.

DICHOS, DERVIL, FLESANT, *damas y caballeros*, *que empiezan á circular por el salon*, *formando diversos grupos y sentándose.*

DERVIL. (*Al conde.*) Nos acaban de decir que vais á marchar...

GASTON. Gracias por haber venido: asi podreis saludar á mi señora la condesa, que atravesará esta sala, antes de subir al carruaje.

DERVIL. (*Al marqués.*) ¿La condesa, eh?..

FELIPE. A propósito: ya no me bato con el señor. (*Señalando á Jorge.*)

FLESANT. Se ha probado que...

FELIPE. Se ha probado que soy un tonto.

CRIADO. (*Saliendo y anunciando.*) La señora condesa de Rudentz.

FELIPE. (*A Flesant.*) Mi prima, caballero, mi prima, señores. (*A los demas: todos abren paso; el conde se acerca á Olimpia y la conduce de la mano. Las damas se levantan.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, OLIMPIA, *mas tarde la* CONDESA *viuda de* RUDENTZ, *criados con librea acompañándola.*

GASTON. Señor baron Dervil, hemos recibido la galante invita-

cion de vuestra esposa. (*Señalando á Olimpia.*) La señora Condesa ruega á su vez á la honorable baronesa que honre con su persona la reunion, que habrá dentro de ocho dias en el castillo de Rudentz...

OLIMPIA. ¿En el castillo de Rudentz?

GASTON. Donde voy á tener el honor de conduciros. (*A este tiempo aparecen en el fondo dos criados con librea, que preceden á la anciana condesa. Su andar es lento y majestuoso: otros criados la siguen. Felipe, que se dirigia al fondo, se detiene al contemplarla: ella se para tambien en el dintel de la puerta.*)

FELIPE. (¡Qué veo! es mi tia! ¡la anciana condesa!)

OLIMPIA. No lo olvideis, señores, la Condesa os espera dentro de ocho dias en el castillo de Rudentz.

CONDESA. (*Bajando lentamente á la escena.*) ¡En el castillo de Rudentz!..

GASTON. ¡Mi madre!

OLIMPIA. ¡Su madre!

CONDESA. Podeis en efecto conducir al castillo vuestra mujer, señor conde. Vuestra madre acaba de salir de él. (*Movimiento general de asombro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala pobre en casa de Saint-Far; puertas laterales y una grande al foro, que abierta á su tiempo deje ver la calle: una cómoda, mesa, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

SAINT-FAR, *despues* BERNARDO.

ST.-FAR. ¡Qué vida! qué situacion; pero es preferible á sufrir como antes sin verla. Ahora la tengo á mi lado; puedo hablarla, enjugar sus lágrimas... ¡Oh! bendita sea la Providencia que me condujo á casa de su hermana; porque sin ella no hubiera podido abrazar á mi hija!... hoy cumple el mes... registremos esos cajones... (*Lo hace.*) Nada, ni un asignado. (*Suena una campanilla.*) Vamos, es la visita que esperaba. (*Yendo á abrir.*) Entrad, señor Bernardo.

BERN. Segun veo, me esperábais.

ST.-FAR. Ciertamente; hoy cumple el mes; ocho Thermidor. (*Cfreciéndole una silla.*)

BERN. (*Sentándose.*) Temí que no llegara nunca este dia.

ST.-FAR. Parece que teneis prisa, pero es el caso, amigo mio, que por primera vez me veo obligado á suplicaros que espereis.

BERN. ¿Por lo visto hemos hecho locuras?

ST.-FAR. Al contrario: he suprimido el café, el dominó y hasta el tabaco.

BERN. Si embargo cobrais la pension del teatro.

ST.-FAR. Cuando vivia solo, bastaba para cubrir mis necesidades; pero desde que somos dos, no alcanza... ya se vé... ¡como tengo aqui á mi Olimpia!

BERN. ¿Si?

ST.-FAR. Me he equivocado; somos tres, porque debo contar á Rosa, la hermana de mi hija.

BERN. ¿Rosa?..

ST.-FAR. Rosa Gautier, la mujer del perfumista de la calle San Honorato... ¡Oh! si él no hubiese sido proveedor del ejército... se arruinó, ó mejor dicho, le arruinó el Estado; como hace con todos los que le sirven bien: el infeliz tuvo que alistarse de voluntario; y me ha dejado aquí su mujer, que pasa todo el dia trabajando... cuando hay de qué. Ahora ha salido á vender la anaquelería de su tienda; de manera que podeis esperar hasta que vuelva; y si trae dinero, os pagaremos.

BERN. Me habeis dicho que está aqui Olimpia.

ST.-FAR. Si señor: vino hace un mes. ¿Quereis que os cuente, mientras viene Rosa?...

BERN. Si, con mucho gusto.

ST.-FAR. Ya sabeis que la pobre Olimpia, aterrada por la inesperada presencia de la anciana condesa de Rudentz, la dejó sus dominios y sus colonos, y se vino á Paris con su esposo. Tenia un elegante palacio, al cual nadie concurria; Gaston se incomodaba porque yo la hacia visitas; y porque en mi conversacion con ella empleaba el lenguaje que usan los padres con los hijos.

BERN. ¿Y tuvisteis que tratarla con respeto desde entonces?

ST.-FAR. Tuve que renunciar á verla; porque un dia me hallé con que no me dejaban entrar: volví al siguiente... y sucedió lo mismo; hé aqui el motivo de haber venido á habitar este cuarto aislado. En mucho tiempo no supe de mi hija, hasta que los acontecimientos políticos dieron nuevo aspecto á la situacion del pais. El conde ya no podia escoger sus amigos en los altos círculos, y tuvo que resignarse á huir al extranjero ó ponerse del lado de la revolucion: prefirió lo segundo, y hoy combate lo mismo que su primo Felipe de Rudentz, por la independencia de su patria. Ambos estan en el ejército; mas seguros se hallarán bajo el fuego de los enemigos que aqui... He logrado que Olimpia lo comprenda de

la misma manera, y es feliz, en cuanto es posible serlo. (*Suena la campanilla.*) ¿Pero han llamado? (*Abriendo.*) ¡Ah! ¡es Rosa!

ESCENA II.

DICHOS, ROSA.

ROSA. (*Entrando.*) ¡Estoy rendida! Buenos dias, señor Bernardo.

ST.-FAR. Traes...

ROSA. Quinientas libras... en asignados.

ST.-FAR. Ya lo ois, amigo; no circula mas que papel; si quereis...

BERN. No, gracias; mas valor tienen las deudas, que la moneda revolucionaria. Volveré otro dia.

ST.-FAR. Pues pagaremos al lechero; que como es patriota, no se negará á admitirla.

BERNAR. Si, si: ¡adios, amigos mios, adios! hasta la vista.

ST.-FAR. *y* ROSA. ¡Adios, señor Bernardo! (*Acompañándole hasta la puerta.*)

ESCENA III.

SAINT-FAR *y* ROSA.

ROSA. Poco dinero he traido; pero aun gano mas que Olimpia: ¡ella sufre tanto, con no poder ayudarnos!.. dias pasados me decia: Rosa, es preciso que encuentres dinero; porque nuestro buen padre no le tiene ya.

ST.-FAR. ¡Qué disparate!

ROSA. Y era verdad... os habeis sacrificado por nosotras.

ST.-FAR. No me compadezcais... primero son mis hijas... ella sobre todo, que ha vivido en la opulencia.

ROSA. Teneis razon: está acostumbrada al lujo, mientras que yo nada echo de menos... yo puedo vivir con poco...

ST.-FAR. A propósito: es necesario pensar en la comida: se acerca la hora en que viene Olimpia; y...

ROSA. Voy á arreglar la mesa. (*Colocándola delante de la chimenea y preparándola.*)

ST.-FAR. Ya no queda mas que ese solo cubierto, que le hemos reservado; pero al paso que seguimos, tal vez muy pronto...

ROSA. Cuando ya no le tengamos, daremos á Olimpia un abrazo mas, y no conocerá la falta.

ST.-FAR. Me parece que hoy tarda demasiado... (*Hace el ademan de sacar su reló, y se detiene.*) Siempre olvido que mi reló está con los cubiertos... Todas las noches lo ponia sobre esa cómoda... (*Al mirar hácia la cómoda lanza un grito.*) ¡Ah!

ROSA. ¿Qué os pasa?

ST.-FAR. ¡Que ha vuelto mi reló!

ROSA. (*Que ha abierto los cajones de la mesa.*) ¡Y los cubiertos tambien!

ST.-FAR. ¡Aqui hay algun misterio!.. El monte de piedad no los habrá dejado venir por su pié. (*Olimpia ha entrado abriendo la puerta con una llave que trae, y dejándola sin cerrar.*)

ROSA. ¿Qué quiere decir esto?

ESCENA IV.

DICHOS, OLIMPIA.

OLIMPIA. Quiere decir que somos ricos.

ROSA. ¿Ricos?

OLIMPIA. Si.

ST.-FAR. ¿De dónde nos ha llovido esa fortuna?

OLIMPIA. Padre, ya no os privareis de nada por causa nuestra: quiero que recobreis vuestras costumbres: ahora á comer, y esta noche al teatro.

ST.-FAR. ¿Al teatro?

OLIMPIA. Y Rosa tambien: aqui tengo los billetes.

ROSA. ¿Y á qué teatro vamos?

OLIMPIA. (*Dando los billetes á Saint-Far.*) Vedlo.

ST.-FAR. (*Leyendo.*) Teatro de la república, para hoy ocho Thermidor... *Oracio* para la salida de... ¡Ah! ¿he leido bien?.. ¡No es posible!.. para la salida de...

OLIMPIA. Para la salida de Olimpia, de vuestra hija.

ST.-FAR. ¡Tú! ¿Tú vuelves á la escena?

OLIMPIA. Hé ahi el secreto de mis vigilias...

ST.-FAR. ¡Repasabas tus papeles!..

OLIMPIA. Y el de mis salidas misteriosas.

ST.-FAR. Ibas á ensayar... ¡y yo, torpe! ¡que no lo adivinaba!

ROSA. ¿Por qué lo has ocultado?

OLIMPIA. Porque dudaba de mí, porque no quería daros una esperanza que pudiera desvanecerse: me ofrecí á mí misma no deciros una palabra, hasta despues de mi salida. El público ha tenido tiempo de olvidarme. ¿Quién sabe si ya no seré la misma? ¿Si seré una mala actriz?

ST.-FAR. ¡Vamos, hija mia, no digas disparates!

ROSA. ¡Y quién sabe! puede que tenga razon... despues de tanto tiempo... cuando yo me puse á coser dias atrás, no acertaba á ensartar la aguja.

ST.-FAR. ¡Bonita comparacion! ¡como tuya!

OLIMPIA. No he tenido valor para callar por mas tiempo. Ademas es preciso que esteis entre el público, padre mio: es necesario que os vea cerca de mí; para que me infundais ánimo.

ST.-FAR. ¡Hija mia!.. ¿pero cómo has podido sola?..

OLIMPIA. Una vez resuelta á ello, me presenté en el teatro: estaban ensayando, y alli se veian todos nuestros antiguos compañeros. Yo les dije: «amigos mios, hoy me encuentro pobre, mas pobre que en los tiempos en que me recogisteis, mucho mas pobre; porque no se trata solamente de mí, sino de la subsistencia de mi anciano padre adoptivo, que por causa mia carece hoy de todo... de todo... ¡hasta de pan!»

ST.-FAR. ¡Olimpia! (*Llorando y abrazándola.*)

OLIMPIA. ¡Oh! No me avergoncé de decirles esto.

ST.-FAR. ¿Y qué os respondieron?

OLIMPIA. Hicieron lo que vos... primero me abrazaron, y luego me adelantaron el sueldo de un mes. (*Dándole un bolsillo.*)

ST.-FAR. ¿Y qué hiciste al encontrarte en el teatro?.. en nuestro hermoso teatro?

OLIMPIA. ¡Ah!.. no puedo decirlo. ¡La felicidad!.. Pero en medio de aquella alegria tambien encontraron lágrimas mis ojos!

ST.-FAR. ¿Lloraste?

OLIMPIA. ¡Sí! al ensayar, vi la sala desierta y sombria! Tan sombria, que me pareció que arrastraba el luto y el duelo de todos mis recuerdos. Volví á crear lo pasado; y á aquella sala desierta devolví en mi pensamiento los espectadores, que antes la habian animado; las frentes bellas y nobles que el huracan ha destruido: sobre to-

das veia á la egrejia dama que, en otro tiempo, favoreciéndome con una dulce sonrisa, me habia arrojado su ramo de flores, la que ya nunca arrojará mas flores, la que ya no tendrá mas sonrisas que prodigar!.. Veia, padre mio, veia á la reina.

St.-Far. ¡Olimpia! Hija mia, refrénate: en los tiempos que corren, esas palabras podrian comprometerte. Llora, pero en silencio... á solas... recuerda á la desgraciada mujer, que enajenada por el dolor y la gratitud acaso, se atrevió á gritar en una plaza pública... ¡Viva la reina! Esa exclamacion no podia devolver la vida á la reina mártir, y dió la muerte á quien la habia proferido. Tú no sabes lo que son las revoluciones!.. Vaya, hablemos de otra cosa. ¿Cuándo haces tu salida?

Olimpia. Ya os lo he dicho, esta noche.

St.-Far. ¡Esta noche! ¿Pero está bien redactado el cartel? ¿Y los billetes?

Olimpia. Ya no hay ninguno.

St.-Far. ¡Ninguno! ¡Mejor! Con eso no entrarán los que tienen targeta, y podremos estar tranquilos. Tú no sabes lo bueno que es en un estreno que el público se componga solo de personas que pagan, y aun de acreedores. Daré un billete á nuestro casero. (*Tomando el sombrero.*) Voy...

Olimpia. ¿A dónde?

St.-Far. A ver los carteles, á repasar los periódicos... Te traeré algunos si hablan de tí.

Rosa. ¿Y la comida?

St.-Far. No importa: vuelvo al momento. (*Váse.*)

ESCENA V.

Olimpia, Rosa.

Rosa. ¡Ah! ¡Te admiro!

Olimpia. ¿Por qué?

Rosa. ¡Me pareces mas feliz que nunca!

Olimpia. ¡Oh! si; soy feliz, muy feliz, porque puedo socorrer á los que mas quiero en el mundo... porque me siento renacer con mi existencia de otras veces... porque acabo de recibir una carta de mi marido, en la cual me dice que mas que nunca me ama, añadiendo que se ha distinguido en el último combate, y que espera que el

soldado borrará bien pronto la memoria del noble.

ROSA. A propósito de noble. ¿A que no aciertas á quién he visto hoy?

OLIMPIA. No sé...

ROSA. A tu primo Felipe.

OLIMPIA. ¿Está en Paris?

ROSA. Y no muy bien disfrazado; pero tan jovial como siempre. Me dió un abrazo en el boulevard, me dijo dónde vivia, y me pidió las señas de nuestro cuarto, ofreciéndome venir á vernos hoy mismo.

OLIMPIA. ¿Con que has visto á Felipe?

ESCENA VI.

DICHOS, FELIPE.

FELIPE. Presente.

ROSA. (*A Olimpia.*) ¿No te lo decia? Entrad, señor marqués.

FELIPE. Suprimid el título, como ha hecho la revolucion, hermosa prima!..

OLIMPIA. ¡Vos en Paris!

FELIPE. Como prenden á los que se esconden, me doy á la luz sin recelo.

OLIMPIA. Habladme de Gaston. ¿No habeis partido juntos?

FELIPE. Al principio nos ocultamos; pero como estaba declarada la guerra y cuando amenaza un extranjero, no hay nobles ni plebeyos, no hay mas que ciudadanos, nos unimos á estos, alistándonos en el ejército, hasta que llegó un dia en que se nos acusó de mantener relaciones secretas con los emigrados: entonces empezaron á perseguirnos como sospechosos... Felizmente nos encontramos á un antiguo conocido, el señor Jorge, vuestro protegido, el cual, con peligro de su vida, nos proporcionó los medios de evadirnos, facilitándonos dos pasaportes. La prudencia exigia que Gaston y yo camináramos separados, y asi lo hicimos desde há quince dias: él estará á estas horas en Alemania, que es donde le permitia ir su pasaporte.

ROSA. ¿Y vos?

FELIPE. Yo podia elegir entre Italia y Suiza; me decidí por Paris; estoy por mi patria con todos sus defectos; voy á todas partes, á los teatros, á los cafés, á los paseos.

Soy amigo de muchos republicanos... que ayer fueron como yo realistas... últimamente me he relacionado con Tallien, el cual me profesa una amistad extraordinaria, sin duda para que si cambian las cosas, le proteja yo; ó tal vez por que bebo mas que él. Es presidente de la convencion y me da billetes para que vaya á aplaudirle. ¡Si vierais, prima, qué congreso aquel! gritan, se insultan, hasta se dan de golpes!.. y yo espero tranquilamente que se devoren. ¡Oh!.. me divierto mucho. ¿Pero qué teneis, prima?

OLIMPIA. ¡Tiemblo por Gaston! ¡Si se hallara en Paris!.. Los que hemos sufrido mucho, tenemos el privilejio de presentir la nueva desgracia que nos amenaza. Gaston está perdido si permanece en Francia, y el corazon me dice que Gaston está en París. (*Suena la campanilla.*) ¡Ah!.. ¡Si fuera él!..

ESCENA VII.

DICHOS, SAINT-FAR.

ST.-FAR. Ya estoy aqui con un periódico.

FELIPE. Buenos dias, Saint-Far.

ST.-FAR. Buenos dias.

FELIPE. ¡Cáspita!.. ¿Es eso todo lo que me decis?

ST.-FAR. Es costumbre que he tomado. En los tiempos que corren es muy fácil encontrar á cada paso personas que tienen interés en ocultarse; y si al verlas grita uno «¡Cielos! ¡Fulano!» el fulano es reconocido y... paf... ya tiene bastante para divertirse. (*Estrechándole la mano.*) ¿Y qué tal, querido amigo? ¿Lo pasamos bien? ¿Eh?

FELIPE. Nos defendemos cuanto se puede. ¿Pero qué hablábais de periódico al entrar? ¿Alguna novedad?

ST.-FAR. ¡Ya lo creo!

FELIPE. ¿Habrá cumplido mi amigo Tallien lo que nos ofreció anoche bebiendo?

ST.-FAR. La novedad es que Olimpia vuelve al teatro francés: noticia oficial; la trae el Monitor. (*Le da el periódico.*)

FELIPE. (*Leyendo.*) Asi es. Prima, os felicito: cayó vuestra corona de condesa y recobrais la de artista. Indudablemente respetarán mas esta que la otra. Iré á aplaudiros.

St.-Far. Que lo hagais con las manos huecas: asi suena mas.

Felipe. Iré al teatro cuando salga de la convencion. Adios, amigo mio... Esperanza, Olimpia... Señora Gautier...

St.-Far. Acompáñale hasta la puerta, Rosa (*Váse Felipe, dándale la mano á Saint-Far y Olimpia.*) y despues á comer. Cuando se representa de noche, es necesario comer temprano.

ESCENA VIII.

Saint-Far, Olimpia.

Olimpia. (Si viniera... ¡Si le hallaran en París!...)

St.-Far. ¿Qué es lo que tienes? ¿Estás representando tu papel?

Olimpia. No, padre mio.

St.-Far. ¿Pues en qué piensas?

Olimpia. (*Serenándose.*) ¿Habeis estado en el teatro?

St.-Far. En el téatro no: en la sala de lectura solamente, y despues en las esquinas mirando los carteles. ¡Estoy furioso! Habia un peloton de entretenidos, y yo dije para mí: ¡bravo! esto va bien; la vuelta de Olimpia al teatro causa sensacion; entonces me acerqué cautelosamente á ellos para oir lo que decian; ¿y sabes tú de qué hablaban? ¡De política! ¡Estúpidos! En otro tiempo tu salida hubieran preocupado á todo Paris... ¡Ah! ¡malditas revoluciones!.. Siempre son fatales para los teatros; y no obstante solemos interesarnos en ellas los actores. ¡Imbéciles!

ESCENA IX.

Olimpia, Saint-Far, Rosa, *luego* Gaston.

Rosa. (*Apresurada.*) ¡Olimpia!... ¡Señor Saint-Far! ¡Si supieseis!..

Olimpia. ¿Qué?

Rosa. Salí un momento á la calle por la puerta falsa y encontré... Me ha visto.. le he hecho entrar.. ¡Todavia estoy temblando!

St.-Far. ¿Pero de quién hablas?

Olimpia. (*Levantándose.*) ¡Ah! ¡Es de Gaston!

Gaston. (*Entrando.*) ¡Olimpia!

Olimpia. ¡Oh! ¡Bien sabia yo que estaba en Paris! ¡Gaston, espo-

so mio! (*Abrazándose.*) ¡Qué feliz soy! ¡muy feliz! ¿y tú tambien, no es verdad? ¡Pero... ¡ah!.. ¡lo olvidaba!... ¡Estas proscrito!.. ¡perseguido tal vez!.. ¿Gaston, por qué has venido?

GASTON. ¡Para volverte á ver!.. ¡para abrazarte!

OLIMPIA. ¿Padre, está bien cerrada la puerta?

ST.-FAR. Yo mismo iré á echar el cerrojo. (*A Rosa.*) Haz tú lo mismo con la otra. (*Ambos salen y vuelven luego.*)

OLIMPIA. ¡Esposo mio! ¡este dia debiera serlo de felicidad!

GASTON. ¡De felicidad!

OLIMPIA. ¿Pero qué pasa en tí? ¡Cuando la alegria me hace olvidar mis dolores, te veo triste! ¿Me ocultas alguna cosa, alguna nueva desgracia?

GASTON. El pasaporte que me facilitaron debia servirme para ganar la frontera; pero dominado por la inquietud, á cada paso que daba hácia delante, mi corazon miraba hacia atrás. Pensaba en tí... en mi madre... en los pepeligros que podiais correr... Entonces me volví: quise venir á Paris para abrazarte, deteniéndome antes en Rudentz para ver á mi madre, ¡y mi madre ya no estaba allí! El castillo habia sido reducido á escombros, y encontré solamante, llorando sobre aquellas ruinas, á un anciano criado de nuestra familia; por él supe que mi madre, defendida largo tiempo por el respeto y el cariño de nuestros colonos, al fin habia sido denunciada, presa y conducida á Paris, y que iba á morir, si yo no llegaba al mismo tiempo que ella. He caminado noche y dia; y ahora que te he visto, ahora que te he abrazado, adios.

OLIMPIA. ¿A dónde vas?

GASTON. En busca de mi primo. Me han dicho que está en Paris.

OLIMPIA. (*Deteniéndole.*) No... no me abandonarás. (*Saint-Far y Rosa entran.*)

ROSA. ¿Quereis iros?

ST.-FAR. Me opongo á ello.

GASTON. Acepto el asilo; pero necesito ver á Felipe, sin pérdida de tiempo.

OLIMPIA. Espera al menos que sea de noche. Si te reconociesen...

GASTON. Bien: esperaré. (*Se sienta y recorre maquinalmente el periódico.*)

ROSA. ¡Ea! la comida está pronta.

ST.-FAR. A la mesa.

GASTON. ¡Ah!
OLIMPIA. ¿Qué?
GASTON. ¡Leed!.. ¡leed!
ST.-FAR. (*Leyendo.*) «Lista de las personas que deben aparecer mañana ante el tribunal...
OLIMPIA. (*Que leia al mismo tiempo.*) ¡Ah!
GASTON. ¡Madre de mi alma!.. ¡madre mia!.. Olimpia, corro en busca de Felipe... es mi única esperanza. Salvará á mi madre... ¿no es verdad? ¿no es verdad que salvará á mi pobre madre?
ROSA. ¿Sabeis dónde vive?
GASTON. No; pero me informaré... preguntaré...
ROSA. Y en la turbacion que os domina, os comprometeriais... nada; yo iré con vos.
OLIMPIA. Y yo tambien.
ST.-FAR. ¡Imposible! ¿No recuerdas que esta noche?..
OLIMPIA. (*A Rosa.*) Pues bien, no le dejes. (*A Gaston.*) No te expongas... piensa en mí...
GASTON. En este momento no puedo pensar mas que en mi madre. (*Váse con Rosa.*)

ESCENA X.

OLIMPIA, SAINT-FART.

OLIMPIA. (*Sentándose desfallecida.*) ¡Dios mio!.. Dios mio!..
ST.-FAR. ¡Era tan feliz hace un momento! Hay para volverse loco. (*Dan las cinco.*) ¡Las cinco!.. ¡El teatro!.. Si no trabajase esta noche, se haria tambien sospechosa... Olimpia... hija mia... ya son las cinco, y hoy no te perteneces... no tienes el derecho de quedarte... ni aun para llorar.
OLIMPIA. No os oigo... ¿qué deciais?..
ST.-FAR. Digo... perdóname... pero esta noche tienes que trabajar.
OLIMPIA. ¿Yo?.. Si, si; es verdad... estoy pagada y es preciso (*Levantándose.*) hablar... representar... decir versos... palabras... con las lágrimas en el corazon... con la angustia en el alma!.. ¡En fin, estoy pagada! Pero yo no puedo representar, cuando mi marido va á perderse tal vez, cuando van á matar á su madre!
ST.-FAR. Lo conozco... ¡esto es horrible!.. Pero considera, Olim-

pia, que estás comprometida... ¡Ah! sí: el cielo es quien te ha inspirado la idea de volver al teatro. La mujer del noble nada podria hoy hacer por los que ama; pero la actriz, el ídolo del público, puede pedirlo, obtenerlo todo.

OLIMPIA. Sí: teneis razon... eso debe ser... Vamos, devora tus lágrimas, pobre mujer; y si es preciso, arrástrate hasta la escena... Sé fuerte, sé valerosa; demanda á tu dolor esos rasgos que escitan el entusiasmo. No son aplausos lo que tratas de merecer... son dos existencias las que vas á salvar. ¡Al teatro, padre mio, al teatro! (*Deteniéndose.*) Dios mio... esta mañana en el ensayo no equivoqué ni una palabra... y ahora... ahora no encuentro un verso... ni uno solo!.. ¿Si habré perdido la memoria?.. No... no: me acordaré... lo quiero... es preciso... (*Golpeándose en la frente.*) ¡Ah! mi memoria... mi memoria... Veamos... ¡Oh! ¡Esos hombres le matarian!
(*Representando.*)
«¡Tigre feroz, que el llanto me prohibes,
y que me mandas que su muerte vea!..»

ST.-FAR. (¡Ah! ¡recuerda los versos!)

OLIMPIA. «¿Dónde estais, dónde estais, lágrimas mias?
¿tengo del llanto ya las fuentes secas?
No: mis lágrimas bajan escondidas:
llegan al corazon, y allí fermentan.»

ST.-FAR. Sigue... sigue... bien: ahora te adelantas dos pasos... y... (¡Dios mio qué miradas!)

OLIMPIA. «Roma, que fué tu cuna, es su sepulcro:
¡Roma que á tí te encumbra, á él le despeña!
Dia vendrá en que caigas de esa altura...
permita Dios que presenciarlo pueda.
Álcese contra tí tu pueblo mismo:
conjúrese en tu ruina Italia entera;
y si la Italia entera no es bastante,
gentes de Oriente, y de Occidente vengan;
y cuelgen de la punta de sus lanzas,
girones de tu manto por bandera.»

ST.-FAR. Olimpia, hija de mi alma, serénate... por el amor de Dios, por tu padre... por este pobre viejo, que te lo suplica de rodillas.

OLIMPIA. (*Siempre extraviada.*)

«¡Él va á morir! ¡morir cuando le adoro!..
¡cuando su amor el alma me enajena!..
¡Cuando debo á su amor las horas únicas,
en que he sido feliz sobre la tierra!

St.-Far. ¡Por Dios, Olimpia! ¡por Dios! (¡Señor, que no se vuelva loca!) (*Se oye ruido.*)

Olimpia. «¿Escuchais ese ruido y esas voces?
Son las de sus verdugos, que le llevan.
Como si me pisaran los cobardes,
dentro del corazon sus pasos suenan.
(*Se acerca el ruido.*)
¡Ois cómo celebran los chacales,
el rastro de la sangre que olfatean?..
El tigre salta, y de placer henchido,
ruge feroz al devorar la presa.»

ESCENA XI.

Dichos, Rosa, *luego* Gaston *y pueblo.*

Rosa. ¡Saint-Far de mi alma!

St.-Far. Vamos mujer, que tú tambien...

Rosa. No puedo mas... me ahogo.

St.-Far. Y bien...

Olimpia. Gaston...

Rosa. ¡Lo han preso!

Olimpia. ¡Ave Maria purísima! ¡Preso!.. ¡él!.. ¡Gaston!.. Llevadme, padre mio... quiero representar... quiero salvarle ó morir. (*Se precipita hácia la puerta, y la abre de par en par: en este momento pasa por delante Gaston, conducido por un peloton de gentes del pueblo.*) ¡Gaston!.. ¡es él!.. (*Se lanza fuera, y arranca á su marido de los que le llevan, trayéndole al teatro, los demas le siguen.*) ¿A dónde le llevais? Este hombre es mi marido: ¿lo entendeis bien? ¡mi marido!

St.-Far. (¿Se va á perder!)

Gaston. Esta mujer se engaña... yo no la conozco, señores... Llevadme.

Olimpia. Digo que soy su mujer, y no nos separareis.

Un agente del pueblo. No tenemos órden de prenderte.

Olimpia. ¡Oh! ¡me prendereis!.. tendremos la misma cárcel,

Gaston... el mismo cadalso... Sé un grito que condena... que mata...

ST.-FAR. ¡Ah! ¡Calla, desgraciada!.. (*El peloton se aleja.*)

OLIMPIA. No callaré... ¡Viva la Reina!..

ST.-FAR. ¡Calla!..

OLIMPIA. ¡Viva la Reina!.. (*Movimiento general: el peloton vuelve y se apodera de Olimpia.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala de recibimiento en la conserjeria. Una gran puerta con verja en el fondo, que da sobre un patio: dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Un gran sillon, una mesa, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

GASTON, FELIPE.

GASTON. (*Sentado.*) Ya te he referido el sacrificio de Olimpia. Ella se ha perdido por seguirme, por estar conmigo; pero inútilmente. Apenas llegamos anoche á esta cárcel, nos separaron, sin atender á sus lágrimas, ni á mis súplicas. Despues no la he vuelto á ver, ni he podido averiguar si mi madre se halla tambien en esta prision. ¡Madre mia! ¡Tal vez moriré sin abrazarla, sin recibir su bendicion!

FELIPE. ¡No, no morirás, voto á cien diablos! Los sucesos de esta noche han debido cambiar la faz de los negocios públicos.

GASTON. ¡Triste pais! ¡Desventurada Francia! Invocando un principio que, lejos de respetar y enaltecer, hunden en el mas desastroso abismo, la seguridad personal, el bienestar público, la ley en fin, no es á los ojos de esos caníbales mas que una palabra vaga, que nada significa, que ningun obstáculo puede oponer á sus instintos de

sangre, á su espíritu de aniquilamiento y venganza. ¡Y hablan de dar libertad al pais!... ¡de regenerar la Francia!... ¡El pais!... ¡que gime bajo la mas espantosa de las tiranías!... ¡la Francia!... ¡que ha visto desaparecer de su seno cuanto de noble y grande encerraba!

FELIPE. El cuadro es sombrio... pero exacto.

GASTON. ¿Y qué se ha hecho de nuestros amigos?

FELIPE. Unos presos... otros en el extranjero... la mayor parte han perecido en el cadalso. Dervil ha podido escapar á sus verdugos... no asi el pobre Flesant, que...

GASTON. ¿Pero tú cómo te encuentras aquí?

FELIPE. Como uno de los que entran á visitar á los presos. Y créete que si no me hallo de otra manera, no es culpa mia, porque... ¡Pero en Paris como en el ejército, la muerte no quiere nada conmigo! ¡Al contrario! hasta tengo influencia con esas gentes, cosa que á la verdad no comprendo; y voy á emplearla en tratar de reunirte con tu madre y con tu mujer. (*Viendo á Anselmo.*) Hé aqui precisamente el hombre á quien debo dirigirme.

ESCENA II.

DICHOS, ANSELMO.

ANSEL. ¡Hola, ciudadano!

FELIPE. Escucha, Anselmo. ¿Conoces esta firma? (*Enseñándole un papel.*) ¡Es la de Tallien! y Tallien ya sabes que es poderoso, omnipotente.

ANSEL. Hoy por hoy, no tiene duda. Mañana...

FELIPE. Preso tal vez. Tampoco seria extraño; pero en este momento debes obedecerle.

ANSEL. Hablad... que yo sepa...

FELIPE. Mi primo, que es este prisionero que ves ahí, quiere ver á la condesa de Rudentz, su madre, y á Olimpia, su mujer. Ambas estan aqui, y es preciso que vayas á buscarlas.

ANSEL. Haré que avisen á la ciudadana Olimpia... (*Bajando la voz.*) En cuanto á la ex-condesa...

FELIPE. (*Con ansiedad.*) ¿Qué?

ANSEL. Se halla ahora en el tribunal.

FELIPE. ¡Pues qué! ¿Sigue funcionando todavia?

ANSEL. Sin descanso.

FELIPE. ¡Calla! ¡que no te oiga!

GASTON. (*Levantándose y acercándose.*) ¿Has conseguido?...

FELIPE. Sí, que veas á Olimpia.

GASTON. ¿Y á mi madre?

FELIPE. A tu madre...

ANSEL. (*Ap. á Felipe.*) Hácia aquí se dirige.

FELIPE. A tu madre tambien.

ANSEL. (*Ap. á Felipe.*) No vivirá muchos instantes. Os dejo con ella, y voy á traeros la otra. (*Vase.*)

ESCENA III.

GASTON, FELIPE, *la* CONDESA, *que llega lentamente.*

FELIPE. (*Viéndola venir.*) (¡Pobre señora! La edad y los padecimientos han alterado su salud; pero no han podido rebajar su aire de distincion y nobleza!)

GASTON. (*Corriendo á su encuentro.*) ¡Madre de mi alma!

CONDESA. Gaston... hijo mio... no esperaba volverte á ver. (*Abrazándose.*)

FELIPE. ¿Y por qué, señora?

CONDESA. (*Reparando en él.*) ¡Felipe!...

FELIPE. Abrazadme, tia. (*Se abrazan.*) Pero no, mas vale que os ocupeis solamente de él.

CONDESA. Esta noche he pedido dos favores al Omnipotente, y me los ha concedido. El primero, hijo mio, poder estrecharte una vez mas contra mi corazon.

GASTON. ¡Madre de mi vida! (*Volviendo el rostro y llorando.*)

FELIPE. ¿Y el segundo?...

CONDESA. (*Con calma y en voz baja.*) ¡Morir!... y acaban de sentenciarme. (*Sentándose.*)

FELIPE. ¡A vos!... ¡Oh!... lo que es ese favor no se cumplirá, señora! ¡yo os lo juro! ¡Aunque tuviera que minar la Francia, que habérmelas con Tallien, con el mundo entero!

GASTON. ¿Qué dices?

FELIPE. Digo que... no digo nada.

GASTON. Pero...

FELIPE. Que corro á casa de Tallien, y que no cortarán una sola cabeza de los Rudentz, ó caerán todas. Nos volveremos á ver, tia: ¡pues no faltaba mas!... (*Váse corriendo.*)

ESCENA IV.

La Condesa, Gascon.

Condesa. Será inútil cuanto pretenda hacer en favor nuestro. En el corazon de esos hombres no hay lugar á la piedad.

Gaston. Pero él tiene influencias poderosas, y las empleará, madre mia, en salvaros.

Condesa. ¿Y qué me importa la vida?

Gaston. ¡Oh! no digais eso: no digais eso delante de vuestro hijo, que daria la suya por ahorraros un minuto de padecimiento, un átomo de pesar.

Condesa. Gaston, yo he sido una mala madre...

Gaston. ¡Oh! ¡no me hableis asi!

Condesa. Yo he sido una mala madre; y Dios hubiera podido castigarme, negándome el placer que ahora me concede. Pero Dios es bueno y misericordioso!... Dios me proporciona el consuelo de decirte: ¡yo te bendigo, híjo mio!... ¡yo te bendigo y te amo! (*Aparece Olimpia.*)

Gaston. Madre mia, esas palabras de amor y de consuelo, esas palabras que bastarian á recompensarme de una vida entera de padecimientos, ¿serán únicamente para mí? Yo no estoy solo en el mundo, ni en esta horrible mansion. La mujer, á quien he dado el nombre de esposa, ha venido por su propio deseo á compartir mi cautividad; y cualquiera que sea la suerte que el cielo me destine, tambien la dividirá conmigo. ¿No reconocereis en esta hora suprema, en este solemne momento, la union santa, que la muerte misma va á consagrar tal vez?

ESCENA V.

Dichos, Olimpia *acercándose.*

Olimpia. (*Con respeto.*) Señora, habeis rechazado en otro tiempo á la ensalzada condesa ¿Rehusareis tambien ahora á la humilde prisionera? Si el nacimiento nos separa, la desgracia nos acerca. Dios tiene la misma piedad para todos los sufrimientos... la misma palma para todos los mártires.

CONDESA. ¡Es verdad!... He intentado separar lo que el cielo habia unido; he querido maldecir lo que él habia ya bendecido!... ¡Se apoderó de mí la locura del orgullo!... ¡Os he rechazado; y... (*Levantándose.*) perdonadme, señora! (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Abrazadme, hija mia!

GASTON. ¡Madre de mi corazon!...

OLIMPIA. ¡Señora!..

GASTON. Este momento de felicidad...

ESCENA VI.

DICHOS, ANSELMO.

ANSEL. ¿Ciudadano Gaston?

GASTON. (No debia durar mucho tiempo!) Yo soy: ¿qué me quereis?

ANSEL. Se os llama en la escribania para... para poner una firma.

GASTON. (Comprendo.) Ya os sigo.

OLIMPIA. ¡Pero qué! ¿van á separarnos otra vez?

CONDESA. ¡Gaston!...

CASTON. ¡Madre!... ¡esposa mia!... ¡La Providencia no permitirá que nos separen ahora!... ¡Mi madre!... ¡mi Olimpia!.. ¡todo lo que amo en el mundo!... (*Las abraza y sale con Anselmo.*)

ESCENA VII.

LA GONDESA, OLIMPIA.

CONDESA. ¡Hijo mio!... ¡No verle mas!...

OLIMPIA. ¡Oh! ¿qué decis, señora?

CONDESA. (*Con dulzura.*) Escuchadme, Olimpia. De cuantos bienes me legaron mis abuelos, ya solo me queda esta cruz, que he podido ocultar á las miradas de todos. M madre me la dió al espirar... Conservadla, hija mia como recuerdo de la que va á morir.

OLIMPIA. ¿Morir vos?...

CONDESA. Si: ya estoy sentenciada. Dios ha permitido sin embargo que la mujer á quien habia ofendido tanto, me estreche contra su corazon y me perdone.

OLIMPIA. (*Abrazándola.*) ¡Madre!...

CONDESA. ¡Hija mia... yo os bendigo!...

VOZ. (*Dentro.*) ¡Preval! ¡Fermin! ¡Dolney!

CONDESA. ¿No ois? Esa voz llama á los que han sido sentenciados como yo... luego me llamarán tambien: obtened, si es posible, algunos momentos .. quiero rogar al cielo por mis hijos... Voy á entrar en esa habitacion; (*Señalando á una.*) y cuando sea tiempo de morir, avisadme: estaré dispuesta. (*Entra en la habitacion que ha señalado.*)

ESCENA VIII.

OLIMPIA.

¡No: no morirá!.. ¡no debe morir!... ¡Ella que me ha perdonado!... ¡que me ha bendecido!... ¡que me ha llamado su hija!... Pero ¿y Gaston? ¡Gaston que no vuelve!... ¿Serian capaces de condenarle, sin permitir que le vea otra vez, que le estreche contra mi corazon?

ESCENA IX.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. ¡Olimpia! ¡Olimpia!

OLIMPIA. Rosa, ¡hermana mia, ¿tú tambien en esta horrible prision?

ROSA. ¡Oh! no he venido para permanecer aqui, sino para salir contigo.

OLIMPIA. ¿Conmigo?

ROSA. Sí: estás libre.

OLIMPIA. ¿Qué dices?

ROSA. No lo dudes. Saint-Far y yo no hemos descansado en toda la noche, hasta conseguir tu perdon! Si hubieras visto al pobre viejo recorrer Paris en todas direcciones, suplicando con lágrimas en los ojos que te devolviesen tu libertad!.. Hasta que al fin la hemos alcanzado; y hé aqui la órden (*Leyendo.*) «Queda en completa libertad »la ex-condesa de Rudentz.» Me han dicho que no hay mas que presentar este papel al alcaide, y firmar en el registro de salidas y que podemos partir sin demora.

OLIMPIA. ¿Quién, yo?

ROSA. Si: me parece que no tendrás el pensamiento de continuar en esta horrible cárcel.

OLIMPIA. ¡Pero abandonarla!.. ¡á ella!.. ¡oh! ¡imposible!

ROSA. ¿A quién?

OLIMPIA. ¡A su madre... está sentenciada!..

ROSA. ¡Ah!

OLIMPIA. Hace algunos instantes que me abrazaba... que me llamaba hija suya... y dentro de poco tal vez...

VOZ. (*Dentro.*) La ex-condesa de Rudentz.

ROSA. (*Dirigiéndose al fondo.*) ¿Qué voz es esa?

OLIMPIA. (Gaston, que la quiere tanto, que daria su vida por ella, ya no la veria mas!..)

ROSA. Creí haber oido...

OLIMPIA. (*Vivamente.*) Si, mi nombre... me estan llamando... (Al paso que si ocupara yo su lugar... ¡Oh!.. Debo á Gaston este sacrificio... y lo cumpliré. ¡Pero morir sin verle!.. ¡Sin abrazar á mi padre, á ese pobre viejo, que tanto ha hecho por mí!.. ¡Ah! ¡No debo... no quiero vacilar... el sacrificio es grande; pero es el precio de mi perdon!..)

VOZ. (*Dentro.*) La ex-condesa de Rudentz.

ROSA. ¿Otra vez te llaman?

OLIMPIA. Tu misma lo has dicho: para llenar alguna formalidad...

ROSA. En ese caso te acompañaré.

OLIMPIA. ¿Tú? de ninguna manera.

ROSA. Pero...

OLIMPIA. Al contrario, quédate aqui; y si la señora de Rudentz pregunta por mí, dále este papel que salva la vida á la ex-condesa. No te separes de su lado, hasta que yo vuelva... ¿me lo ofreces? Ten presente que ahora es mi madre... que me ha llamado hija suya... ¡que me ha dado su bendicion!

ROSA. ¡Pobre señora! ¿Y dónde está?

OLIMPIA. En esa habitacion. (*Señalando á una.*)

ROSA. (*Que ha ido á mirar.*) Si: alli la veo... está arrodillada...

ESCENA X.

DICHOS, ANSELMO.

ANSEL. (*Entrando.*) La ex-condesa de Rudentz.

OLIMPIA. (*Yendo precipitadamente á su lado.*) Yo soy... yo soy... (¡No le engaño! ¡Puesto que lo he sido ante Dios, bien puedo serlo en el cadalso!)

ROSA. Olimpia, yo voy contigo... yo te quiero acompañar.

ANSEL. No puede ser.

OLIMPIA. (*A Rosa.*) Ya lo oyes: no puede ser. (*A Anselmo.*) Dejadme que la abrace... ¡por todos los que amo!... (*La abraza.*)

ROSA. Pero, hermana mia, volverás al momento, ¿no es asi?

OLIMPIA. Si, al momento. (Gaston, el sacrificio de mi vida por la felicidad que me has proporcionado: en pago de tu amor, te devuelvo á tu madre.) (*Váse con Anselmo.*)

ESCENA XI.

ROSA.

¡Es extraño! Yo creia que para ir donde va, para acreditar que está ya libre, necesitaba presentar este papel. De otra manera ¿cómo la han de creer bajo su palabra? Ese hombre decia que yo no podia acompañarla... ¿y por qué? Cuando va á salir de este sombrio recinto, justo es que yo, que soy su hermana, no me separe de su lado. ¡Oh! Si: quiero acompañarla... quiero ir con ella... ¡Olimpia! ¡Olimpia!... Nadie responde... ¡nadie!... y yo no acierto á moverme... (*Se oye el ruido de un carruaje que parte.*) Pero ¿qué ruido es ese? Es el de un carruaje que parte... Nunca me ha estremecido tanto el crujido de esa carreta. ¡Parecia que sus ruedas pasaban sobre mi corazon!

ESCENA XII.

ROSA, GASTON, FELIPE, *seguidos de* ANSELMO.

FELIPE. ¡Victoria, primo, victoria! ¿No te decia yo que los sucesos de esta noche debian ejercer su influencia en los negocios públicos? ¡Tallien triunfa! (*Enseñándole á Anselmo un papel.*) ¡Hé aqui el decreto de la convencion, ante el cual todas las cadenas deben arrancarse,

todas las puertas deben abrirse!...

ROSA. Es posible.

FELIPE. Si, señora. Todos los prisioneros recobran su libertad.

ANSEL. Este decreto llega tarde para los sentenciados de hoy.

FELIPE. ¿Qué quieres decir?

GASTON. Esplicaos...

ANSEL. Digo que llega tarde para los sentenciados de hoy, porque ya han marchado á su destino.

GASTON. ¡Ah! mi madre...

FELIPE. La condesa de Rudentz...

ANSEL. Ha partido ya.

FELIPE. ¡Ah! corro... (*Váse precipitadamente.*)

ROSA. Pero si yo la he visto hace pocos momentos arrodillada...

GASTON. ¿Dónde?

ROSA. En esa habitacion... (*Señalando á ella.*)

GASTON. ¡Madre de mi alma!... ¡Madre mia!... (*Corriendo presuroso á ella: á este tiempo sale la condesa.*)

ESCENA XIII.

GASTON, ROSA, ANSELMO, LA CONDESA.

CONDESA. ¿Me llamas, hijo?

GASTON. ¿Sois vos, madre mia? ¡Luego era mentira que habiais partido ya, y hemos llegado á tiempo de salvaros?

CONDESA. ¿Cómo?

GASTON. Si: renace la esperanza: el terror desaparece: la convencion ha decretado que desde ahora queden en libertad todos los presos. Nos habian hecho creer que vos habias sido sentenciada...

CONDESA. Y es cierto.

GASTON. Que habiais ya partido.

ANSEL. Vuelvo á decir que una mujer ha respondido al nombre de la ex-condesa de Rudentz...

ROSA. ¡Ah! ¡era Olimpia!

GASTON. ¡Olimpia!

CONDESA. Sin duda ha querido morir por salvarme...

ROSA. ¡Hermana mia! Por eso me encargaba que no me separase de vuestro lado, y que os entregase este papel, que salvaba la vida á la que llevara el nombre de condesa de Rudentz!...

GASTON. ¡Pero yo no quiero que muera!... ¡ella!... ¡Olimpia!.. ¡mi bien amada!... ¡No!... ¡yo no quiero dejarla morir!... yo estoy en libertad... Felipe, dame esa órden... (*buscando á Felipe con la vista, y recorriendo el teatro con desesperacion.*) ¡Y Felipe no está!... ¡Felipe!... ¿dónde habrá ido?... ¡Es menester salvarla!... ¡Oh! ¡el terror le habrá alejado de aqui!... ¡Todo está perdido! ¡No me dejarán salir!... ¡y yo quiero buscarla!... ¡disputarla á sus verdugos!... (*Corre precipitadamente á la puerta, á cuyo tiempo se abre esta, y aparece Olimpia desmayada en brazos de Saint-Far y Felipe.*) ¡Dios mio! ¡muerta!...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SAINT-FAR, FELIPE, OLIMPIA.

ST.-FAR. No: ¡vive!... ¡vive!...

TODOS. (*Corriendo á abrazarla.*) ¡Olimpia!

ST.-FAR. ¡Vive!... Solo que el susto... la emocion...

FELIPE. No era el caso para menos. Figuraos que...

OLIMPIA. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah!...

ST.-FAR. ¡Vuelve en sí!...

OLIMPIA. ¿Dónde estoy?...

ST.-FAR. ¡Entre nosotros, Olimpia!

GASTON. Entre los que te aman, esposa mia.

OLIMPIA. ¿Luego ha sido un sueño? ¡creí que me llevaban á morir!...

FELIPE. (¡Pues lo que es de ese sueño ha podido no despertar!)

OLIMPIA. Creí que me conducian en un carruaje con otros presos, que al llegar al sitio de la ejecucion, me tomaban en brazos...

FELIPE. Nada mas cierto. A este pobre viejo (*Señalando á Saint-Far.*) se debe todo. En vano al divisar á Olimpia, habia gritado por todo el tránsito que estaba perdonada, que no debia morir... no le hacian caso, y menos aun se cuidaban de detener los caballos que conducian la fatal carreta. Ya se acercaban al sitio de la ejecucion y se veian casi enfrente de la horrorosa máquina, cuando Saint-Far en un desesperado esfuerzo, se arrojó á los pies de los caballos con inminente riesgo de ser atrope-

llado; pero logró que se detuvieran, y entonces llegué yo con el decreto de la convencion, ante el cual los abastecedores de la muerte, tuvieron que conformarse, dejándola en libertad. La recogimos, ya devanecida, en nuestros brazos, y la hemos conducido á esta mansion, de donde volveremos á salir al instante, para que se reuniese con los que ama... con los que la deben su felicidad.

CONDESA. Y acaso la vida.

GASTON. (*A Saint-Far.*) De manera que si no es por vos...

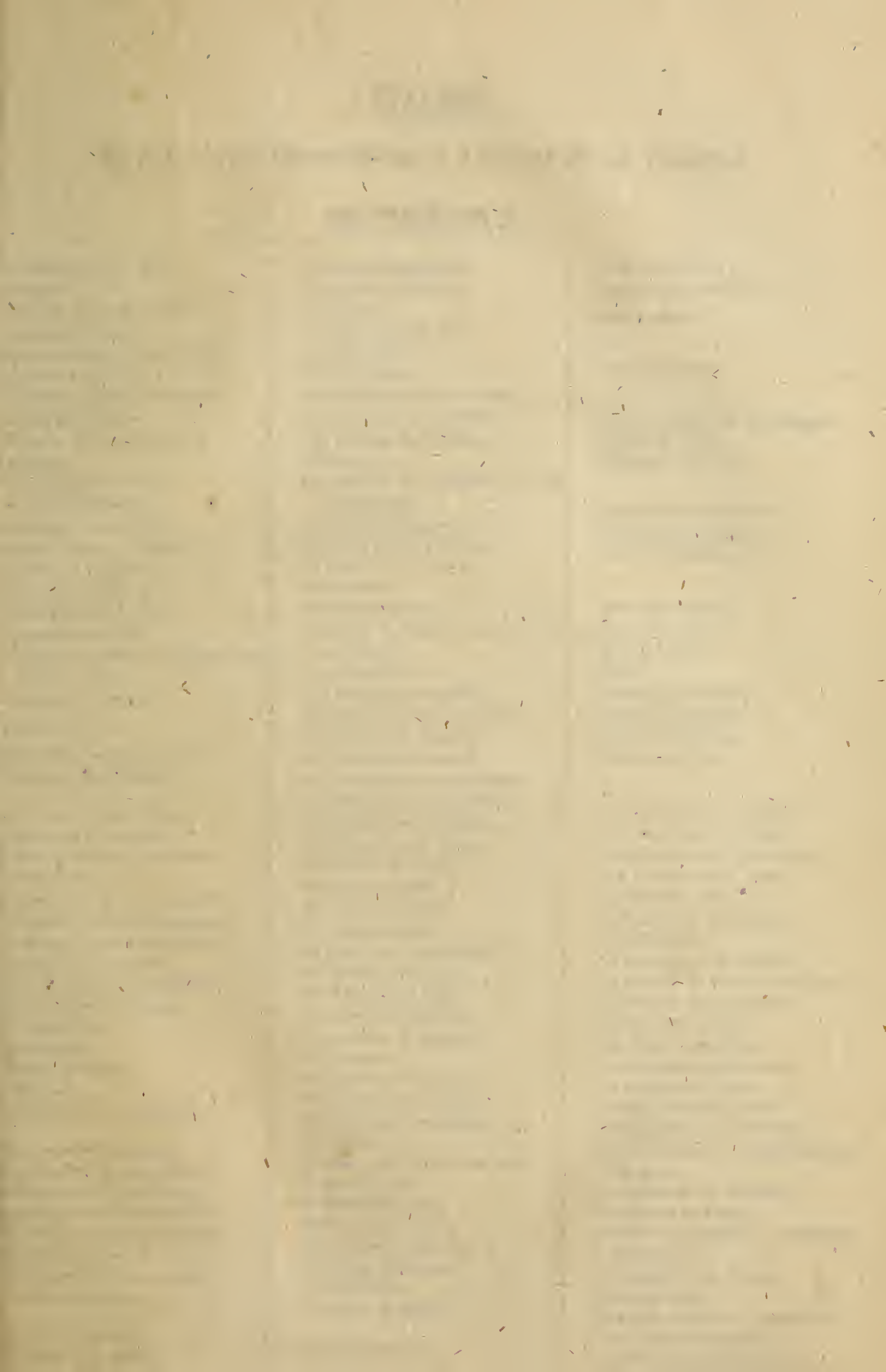
OLIMPIA. ¡Padre mio!... ¿estais herido?...

ST.-FAR. ¡Ah! no por cierto. Gracias á Dios, Olimpia, aunque viejo, todavia he podido servir para algo...

CONDESA. ¡Y vos, hija mia, que habeis querido morir por mí!... por salvarme!...

OLIMPIA. Al contrario, señora, vos sois quien me ha salvado: me habeis llamado hija vuestra, me habeis bendecido; y la bendicion de una madre lleva tras sí la bendicion del cielo.

FIN DEL DRAMA.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de losaños mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.
A publico agravio pública venganza.
Antes que te cases...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Bodas de un criminal.

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Delirium tremens.
Disfraces, sustos y enredos.
Dimas el titiritero.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.
El querer y el rascar....
El destino.
El querer y el rascar...
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
El hombre negro.
El fin de la novela.
En Aranjuez y en Madrid.
El conde de Selmar.
El filántropo.
El collar de perlas.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.
Fea y pobre.

Gato por liebre.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.
Juicios de Dios.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La flor del valle.
La choza del almadreño.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La conquista de Toledo.
La Hiel en copa de oro.
La libertad de Florencia.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.
Mi suegro y mi mujer.
Marta la flamenca.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!
Navegar á la ventura.

Oráculos de Talia.
Olimpia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.
Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.
Todos unos.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una leccion de mundo.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
A última hora.
Alumbra á este caballero.
Angélica y Medoro.

Catalina.
Claveyina la Gitana.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Carlos Broschi.

El Vizconde.
El trompeta del Archiduque.
El amor y el almuerzo.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El delirio.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
El sueño de una noche de verano.
Escenas en Chamberí.
El ensayo de una ópera.
Entre dos aguas.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.

Guerra á muerte.
Galanteos en Venecia.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.

La litera del Oidor.
La Espada de Bernardo.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Caceria real.
Los jardines del Buen Retiro.
La hija de la Providencia.
Los Comuneros.
Los dos ciegos.
La Estrella de Madrid (*Sumú sica.*)
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegr omnibus.
Las bodas de Juanita.

Moreto.
Mis dos mugeres.
Marina.
Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gra Maestro.
Pablito. (Segunda parte de Don Si mon.)
Tres para una.
Un sombrero de paja.
Un dia de reinado.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40 cuarto segundo de la izquierda.

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

OLIMPIA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.

Pastorfido



MADRID.
Imprenta de Jose Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

13

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordaña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

OLIMPIA,

DRAMA REFUNDIDO Y ARREGLADO DEL FRANCES

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

POR

Don Miguel Pastorfido.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm 9.
1856.

AL DISTINGUIDO ACTOR

D. JOAQUIN ARJONA,

EN MUESTRA DE GRATITUD Y CARIÑO,

Miguel Pastorfido.

PERSONAJES.

OLIMPIA.
LA CONDESA VIUDA DE RUDENTZ.
ROSA.
CLARA.
GASTON, CONDE DE RUDENTZ.
DERVIL.
FELIPE, MARQUES DE RUDENTZ.
FLESANT.
JORGE.
BERNARDO.
ANSELMO.
DOS CRIADOS.
EL MAYORDOMO DE LOS BAÑOS.
Criados, Damas y Caballeros que no hablan. Acompañamiento.

La accion pasa en Paris durante los primero, tercero y cuarto actos. El segundo en los baños de Bourbone.

ACTO PRIMERO.

Un salon elegante en casa de Olimpia.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, ROSA, *por el foro.*

ROSA. ¿Se puede entrar?

CLARA. Adelante.

ROSA. ¿No es aqui donde vive la señorita Olimpia, artista de la comedia francesa?

CLARA. Efectivamente, aqui es; pero no está en casa; si quereis esperarla...

ROSA. Con mucho gusto: ¿me permitireis que me siente?.. *(Se oye ruido fuera.)*

CLARA. *(Mirando hácia fuera.)* Oh, no podeis permanecer en esta sala, porque llegan ya las visitas de la señora.

ROSA. ¡Y qué elegantes son esos caballeros! ¿Qué vienen á hacer aqui?

CLARA. ¡Buena pregunta! Vienen á hacer la corte á la señora. Entrad en en esa habitacion: yo os avisaré cuando llegue.

ROSA. Gracias. *(Sale por la izquierda, los otros entran por el foro.)*

ESCENA II.

CLARA, GASTON, DERVIL, FLESANT.

DERVIL. Os aseguro, querido Conde, que estais triste; y, regla general, cuando un jóven de vuestras circunstancias, pierde su habitual alegria y buen humor, es porque está enamorado. Ayer os vi en el teatro, y ya teniais ese rostro sombrio: únicamente al pisar las tablas nuestra bella actriz, se animaron vuestros ojos. ¿Con franqueza de amigo, seria ella tal vez la que os arrebata vuestra tranquilidad?

FLESANT. ¡Pero, qué diablo! por mucho que sea el mérito de esta dama, al cabo es mujer; y ya sabeis que en el arte de la guerra, no se reconocen fortalezas inespugnables.

DERVIL. Dicen que ha resistido á la lluvia de oro del caballero de Montbarrey. El exministro ha sido menos feliz que Júpiter ó nuestra Olimpia mas virtuosa que Danae. (*Gaston se ha separado de ellos, acercándose á Clara.*)

CLARA. (*A media voz á Gaston.*) La señora no tardará en venir.

FLESANT. Pero calla: ¿quién es esa figura que aperece ahora?..

ESCENA III.

DICHOS: SAINT-FAR.

ST.-FAR. (*A Clara que se aleja.*) ¿No ha vuelto Olimpia?

CLARA. (*Yéndose.*) Todavia no.

FLESANT. ¿Sois el padre, ó el tio de nuestra Melpómene?

ST.-FAR. (*Saludando.*) Poco menos, caballero.

GASTÓN. (*Acercándose á Saint-Far, y dándole la mano.*) Felices dias, Saint-Far.

DERVIL. ¡Oh! Señores, el bueno de Saint-Far, el Crispin de la comedia, el heredero de los Poisson, salud amigo: no os habiamos reconocido al principio.

ST.-FAR. El traje... el traje cambia mucho á las personas.

DERVIL. Y no obstante, os aplaudiamos ayer como unos lugareños.

ST.-FAR. ¿Quedásteis satisfechos? Estuvo bien, ¿no es verdad?

DERVIL. ¡Del icioso!

ST.-FAR. ¿Quién? ¿Olimpia?

DERVIL. Pues qué, hablábais de...

ST.-FAR. De ella, de mi discípula... porque es mi discípula, señores. En cuanto á mí, quién se ha de ocupar de cosa tan pobre? Yo no soy mas que una especie de supernumerario. Remplazo á ciertos actores cuando estan cansados, y nada mas. Sirvo para decir algo al público, ínterin se viste la célebre actriz, y no obstante, mi ocupacion tiene su importancia, porque cuando Olimpia se retarda, tartamudeo, repito las palabras; y aunque esto me suele valer algunas silbas, las sufro con gusto, porque Olimpia no falta á su salida, y el público la acoge con una salva de aplausos. (*Los demas se rien.*)

DERVIL. ¡Pobre Saint-Far!

ST.-FAR. Pronto dejaré de prestarle esos pequeños servicios. Me hago viejo con demasiada prisa, y hay muchos jóvenes detras de mí, que me empujan. Tendré que contentarme con una pensioncilla para mal vivir, y con el derecho de ocupar el último rincon del teatro, en que ella represente, para oirla, para llorar á mi placer, cuando la inunden de bravos y de flores. (*Llora riendo.*) Dispensadme, señores, pero esto es superior á mí. Figuraos que cuando trabajo y necesito llorar, no encuentro ni una lágrima; pero si ella está en escena lloro, lloro sin interrupcion... lloro hasta cuando es preciso reir. (*Los demas se rien, y él continua tambien riendo.*) ¡Qué quereis! Los viejos estamos llenos de manias, y la que mas me domina, es adorar á Olimpia.

FLESANT. ¿En qué grado sois pariente de ella?

ST.-FAR. En el mas próximo, atendiendo al corazon; pero ante la ley, no soy mas que un pobre hombre que ha encontrado un tesoro, del cual se le puede despojar, sin que tenga derecho á pedir la mas pequeña recompensa. (*Enjugando una lágrima.*)

FLESANT. ¿Y cómo ha sido?

DERVIL. Contadnos eso, Saint-Far. Ya sabeis cuanto nos interesa todo lo que se refiere á nuestra gran artista.

ST.-FAR. Lo celebro, porque me gusta hablar de ella. He referido la historia á todo el mundo, y muchas veces por la noche, cuando la contemplo por algun agujero, que practico en los telones, aunque sean nuevos, llevo á mi lado al celador de los bastidores, y le digo: «¿Veis

esa hermosa criatura? pues hace diez años, cuando no tenia mas que catorce, mortificaba su vida con los rigores de la lluvia y de la nieve. ¡Nunca podré olvidar la noche en que hallé á la pobre niña abandonada!.. ¡Hacia un frio terrible, y se arrastraba penosamente, tiritando, con la cabeza descubierta, los largos cabellos manchados de lodo, y una guitarrilla á la espalda!.. Murmuraba apenas una cancion, que se helaba en sus labios, y de tiempo en tiempo, se detenia delante de las tiendas, para contemplar al través de los cristales el chispeante fuego, en que se calentaban otros niños como ella. Era la víspera de Navidad, y Olimpia no contaba para el siguiente dia, ni con un pedazo de pan que llevar á su boca. Yo la habia seguido... lo cual hizo que me retardase, y que me impusieran en el teatro una multa de diez escudos. Yo la habia seguido, y al ver que los mozos del café de Procopio la echaron, sin dejarla concluir su cancion, y que la infeliz se iba llorando en silencio, me acerqué á ella: al principio le causaba miedo; pero como la nieve caiaen abundancia, y tenia mucha hambre, se dejó conducir. Una hora despues entraba conmigo en la comedia francesa; y desde entonces mi Olimpia, ni ha tenido frio, ni ha dejado de comer todos los dias. (*Enjugándose una lágrima.*)

GASTON. Fué una accion generosa.

DERVIL. Efectivamente.

ST.-FAR. Dios me le ha recompensado con la prodigalidad que acostumbra, porque mi niña se ha hecho una gran actriz. Algun trabajo nos ha costado. Ya se vé, Aunque hermosa, era tambien honrada, y para llegar á su término, ha necesitado echar por el camino mas largo. Yo decia á todos que tenia talento, que ardia en su frente el genio; pero al mirar su traje raido, la dejaban en un rincon, arrojándole, para que lo mordiese, los pedazos de papel que ninguna actriz queria. Esto duró diez años, y hubiera continuado hasta lo infinito, si en el anterior la señorita Sainval no se hubiera puesto mala un dia momentos antes de la representacion. Era domingo: la sala estaba de bote en bote; y como entre nosotros lo último que se hace es devolver el dinero que ha entrado en el despacho, la direccion ra-

biaba, al ver que por falta de *Camila* no podia darse el *Horacio*: entonces yo me puse á gritar: «La niña sabe el papel y está pronta para la salida.» Al principio dudaron; pero Olimpia estaba tan fieramente soberbia con su traje, que les inspiró confianza. Se propuso el cambio al público, y lo murmuró; porque el público murmura siempre: felizmente llovia mucho, y todos se quedaron. ¡Si viérais qué abrazo dí á Olimpia! La correspondia un parlamento; y á las voces de «¡prevenido!... ¡fuera!» la lancé en escena. La pobrecita temblaba como la hoja en el árbol, y al encontrarse con aquel mar imponente de cabezas, sus ojos se turbaron... ¡creí que se desmayaba! ¡Pero su belleza habia producido efecto: todavia no hablaba; y ya era seguro el triunfo!... ¡La aplaudieron, la animaron, y estuvo sublime! ¡Cuando volvió á entrar por los bastidores, tropezó con un bulto que rodaba en el tablado, conmigo, que me habia puesto malo de placer!

DERVIL. ¿De manera que os lo debe todo?

ST.-FAR. Ella hace lo posible por desquitarse. Dentro de breves dias tiene lugar mi beneficio, y vengo á pedirle que represente, para añadir cinco mil libras á las mil quinientas que conseguiria, si ella no trabajase.

DERVIL. No dudeis de su consentimiento.

ST.-FAR. No, señor... ni he dudado nunca.

GASTON. (¡Ah!) ¿Por lo visto tiene pasion al teatro?

ST.-FAR. Como que es su vida. No lo dejará por nada en el mundo.

GASTON. ¿Por nada?...

CLARA. (*Con un paquete de cartas.*) En este momento la señora entra á caballo en el patio.

DERVIL. Veamos. (*Todos se dirigen al balcon.*)

FLESANT. Está encantadora con ese traje. (*Palmoteando.*) ¡Bravo, Olimpia!

TODOS. ¡Bravo! (*Aplaudiendo.*)

ST.-FAR. (*Alejándose de los otros.*) ¡Este es el mundo! ¡Cuando la niña no tenia mas que sus harapos, ninguno de estos señores le hubiera arrojado un miserable escudo!

DERVIL. (*Desde el fondo.*) ¡Aqui está, aqui está! (*Todos le abren paso. Olimpia aparece en traje de montar.*)

ESCENA IV.

DICHOS, OLIMPIA.

OLIMPIA. Buenos dias, señores. Me esperábais y lo siento, porque apenas dispongo del tiempo preciso para saludaros. Su Majestad nos honra esta noche: ha pedido la *Andrómaca* y necesito repasar mi papel de *Hermione*. Por eso llego á todo escape y os despido de igual manera.

CLARA. (*Junto á la chimenea dando á Olimpia las cartas.*) Señora, estas cartas, cuya contestacion esperan...

FLESANT. (*Acercándose.*) ¡Y qué, bella inhumana, cuando tenia tanto que deciros!...

OLIMPIA. En ese caso, tomad un apunte, y entregádmelo esta noche en un entreacto. (*A Clara*) Prepara mis trajes. A dios, señores: no tengo tiempo para mas.

GASTON. (*Ap. á Olimpia.*) Necesito hablaros.

OLIMPIA. (*Id.*) Para vos, querido Conde, menos aun que para cualquier otro. Os escucharia demasiado tiempo.

GASTON. Permitid, que os escriba.

OLIMPIA. (*Señalando á Clara, que se ocupa en arrojar á la chimenea las cartas que ella rompe.*) Ya veis como respondo.

GASTON. ¿Quereis que os espere en vuestro salon? Vendré cuando me llameis.

OLIMPIA. (*Riendo.*) ¿Y si os olvido?

GASTON. Me destrozais el alma.

OLIMPIA. (*A media voz, acabando de repasar una carta.*) ¡Ah! es de él.

GASTON. ¿De quién? (*Queriendo tomar la carta.*)

OLIMPIA. (*Con severidad.*) ¡Señor Conde!...

GASTON. Perdonadme.

OLIMPIA. (*Bondadosamente.*) ¡Es de un amigo, celoso!

GASTON. Sed buena en todo.

OLIMPIA. Bien... esperadme. (*Inclinándose y alejándose.*)

FLESANT. Hermosa Olimpia, ¿habeis pensado en mi amor? ¿Habeis pensado en las riquezas que podria ofrecer á vuestros pies?

OLIMPIA. ¿Y qué quereis que haga yo de vuestro amor y de vuestras riquezas? Guardad uno y otro para vuestra esposa: dicen que es encantadora, y no dais pruebas de buen gusto desdeñándola.

FLESANT. (*Saludando.*) Está bien. (Esperaré algun tiempo.)
OLIMPIA. (*A Clara.*) Clara, ¿no ha preguntado una jóven por mí?
CLARA. Si, señora: en esa habitacion está.
OLIMPIA. Necesito hablarla. (*Viendo á Saint-Far que está sentado, como esperando.*) ¡Ah! ¿Sois vos, padre mio? ¿Hace mucho tiempo que estabais ahí?
ST.-FAR. Bastante.
OLIMPIA. ¿No quereis abrazarme?
ST.-FAR. Pregúntale á un ciego si quiere ver... (*Abrazándola y mirando á los demas con orgullo.*) Yo solo... ¡Yo solo disfruto de tan dulce privilegio!
OLIMPIA. ¿Teníais algo que decirme?
ST.-FAR. Sí; pero volveré: queria pedirte un favor.
OLIMPIA. ¿Un favor? Entonces quedaos.
ST.-FAR. ¡Hija mia!
OLIMPIA. (*A Clara.*) Haz que entre esa jóven que ha preguntado por mí. (*Clara sale por la izquierda.*) No os detengo mas, señores. Despido á todos para que ninguno halle queja. (*Ap. al Conde*) Volved.
GASTON. Gracias. (*Besándole la mano: todos saludan.*)
FLESANT. (Se hace la cruel; pero no resistirá mucho tiempo.)
DERVIL. Os aplaudiré esta noche.
OLIMPIA. (*A Saint-Far.*) Esperadme allí. (*Señalando á la derecha.*) Y entre tanto repasad mi papel en lugar mio.
CLARA. (*Anunciando y yéndose despues.*) La señora Rosa Gantier.

ESCENA V.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. Señora... me habeis mandado venir... sin duda para encargarme algun traje...
OLIMPIA. (*Enjugando una lágrima y besando en la frente á Rosa.*) Te he buscado mucho tiempo, Rosa.
ROSA. ¿A mí?
OLIMPIA. Y á nuestra pobre madre tambien.
ROSA. ¿A nuestra madre?
OLIMPIN. No me conoces, y sin embargo, eres mi hermana.
ROSA. ¡Yo, yo hermana vuestra!
OLIMPIA. Abrázame: ¿te acuerdas de nuestra madre?
ROSA. Aqui está su retrato, nunca me separo de él. (*Ense-*

ñando un medallon que Olimpia besa.) ¡Ah! esas lágrimas... (*Abrazándola.*) Si, tú eres mi hermana... ¡mi madre era la tuya! (*Se abrazan.*) ¿Pero cómo?..

OLIMPIA. (*Sentándose ambas.*) Es una historia tan triste como sencilla. Seducida y abandona nuestra madre, iba á espirar, al tiempo de darme á luz; y como ella no podia criarme, entró en un hospicio y yo fuí colocada en una casa extraña, de donde me robaron.

ROSA. ¿Te robaron?

OLIMPIA. Sí: un mendiga que me castigaba cuando no recogiamos limosna. A los doce años tuvo resolucion para separarme de esta mujer, y desde entonces vivia de mis canciones. Como mi madre, he pasado por todos los dolores y angustias de la miseria, y ya iba á caer exánime á las puertas de algun hospital, cuando un hombre compasivo me recogió y me adoptó; con ayuda de algunos indicios quiso devolverme á mi familia, y por la mujer, á quien habia sido confiada y cuyo nombre pude retener, supo que mi madre se habia casado, que habia tenido otra hija, y por último que habia muerto. ¡Tenia una hermana, una hermana! Mucho tiempo te he buscado, aunque inútilmente. Hasta ayer no supe que eres la esposa del señor Gantier. Entonces te hice llamar y hé aqui todo. Como te dije, es una relacion tan triste como sencilla.

ROSA. ¡Oh! ¡bien triste!

OLIMPIA. Al menos tú habrás podido cuidar á nuestra pobre madre. Cuán feliz me hubiera contemplado, rodeando su vejez de alegria y bienestar. La primera vez que hube en mis manos un poco de oro, esclamé. «Si mi madre estuviese aqui ahora, olvidaria su miseria.» El dia en que me revelaron que tenia talento, el dia en que triunfante y satisfecha con mi primer éxito, me hallé sola, murmuré: «Si mi madre se encontrase aqui, participaria de mi triunfo y de mi satisfaccion.» Todas las noches cuando la multitud se estrecha para verme y aplaudirme, buscan mis ojos en la sala á alguien, á alguien que me habria seguido con los suyos, que me habria aplaudido con todo su corazon: busco á mi madre! ¡á la madre del alma mia!

ESCENA VI.

DICHAS, CLARA.

CLARA. Señora... (*Rosa se levanta para ocultar su emocion.*)
OLIMPIA. (*Queriendo serenarse.*) ¿Por qué has entrado sin que te llamase?
CLARA. El diamantista ha vuelto ya con las joyas.
OLIMPIA. Bien: pon esa caja sobre la consola, y no entres mas.
CLARA. (¡Oh! que insolente he de ser cuando tenga criados; cumpliré con el encargo del Vizconde... ¡pobre señor!.. perderá el tiempo y sus alhajas. Pudiera haberlas empleado mejor.) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VII.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. ¡Diamantes! Nunca los he visto, sino de lejos.
OLIMPIA. Pues míralos, hermana, míralos.
ROSA. ¡Qué cosa tan bella! Esto debe costar muy caro.
OLIMPIA. No... no me ha costado nada.
ROSA. ¡Nada! Bien decia yo... ¡esto es muy caro!
OLIMPIA. (*Con severa dignidad.*) Hermana, dame ese caja. (*Abriéndola.*) Mírala bien: este brazalete de esmeraldas me fué regalado por la señora de Narbon, estos pendientes por la de Polignac, esta cruz por la princesa de Lamballe y este collar de diamantes, mi mas preciada joya, es don de S. M. la Reina. Contémplalo bien, hermana mia: no hay otra cosa en la caja.
ROSA. Perdóname por haber acogido tan ruin pensamiento. ¡Ah! otra caja... (*Reparando en ella.*)
OLIMPIA. Esa no es mia: por equivocacion sin duda la habrá dejado el diamantista.
ROSA. No obstante, conviene asegurarse...
OLIMPIA. (*Abriendo la caja y leyendo una tarjeta que habrá dentro.* «A la mujer á quien amo... Flesant.» (¡Me envia una muestra de sus riquezas!) Bien te decia yo, Rosa, que no era eso para mí. Voy á darle su verdadero destino.

(*Tirando de la campanilla. Aparece un criado.*) Llevad esto á la señora Vizcondesa de Flesant. No digais quien os envia. (*Váse el criado.*)

ROSA. Hé ahí una agradable sorpresa.

OLIMPIA. Y ahora hablemos de tí. ¿Eres dichosa? ¿te ama tu marido?

ROSA. Mucho.

OLIMPIA. ¿Estás contenta con tu suerte?

ROSA. ¡Si!... no soy ambiciosa... trabajo, economizo y tenemos lo suficiente para ir pasando.

OLIMPIA. Pero es preciso mejorar, poner una magnífica tienda, y si quereis...

ROSA. ¿Qué?

OLIMPIA. Yo soy rica, y...

ROSA. (*Con embarazo.*) Gracias, hermana mia, pero noso tros no necesitamos nada...

OLIMPIA. Tu marido será mas razonable; mándale venir y...

ROSA. (*Turbada.*) Mi marido... te diré, está muy ocupado... es algo brusco... y podria creer ciertas cosas, que yo no creo...

OLIMPIA. ¡Comprendo! tu marido piensa como los demas, que... (*Con amarga ironia.*) Tiene razon.

ROSA. ¿No me quieres ya?

OLIMPIA. ¿A tí, hija mia? ¿Y por qué no? Bien mirado, tu marido tiene razon. ¡Hija natural y cómica!.. ¡te comprometeria! (*Abrazándola.*) Vaya, no hablemos mas... te ocultarás para venir, si quieres; pero vendrás, ¡no es cierto?.. ¡Oh! ¡necesito verte!..

ROSA. ¡Y yo tambien! Vendré todos los martes para recoger trabajo...

OLIMPIA. Si... buscarás un pretesto.

ROSA. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Nada... es cosa convenida. Ya te has detenido mucho tiempo, y no es bien que por mi causa te riña tu marido. Abrázame y vete. Adios, hermana, adios.

ROSA. Hasta la vista, que será pronto. (*Se abrazan y váse Rosa por el foro.*)

ESCENA VIII.

OLIMPIA.

¡Sed una gran actriz, el ídolo de la córte! Sed mas aun: sed mujer honrada, y el primer señor que os vea, os tratará como á una jóven perdida, y el pobre artesano desde su tienda os renegará por hermana suya! ¡Oh! ¡el mundo!.. ¡el mundo!.. ¡Cuándo luchamos, primero contra la miseria, despues contra la embriaguez del lujo y de la riqueza, contra nuestro pobre corazon, en fin, no cree en la sinceridad de la lucha: nos condena de antemano cuando combatimos y nos desprecia aun despues que hemos vencido!

ESCENA IX.

OLIMPIA, CLARA.

CLARA. ¿Puede entrar el señor Conde de Rudentz?

OLIMPIA. Si, que venga: (*Váse Clara.*) ¡Oh! ¡el desprecio de esa mujer me mataria!

ESCENA X.

GASTON, OLIMPIA.

GASTON. ¡Olimpia!..

OLIMPIA. Dispensadme, señor Conde, que os haya hecho esperar tanto, para concederos solamente algunos minutos de audiencia...

GASTON. Estais conmovida... agitada...

OLIMPIA. Os engañais, señor Conde: estoy preocupada con la representacion de esta noche: hé aqui todo. ¿Qué teniais que decirme? Hablad, pero hablad pronto. (*Gaston la contempla en silencio.*) Me pareceis mas grave que de costumbre... estais verdaderamente casi solemne.

GASTON. ¡Olimpia! no os burleis, os lo suplico... Hasta el presente nunca os he hablado mas que de mi amor, del porvenir, pero no del pasado.

OLIMPIA. ¿De mi pasado?

GASTON. No... vuestro pasado lo conozco.
OLIMPIA. Entonces...
GASTON. Olimpia, os amo.
OLIMPIA. Sois generoso, Gaston.
GASTON. No sé explicar lo que pienso. Mi natural es áspero, y me han visto mas veces con la escopeta á la espalda en nuestros bosques ó en nuestras montañas, que con la espada al cinto en los bailes, ó en los teatros. El Marqués Felipe de Rudentz, mi primo, se encarga de ostentar nuestro apellido en el mundo, y ahora mismo está combatiendo en América, á donde ha seguido al caballero de Lafayette. En cuanto á mí, he preferido siempre la sombra y la soledad; y hubiese encontrado la dicha en el fondo de nuestra caduca Bretaña, en el castillo de mis abuelos, junto á mi noble y santa madre la señora Condesa viuda de Rudentz. Un dia me ví obligado á dejarlo todo para venir á Paris. ¡Os ví y mi existencia cambió!.. No tengo en el corazon mas que un deseo y una esperanza... ser amado de vos. ¡Feliz con vuestras alegrias, triste con vuestros dolores, vivo solo con vuestra vida, borrando de la mia cuantas horas paso lejos de vos! ¿Dudais de lo que os digo, Olimpia?
OLIMPIA. No, señor Conde: los homenages que se me dirigen, me humillan y me hieren! vuestro amor me hace feliz y me envanece. pero por lo mismo que ha tomado su origen en la estimacion, ese amor carece de objeto y debe perder toda esperanza.
GASTON. Escuchadme, señora. Hace tres siglos que los Rudentz han consagrado su vida á la gloria de su patria y muchos han muerto por ella. Mi familia cuenta en su historia uniones augustas, amistades reales. Señora, el Conde de Rudentz, pone á vuestros pies sus riquezas y su nombre.
OLIMPIA. ¡Yo mujer vuestra!.. ¡Qué locura!
GASTON. ¡Por qué razon?
OLIMPIA. Bien sabeis que no soy mas que una mujer sin familia... una hija de cualquiera... ¡una cómica!..
GASTON. ¿Qué importa, si yo os amo?
OLIMPIA. En efecto, no podeis darme una prueba mas solemne... pero yo tambien os amo, Gaston, y quiero tambien probároslo. Rehuso el honor que me ofreceis: rehuso el

sacrificio que tratais de hacerme. ¿Qué diria el mundo? ¿qué diria vuestra madre? No... no: Olimpia, la actriz no puede ser vuestra querida; pero, tampoco será vuestra mujer.

GASTON. Olimpia, otros, antes que yo, os habrán dicho tal vez que moririan por vos, y presentada la ocasion de hacerlo, no cumplirian su oferta; pero yo, yo si lo haria. Si alguna vez os llego á decir: «Señora, moriré, si no me amais,» creedlo.

OLIMPIA. Vamos, sois loco y debo tener juicio por ambos.

GASTON. ¡Comprendo! Os doy una corona de Condesa, y no teneis valor para sacrificarme vuestras coronas de artista.

OLIMPIA. Muy preciosos y queridos me son esos laureles, que un dia basta para marchitar. Si: mis noches de triunfo me han pagado veinte años de miseria y padecimientos: ¡las hubiera comprado al precio de mi vida! Y no obstante, lo juro, esas coronas, esos triunfos, esa gloria, la sacrificaria sin vacilar: ¡á vos pobre y oscuro lo daria todo, de la misma manera que os he dado mi primero, mi único amor!

GASTON. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Pero á vos noble y rico, á vos que contais en vuestra familia amistades reales, á vos que podeis, como vuestros abuelos, soñar con alianzas augustas, llevaria yo la afrenta de un nacimiento ilegítimo, la duda de un pasado desconocido! Esa afrenta no seria vuestro nombre bastante grande para borrarla; esa duda os clavaria en el corazon sus ferrados dientes! Entonces maldeciriais vuestra debilidad, os avergonzariais de vuestra esposa, y esto es precisamente lo que yo no quiero. Dejadme vuestra estimacion, dejadme vuestra amistad, dejadme mi valor.

GASTON. Olimpia, has dicho que me amas: serás mi mujer. La única que sacrifica algo á nuestra felicidad, eres tú. No quiero que vuelvas á pisar ese maldito teatro, que me ha expuesto á separarme de tí. Hoy mismo se hallará todo listo para nuestra marcha!

OLIMPIA. ¡Gaston, Gaston! (*Con enternecimiento.*)

ESCENA XI.

DICHOS: SAINT-FAR.

ST.-FAR. ¿Puedo ya entrar, Olimpia?
OLIMPIA. (¡Ah!) (*Reponiéndose.*) Si, vos siempre.
ST.-FAR. Como me habias dicho que repasara tu papel; y ya lo sé de memoria...
OLIMPIA. Acercaos: ¿No me queriais pedir un favor? Hablad, disponed de mí.
GASTON. (¿Qué irá á decirle?)
ST.-FAR. Pues señor... se trata de mi beneficio, que tendrá lugar dentro de algunos dias. Como fácilmente comprenderás, sin tí no sacaré ni aun para pagar los gastos fijos... esto es lo que suele suceder en los beneficios, y por lo mismo vengo á suplicarte que representes *La Camila*... ya sabes, tu papel de estreno, ¡tu triunfo mas radiante!..
OLIMPIA. Si.
GASTON. (*A media voz.*) ¡Olimpia!
OLIMPIA. Pero es el caso, amigo mio...
ST.-FAR. ¡Qué! ¿te niegas?..
OLIMPIA. No; pero...
GASTON. Amigo Saint-Far, esta señora deja el teatro.
ST.-FAR. ¿Cómo?.. perdonad... no he comprendido bien.
GASTON. Queria decir, mi querido señor Saint-Far, que vuestra hija se hallará muy pronto en otra posicion.
ST.-FAR. ¿En otra posicion?..
GASTON. Si, lo espero: será pronto condesa.
ST.-FAR. ¡Condesa! ¿y para qué?..
OLIMPIA. Me ama, y me ofrece su mano y su nombre... (*Bajo á Saint-Far.*)
ST.-FAR. ¡Ah!.. ¡eso es diferente!.. ¿Con que vas á dejarnos?. ¡abandonas á ese público que te ama tanto!.. á tus compañeros que... (*Enjugándose las lágrimas y tratando de sonreir.*) Vaya, hablemos claramente: estamos representando una comedia, no es verdad?
GASTON. Os advierto que nada perdereis.
ST.-FAR. No... ¡casi nada!
GASTON. ¿A cuánto podria subir vuestro beneficio?
ST.-FAR. Con Olimpia tendriamos unas seis mil libras, sin au-

mentar el precio de las localidades.

GASTON. Pues bien, os ofrezco el doble.

ST.-FAR. ¿El doble?.. ¿de qué?.. No sé lo que quereis decirme.

GASTON. Os ofrezco doce mil libras en vuestro beneficio, con tal de que Olimpia no trabaje.

ST.-FAR. ¡Doce mil libras! Mil y mil gracias, señor Conde; pero nosotros los artistas tenemos tambien nuestra dignidad, y no queremos recibir dinero mas que del público. El público paga nuestra risa ó nuestras lágrimas, y si logramos satisfacerle, nos regala ademas bravos y palmadas, y todos quedamos en paz. Tomaré la moneda que el humilde artesano deje en el despacho, y esto no me humillará; pero las doce mil libras que me diérais mano á mano, no serian el precio de una localidad, sino una limosna; y yo no quiero esa limosna, señor Conde.

GASTON. Saint-Far, amigo mio...

ST.-FAR. ¡Cómo ha de ser!.. ¡cambiaré el programa!.. una funcion tan magnífica!.. Un acto del *Casamiento de Fígaro* con Olimpia en la condesa... *Horacio* con Olimpia en Camila... ¿y ahora, qué es lo que voy á ofrecer?.. Nada, lo mejor será no hacer beneficio... no le hago. (*Queriendo irse.*)

GASTON. Pero, amigo mio...

ST.-FAR. Dejadme: ¡yo no soy amigo de quien viene á robarnos nuestro tesoro!

GASTON. ¡Considerad lo que le ofrezco!

ST.-FAR. ¡Vos!.. ¿Y qué podeis ofrecerle? ¿Dinero? Tiene lo bastante: pues que aun le sobra para consolar á los desgraciados; ¿criados de gran librea? Ella tiene mas de los que podeis darle, y de gran librea tambien, porque nuestro almacen de trajes no es escaso. ¿Que será condesa, decis? ¡Mi Olimpia es reina!.. Es verdad que la llevareis á vuestro gran mundo; pero la devolvereis las emociones de una primera representacion, que llenan la vida de nosotros los artistas? ¿Le dareis esa sala resplandeciente de luces y de flores, rica de cuanto hay de nobleza, de juventud y de entusiasmo en el mundo? ¿Con qué remplazareis el gozo que inunda el corazon de una actriz como ella, cuando ve á la multitud pendiente de sus labios? ¿Le devolvereis, en fin, lo que intentais arrebatarle, es decir, los bravos que ella ar-

ranca, las lágrimas qne hace derramar?

GASTON. Pero tened presente...

ST.-FAR. No, señor Conde, no le devolvereis nada de esto; porque si teneis nobleza... títulos... cuanto á nosotros nos falta, carecereis de lo que nosotros poseemos: de ese delirio del trabajo... de esas noches sin sueño que proporcionan las luchas del dia siguiente... de esos alegres insomnios que traen las victorias del dia anterior.

OLIMPIA. ¡Oh!.. ¡estaba loca!.. ¡Representaré!

ST.-FAR. ¡Olimpia, hija mia!!..

GASTON. Señora, reflexionad bien...

OLIMPIA. Lo he dicho, señor Conde, representaré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En los baños de Bourbonne. Una gran sala abierta, que da á un jardin, una mesa á cada lado con periódicos y libros, puertas laterales. Al fondo un terrado por donde se baja al rio.

ESCENA PRIMERA.

DERVIL, FLESANT, *Bañistas de ambos sexos.*

DERVIL. ¿Habeis recibido el correo, vizconde? ¿Qué noticias hay de la córte? ¿Viene este año la reina á Bourbonne?

FLESANT. Nuestros asuntos no van muy bien en Paris. No se habla mas que de la asamblea de los notables y de la independencia de América.

DERVIL. A propósito, (*Levantándose.*) ¿sabeis que el marqués Felipe de Rudentz, está de vuelta en Francia?

FLESANT. ¿Ese calavera, que partió con el general Lafayette?

DERVIL. Precisamente. Se detendrá aqui algunos dias, antes de ir al castillo de su señora tia la Condesa de Rudentz.

FLESANT. ¿Quién os ha dado la nueva?

DERVIL. Él, que me ha escrito.

FLESANT. (*Mirando hácia el fondo.*) Hé aqui la otra Condesa de Rudentz, que sale á paseo.

DERVIL. Si, la condesa de comedia.

ESCENA II.

DICHOS, JORGE.

JORGE. Caballeros... (*Saluda, y se acerca á diferentes personas.*)
DERVIL. ¡Hola, amigo mio!..
FLESANT. (*Ap. á Dervil.*) ¿Quién es ese pájaro negro?
DERVIL. Un médico, que visitaba en Paris á muchos conocidos.
FLESANT. ¿Y dais la mano á un médico? Os popularizais demasiado.
DERVIL. En los tiempos que corren, es preciso tener amigos en todas partes. (*Mirando al foro.*) ¡Pero no me engaño! ¡Es el marqués Felipe de Rudentz!
FLESANT. ¡El mismo!

ESCENA III.

DICHOS: *el* MARQUÉS FELIPE DE RUDENTZ.

FELIPE. (*Dirigiéndose al Mayordomo, que se queda en el dintel.*) Está bien... yo me arreglaré solo: os recomiendo mis criados, y sobre todo mis caballos. (*Entra en escena.*)
DERVIL. Salud al héroe americano!
FELIPE. ¡Señores!.. ¡Cáspita!.. me parece que sois... ¡Si, Dervil y Flesant... ¡Amigos mios!.. ¡Cáspita!.. ¿sigue diciéndose todavia cáspita?
DERVIL. (*Riendo.*) Si.
FELIPE. Ya comprendereis... desembarco ahora, y no sé nada del viejo mundo: debo tener la figura de quien desciende de un cuadro... cualquiera podria equivocarme con mi abuelo.
FLESANT. Parece que habeis hecho maravillas.
DERVIL. En la córte no se habla mas que de vos, y del caballero de Lafayette.
FELIPE. Casi no me he separado de nuestro jóven general. Pero una vez en Paris, prometo no acostarme en quince dias, para tomar la revancha. ¿Y qué se dice de la córte? ¿Hay cuchilladas... robos de mujeres?..
DERVIL. Como siempre, amigo mio...
FLESANT. La última noticia es, que Luis diez y seis ha convocado los estados generales.

FELIPE. Era de prever... Hemos desquiciado el viejo mundo...

FLESANT. Y está á punto de hundirse.

FELIPE. Al contrario: se levanta impetuoso y... os advierto que traigo unas ideas terriblemente liberales. Pero nada me habeis dicho aun de mi primo Gaston. ¿Sigue viviendo en medio de sus perros y de sus osos? ¿Él, el Caton, el sabio de la familia?

DERVIL. ¡Si! mientras vos loqueábais en el nuevo mundo, vuestro primo se volvia loco en el viejo.

FELIPE. ¡Delicioso! ¿Se sigue diciendo todavia delicioso?

FLESANT. (*Riendo.*) Si.

FELIPE. Decidme: ¿y qué es lo que hacia?

DERVIL. Amar á una actriz de la comedia francesa.

FELIPE. ¿De veras?

DERVIL. Una trágica; y para complacerla, ha querido representar tambien su poquito de tragedia, ha intentado desbaratarse el cráneo.

FELIPE. ¡Uf! La aventura es del mas pésimo gusto.

DERVIL. Erró la punteria; pero logró su objeto. La hermosa no tuvo valor para resistir por mas tiempo... y hace algunos meses que el Conde de Rudentz es su amante.

FELIPE. ¿Y es linda? ¿La conozco yo?

DERVIL. No: como esas fugitivas estrellas que brillan una hora, y se estinguen luego en el firmamento azul, Olimpia era ignorada hace dos años, y pronto será envuelta en las nieblas del olvido. (*Jorge se ha levantado, y se acerca á los demas interlocutores.*)

JORGE. (*A Dervil.*) Dispensadme, caballero: me parece que habeis afirmado, que el conde Gaston de Rudentz era el amante de la señorita Olimpia.

DERVIL. Efectivamente; y aqui se hallan los dos afortunados.

JORGE. ¿Aqui? (*Admirado.*)

FLESANT. ¿Ignorábais que Olimpia estuviese en los baños de Bourbonne?

JORGE. (*A Dervil.*) Acabo de llegar; pero os equivocais al pensar que la señorita Olimpia...

DERVIL. Tengo el honor de repetiros que está aqui con su...

JORGE. Con su marido.

DERVIL. ¡Su marido! ¡Já! ¡já!

FELIPE. (*A Jorge.*) Caballero, estais insultando á mi primo.

JORGE. ¿Por qué razon, señor marqués?

FELIPE. Porque le suponeis tan ridículamente olvidadizo...

JORGE. ¡Caballero!.. (*Calmándose.*) Vos tambien olvidais vuestras ideas liberales, como hace poco deciais.

FELIPE. Bien; pero...

JORGE. ¿No venis de combatir por la mancipacion de un pueblo?

FELIPE. A un pueblo se le emancipa; pero á los cómicos... Mi primo no ha podido arrojar diez cuarteles de la mas pura nobleza, á los pies de una mujer de teatro; y doy un mentis á quien se atreva á sostener que esa Olimpia, es la mujer del caballero de Rudentz.

JORGE. Yo, sostengo lo primero, y no rehuso lo segundo.

FELIPE. ¡Cáspita! me hallo á vuestras órdenes.

DERVIL. Y si el marqués ha acertado...

JORGE. Os digo que es imposible.

FELIPE. Nos batiremos; pero antes me direis con quién voy á tener el honor de cruzar mi espada.

JORGE. Soy médico, y me llamo Jorge.

FELIPE. Jorge... (*Buscando en su memoria el apellido.*)

JORGE. No os fatigueis: me llamo simplemente Jorge.

FELIPE. Entonces... yo... no puedo...

JORGE. ¿Olvidais tambien ahora que sois republicano?

FELIPE. No digo que no... republicano... en América.

JORGE. Iremos á América, si os place.

FELIPE. No es menester... acabo de llegar... y terminaremos aqui el asunto. (*El Mayordomo entra, y le habla aparte.*) Estoy á vuestra disposicion. Entre tanto si quereis favorecer mi mesa... me anuncian que está ya servida.

JORGE. ¡Gracias! necesito tomar algunas disposiciones.

FELIPE. (Bien pensado, un médico debe tener la mano desgraciada... haré mi testamento de sobremesa.) (*Al Mayordomo.*) ¿El señor conde mi primo?

MAYORD. Está fuera, señor.

FELIPE. Cuando llegue, avisadme. (No se puede negar á ser mi testigo.) (*A Flesant y Dervil.*) Venid, señores. (*Cogiéndose del brazo de ambos.*) Ya veis que no pierdo el tiempo: ¡aun no he cambiado de traje, y yá tengo un desafio! (*Váse con ellos.*)

ESCENA IV.

JORGE, *el* MAYORDOMO.

JORGE. ¿Decís que el señor conde ha salido? ¿Y la señora condesa?

MAYORD. Me parece que ha ido á pasear por el rio... pero si no me engaño... (*Mirando hácia el fondo.*) no, aqui viene.

JORGE. Gracias. (*El Mayordomo váse.*)

ESCENA V.

JORGE, OLIMPIA.

OLIMPIA. ¡Jorge! ¡Vos aqui! Este encuentro es una felicidad para mí.

JORGE. ¡Señora!..

OLIMPIA. ¡Tenia tal necesidad de ver un rostro amigo!.. En los últimos tiempos de mi vida de actriz, únicamente supe de vos por algunas cartas que leí con avidez... Nunca he tenido mas que dos amigos verdaderos, Saint-Far y vos. ¡Pobre Saint-Far! he sido bien ingrata con él. Lo he dejado, tal vez para siempre, lo he abandodo, viejo y solo, á él que me habia recogido huérfana y pobre... Y no obstante, estoy segura de que no hay en su corazon ni una queja, ni una reconvencion para la que él llamaba su hija. ¿Y vos estais contento?.. ¿empezais á daros á conocer?..

JORGE. Un poco, gracias á vos.

OLIMPIA. A vuestro talento, querreis decir.

JORGE. Ahora se trata solamente de vos.

OLIMPIA. Mucho cambio se ha realizado en mi vida. ¿Sabeis, Jorge, que soy condesa?

JORGE. Acabo de oirlo: estaban aqui el baron Dervil, el vizconde Flesant...

OLIMPIA. Hace dos dias que llegaron.

JORGE. Y el primo del señor Conde... de vuestro marido. Hablaban de vos... decian... dispensadme, señora: decian... que no estabais casada... que el Conde es vuestro amante.

OLIMPIA. ¡Mi amante!

JORGE. Yo he sostenido lo contrario.

OLIMPIA. ¡Y habeis hecho bien! ¿Pero no llegasteis á dudar de mí, no es verdad?

JORGE. No.

OLIMPIA. ¡Gracias! (*Dándole la mano.*) ¡Ah!

JORGE. ¿Llorais?

OLIMPIA. Soy amada, Jorge: tal creo al menos; y sin embargo, preveo en el porvenir luchas dolorosas.

JORGE. ¿Qué enemigos podeis tener?

OLIMPIA. Dos implacables y poderosos: el orgullo, la preocupacion.

JORGE. Tal vez os engañais.

OLIMPIA. No: hace algunos meses que estoy casada, y ¿lo creereis? ni una sola puerta se ha abierto para la condesa de Rudentz. Vivo alejada del mundo con mi esposo, y de esta vida tranquila y dulce nunca me cansaria; pero él no acabará por echar de menos sus brillantes reuniones, sus amistades ilustres, por mi causa interrumpidas? El amor mio no bastará á recompensarle tantos sacrificios, y principalmente no podrá hacerle olvidar á su madre... Su madre, hácia la cual era un culto la ternura que le prodigaba, su madre, á quien por mí no ha vuelto á ver desde hace un año. En algunas ocasiones he manifestado el deseo que tenia de serle presentada; pero el Conde ha variado siempre de conversacion... siempre he visto la turbacion en sus ojos. Harto he comprendido que el orgullo de la noble señora no llevaria en paciencia la idea de establecer contacto conmigo, con una cómica; y que tal vez haya maldecido á su hijo. ¡Pobre Gaston! ¡Ah Jorge! ¡soy muy desgraciada!

JORGE. ¡Vos!

OLIMPIA. Si: y el cielo sabe cuanto he luchado. Cierta noche una especie de locura se habia apoderado de Gaston y atentó á sus dias. Me habia escrito, ofreciéndome su mano y que si no la aceptaba, no viviria mas. A mi presencia lo trajeron moribundo y ensangrentado: yo no me separé durante todo un mes de la cabecera de su lecho, oyéndole repetir constantemente mi nombre. El médico aseguraba que la ciencia era impotente, y que yo sola podia salvarle. Entonces olvidando que él era rico y noble, grité «Gaston, bien de mis ojos, vive y seré tu mujer.» De este modo llegué á ser la condesa

de Rudentz. (*Viendo aparecer al criado.*) ¿A quién buscais?

ESCENA VI.

DICHOS, UN CRIADO, *despues otro.*

CRIADO 1.º Creí que estaria aqui el señor Conde; y venia para darle esta carta, que ha traido un lacayo de la señora baronesa Dervil.

OLIMPIA. Dadme.

CRIADO. 1.º Me ha recomendado que no la entregue sino en mano propia...

OLIMPIA. Dadme. ¿Esperan contestacion?

CRIADO. 1.º Si, señora.

CRIADO. 2.º (*Entrando y á Jorge.*) En el salon preguntan por vos. (*Váse.*)

JORGE. (*A Olimpia.*) Dispensadme, señora: acaban de llamarme..

OLIMPIO. ¿Os volveré á ver pronto, no es verdad?

JORGE. Si, señora. (¡Pobre Olimpia! antes de que el insulto llegue hasta ella, habré perecido.) (*Váse, saludando antes del aparte.*)

ESCENA VII.

OLIMPIA, *el* CRIADO 1.º

OLIMPIA. (Esta carta es de una mujer, y nadie debe leerla, sino el conde: el conde, que me la ocultaria, como todas las que le son dirigidas. ¡Oh! la leeré. (*Leyendo.*) «La baronesa Dervil suplica al señor conde de Rudentz que asista á la reunion que se celebra en su castillo de...» Si: lo invitan á él... á él solo!) (*Al Criado.*) Tomad: el señor conde estará en su habitacion; él os dará la respuesta: decidle que he sido yo quien ha roto el sobre. (*Váse el Criado.*) Veremos qué hace mi marido; veremos si deja ignorar por mas tiempo á esa orgullosa señora, que hay aqui una condesa de Rudentz.

ESCENA VIII.

Olimpia, *el* Marques Felipe, Dervil, Flesant.

Felipe. (*Entrando con el sombrero puesto y algo en desorden.*) ¡Cáspita! ¿Con que decis que se halla aqui mi prima postiza? Os juro que no me dejaré matar por ella, sin haberle dicho antes lo que le conviene.

Flesant. Considerad que el champagne os ha hecho impresion; que no estais para presentaros...

Felipe. No hay cuidado; si en América he perdido la costumbre de beber fuerte, no he dado al olvido la galanteria francesa... Ya vereis... (*Acercándose á Olimpia.*)

Olimpia. ¡Ah! (*Intentando retirarse.*)

Felipe. Dos palabras, hermosa dama; tal vez os incomode; pero hay que tener paciencia. Vengo desde muy lejos, y... ¡Cáspita! Sois muy bella; y esto lo afirma Felipe de Rudentz.

Olimpia. ¡El primo de mi marido!

Felipe. ¡Su marido! ¡já! ¡já! ¡já!

Olimpia. Creia que todos los de vuestra familia eran caballeros.

Felipe. Tanto como el rey.

Olimpia. Entonces estais loco, ó estais...

Felipe. ¿Ebrio? ¡Voto á una legion!..

Olimpia. Condesa ó cómica, soy mujer; y ante una mujer todo caballero se inclina y se descubre.

Flesant. Habeis merecido la leccion, marqués. (*Este se descubre.*)

Olimpia. Ahora, señores, bendigo á la casualidad, que me coloca en presencia de los tres hombres, que hace poco me ultrajaban con una duda ofensiva. Si el señor conde hubiese conocido el insulto, apelaria á las armas: yo, que no soy mas que una mujer, puedo sin bajeza apelar á vuestro honor y á vuestra lealtad.

Dervil. Hablad, señora.

Felipe. (¡Por Cristo que me impone!)

Olimpia. Me juzgais querida del conde; y asi lo habeis dicho: yo afirmo, y el conde lo probará, que soy su mujer.

Dervil. Debemos creeros.

Felipe. Yo no lo creo. (*Dervil y Flesant tratan de calmarle.*) Dejadme! A todos hablo seriamente. Cuando alguno de mi familia se casa, lo hace delante de todos: el rey

firma el contrato, y lo mas puro de la nobleza nos sirve de testigos... El castillo de Rudentz se engalana con sus mas ricos atavios; las campanas de la antigua parroquia se echan á vuelo, y por espacio de muchos dias los pobres se convierten en ricos. La señora condesa viuda pone su corona sobre la frente de la desposada, bendice á su hija, y ella misma la conduce á la cámara nupcial. ¿Se ha hecho algo de todo esto?

OLIMPIA. No... el Conde se hallaba convaleciente aun: estábamos en el campo; y solo unos pobres labradores han podido presenciar nuestra union.

FELIPE. ¡Cáspita! ¡ya lo comprendo todo! Vos teneis razon y á mi tampoco me falta... ¡mi primo es un truhan! ¡Acabáramos de una vez!

OLIMPIA. ¿Qué quereis decir?

FELIPE. No hay duda... un enlace misterioso... en una aldea ignorada... delante de un escribano supuesto... con testigos falsos... en fin, un casamiento de comedia.

OLIMPIA. ¿Qué decís? ¡No comprendo... no quiero comprender!..

FELIPE. Esto sucede á cada momento en el teatro: cien años hace que forma parte del repertorio.

OLIMPIA. ¿Sabeis que es una infame suposicion?

FELIPE. Nada de suposicion, señora.

OLIMPIA. ¡Basta! ¿Qué es necesario, para convenceros de que vuestro pariente es mi marido?

FELIPE. Será preciso que mi primo os lleve en medio del dia á los dominios de nuestra familia: que se arrodille con vos en la antigua iglesia de nuestra aldea; que en presencia de sus vasallos os haga subir las escaleras del pórtico, que conduce á nuestro castillo feudal, y que alli, delante de todos, os proclame condesa de Rudentz. Entonces, diré: mi primo es loco; pero está bien casado. (*Despidiéndose.*) Entre tanto permitidme creer solamente que es el mas feliz de los hombres. (*Saluda, y váse, seguido de Flesant y Dervil.*)

ESCENA IX.

OLIMPIA, *despues* GASTON.

OLIMPIA ¡Oh!... ¡es un ultrage sangriento!... Gaston no me ha

querido nunca, Gaston es un cobarde, ó hará lo que ha dicho ese hombre.

GASTON. (*Entra precipitadamente.*) ¡Olimpia! Esta carta de la baronesa Dervil es un insulto, pero me darán satisfaccion.

OLIMPIA. Señor conde, no es á mí, es á vos á quien ahora se insulta. Se os acusa, á vos noble y caballero, de ser falso y desleal: se os acusa de haberme engañado con un juramento falso, y con un falso casamiento.

GASTON. Nombradme al calumniador.

OLIMPIA. No es al calumniador, es á la calumnia, á quien hay que responder... Esa calumnia, os lo advierto, habla muy alto; y es preciso que vos hableis mas alto que ella. Se duda de nuestro enlace, y esa duda es una injuria para ambos, porque ahora mi honor es el vuestro. No os pido que vayais á defender este honor con las armas: la espada es ciega y mata, pero no convence. Lo que quiero es demostrar á todos que no soy una mujer perdida, á quien protege un amante, sino una mujer honrada, bajo la salvaguardia de su marido. Lo que quiero es que me lleveis al castillo de vuestros mayores, que me presenteis á vuestra madre, delante de la cual, por noble y grande que sea, puedo mantener la frente erguida y el corazon tranquilo. Lo que quiero, en fin, es ser condesa de Rudentz delante de los hombres, como lo soy delante de Dios.

GASTON. Es imposible, Olimpia...

OLIMPIA. ¡Imposible! ¿Luego esos hombres tenian razon?

GASTON. Yo haré disipar la duda y enmudecer la calumnia; pero ir al castillo de Rudentz, pero afrontar la ira de mi madre... ¡Eso, te lo repito, es imposible, Olimpia!

OLIMPIA. Leo en vuestra alma, en vuestra alma, que no vaciló ante un suicidio, y que retrocede ahora ante el sarcasmo y la burla... ¡No, no es en presencia de vuestra madre donde temblais, es en presencia de la preocupacion... no es el respeto filial el que os detiene, es vuestro orgullo! ¡Pero esto no puede durar así!... ¡Me volveria loca, y es preciso terminar! Ahora bien, no os pido ya otra cosa, sino que me volvais á París.

GASTON. ¿A París?

OLIMPIA. Sí: una vez allí, correreis á Versalles: ireis en busca

del rey... el rey es omnipotente, y hará romper nuestro casamiento.

GASTON. ¿Qué dices?

OLIMPIA. Nada mas fácil. El conde de Rudentz, estraviado por una loca pasion, ha cometido el disparate de casarse con una cómica; y le bastará decir que esa mujer es indigna de llevar su nombre: le creerán, si, porque hablará en nombre de sus abuelos, en nombre de la nobleza... ¡El rey os dejará libre! Entonces, ¡oh! entonces me habreis hecho desgraciada; pero os podreis mostrar orgullosamente á la córte... habreis arrojado la desesperacion en mi alma; pero reconquistareis el aprecio de vuestros nobles amigos... me habreis asesinado, Gaston; pero podreis ir á que vuestra madre os bendiga y os acaricie. ¿Cuándo partimos, señor conde? Estoy pronta.

GASTON. Olimpia, acabas de volverme á mí mismo. (*Llama.*)

OLIMPIA. ¿Qué haceis?

GASTON. Mi deber. (*Entra un criado.*) Preparadlo todo para nuestra marcha. La señora condesa y yo partimos en seguida. Anunciad á los señores baron Dervil, vizconde de Flesant y sobre todo á mi primo el señor marqués de Rudentz, que antes de mi partida deseo verles.

CRIADO. El señor marqués os esperaba con impaciencia.

GASTON. Decidle que entre. (*El Criado sale y vuelve á anunciar.*)

CRIADO. El señor marqués de Rudentz. (*Váse.*)

ESCENA X.

GASTON, OLIMPIA, FELIPE.

FELIPE. ¡Voto va!...

GASTON. Primo, me felicito por haber podido antes de mi marcha presentaros á vuestra prima la condesa de Rudentz.

FELIPE. (¿Será verdad?)

GASTON. Señora, mis amigos el baron Dervil y el vizconde de Flesant tendrán el honor tambien de ofrecer á vuestros pies el homenage de su respeto.

OLIMPIA. ¿Adónde vamos, Gaston?

GASTON. Os lo diré luego, delante de todos. Del mismo modo que la ofensa, la reparacion debe ser pública y solemne.

(*Conduciéndola hasta la salida.*) Hasta despues, mi bella condesa, hasta despues.

ESCENA XI.

GASTON, FELIPE.

FELIPE. No me atrevo á creerlo todavia. ¿Será cierto, pobre primo, que estais casado?

GASTON. Si.

FELIPE. Me permitiré observar que si teneis el derecho de comprometer vuestro patrimonio, porque os pertenece, antes de comprometer vuestro nombre, debisteis recordar que otros le llevan con vos.

GASTON. ¡Caballero!...

FELIPE. Vamos, vamos... estrechad esa mano: ya no tiene remedio: estais casado, y no debo abandonaros en la desgracia. ¿Y qué intentais hacer de vuestra esposa?

GASTON. Presentarla en la córte.

FELIPE. No la recibirán.

GASTON. Viviré lejos de la córte. He escrito á mi madre, suplicándola que acoja bondadosamente á la que he juzgado digna de mi amor y de mi nombre.

FELIPE. ¿Y qué os ha contestado?

GASTON. No me ha respondido.

FELIPE. Era de prever. Reflexionadlo bien, primo, el silencio de una madre á demanda de tal naturaleza es casi una maldicion. Borrad, pues, el castillo de Rudentz. ¿Adónde ireis?

GASTON. A Paris.

FELIPE. Tampoco, porque alli tropezareis con otros sinsabores: á cada paso hallareis algun camarada de la señora condesa... algun amigo!...

GASTON. ¿Algun amigo decis?

FELIPE. Si: las cómicas los tienen como los demas, y en mayor abundancia tambien.

GASTON. ¡Felipe!

FELIPE. ¡Qué diablo! Sois mi pariente, y vuestro honor es el mio: ese honor me acaba de proporcionar un duelo.

GASTON. ¿Un duelo?

FELIPE. Hace pocos momentos que estabamos hablando aqui Flesant, Dervil y yo, de tu... de tu devaneo: yo el pri-

mero sostenia que el caballero de Rudentz, no habia podido olvidarse... En aquel punto nos cae llovido del cielo un cierto señor Jorge...

GASTON. ¿Jorge?..

FELIPE. Si: un nombre muy comun. Se atrevió á desmentirnos, haciéndose el fiador de la virtud de la ex-cómica... y en dos palabras, concluyó por arrojarnos un guante, que yo he recogido.

GASTON. ¿Jorge?.. Ahora recuerdo que antes de nuestro casamiento una noche... en casa de Olimpia... la habian entregado una porcion de cartas, que ella arrojó al fuego... menos una.

FELIPE. ¿Firmada por Jorge?

GASTON. Ese nombre me parece que leí. Olimpia al abrir aquella carta no pudo ocultar su alegria... «Es de él» dijo con satisfaccion. Ese recuerdo se hubiera borrado de mi memoria... pero hoy... ¡si, no hay duda!.. otro antes que yo... y ese hombre que la defendia... ¡es él!.. nadie puede ser mas que él!..

FELIPE. ¡Y si es otro, peor todavia!

GASTON. Felipe, acabas de darme una prueba de tu cariño: necesito que me des otra.

FELIPE. Habla.

GASTON. Antes que tú, quiero batirme con ese Jorge.

FELIPE. Pero...

GASTON. Te lo suplico.

FELIPE. (¡Yo me tengo la culpa! ¡esta maldita lengua!..) Justamente viene hácia aqui nuestro hombre. (*Viendo venir á Jorge.*)

GASTON. Te lo exijo.

FELIPE. Si te empeñas...

GASTON. Absolutamente.

ESCENA XII.

DICHOS, JORGE.

FELIPE. (*A Jorge.*) Pues señor... vais á sorprenderos; pero al saber mi primo que iba á tener el honor de batirme con vos, me ha pedido que le ceda el turno. Yo no he podido rehusar... porque como es el primogénito...

JORGE. (*A Gaston.*) ¿Un duelo entre nosotros? ¿Es acaso por

haber tomado la defensa de la señora condesa?

GASTON. Dos palabras solamente. ¿Habeis escrito algunas veces á la señora de Rudentz?

JORGE. No. He escrito á la señorita Olimpia; y la señorita Olimpia me ha escrito á mi.

GASTON. (*Con rabia.*) ¿A vos?

JORGE. Una carta solamente.

GASTON. ¡Caballero!..

JORGE. ¿Quereis leerla, señor Conde?

GASTON. (*Calmándose.*) ¿Yo?..

JORGE. (*Dándosela.*) Miradla, caballero.

GASTON. (*Leyendo.*) «Cementerio de san Lorenzo, tumba doscientos catorce».. ¿Qué significa?..

FELIPE. ¡Pues no entiendo una palabra!

JORGE. Habia ofrecido guardar silencio; pero habeis dudado de ella, y es necesario que hable. (*Sentándose: los demas le imitan.*) Tengo veinte y cinco años, señores, y hace ya ocho que perdí á mi madre. Yo soy hijo de un valiente y noble marino, que murió en un combate sobre la misma nave, antes de poderme legar su nombre... por esto me llamo Jorge, señor marqués. Mi madre, perdida la esperanza de legitimarme, me consagró á una carrera honrosa, en cuyo empeño gastó su juventud y su vida: yo tenia entonces diez y seis años, y ya que su muerte me arrebataba la esperanza de volverla un dia, á costa de mi trabajo, rica y feliz, quise al menos que me perteneciera el breve espacio de tierra donde reposaba. Una cruel enfermedad se llevó el fruto de mis economias: apenas convaleciente, me avisaron que, concluido el plazo, iban á levantar la piedra en que estaba trazado el nombre de mi madre y á arrojar al viento las cenizas, que eran mi adoracion. ¡Yo, señores, no poseia entonces nada, absolutamente nada!

FELIPE. (¡Pobre jóven!) (*Levantándose.*)

JORGE. Entonces me volví loco. Recurrí á cuantos me conocian; pero ninguno hizo caso; y el momento fatal se acercaba. Desesperado una noche pasaba por delante del teatro francés, y oí pronunciar el nombre de nuestra célebre trágica, elogiando ademas su buen corazon: corrí á mi casa, y escribí á Olimpia, esperando inútilmente por espacio de muchos dias. Me hallaba en mi cuarto solo y miraba con satisfaccion caer la nieve, por-

que me decia: «la nieve ocultará su tumba... no la encontrarán, y me dejarán á mi madre.» De repente llamaron á la puerta; abrí, y un criado me entregó una carta... ¡era de Olimpia! de mi buen ángel, que adivinando mis deseos, lo habia arreglado todo, sin prevenirme. Gracias á ella, mi madre tenia para siempre un sitio marcado en el campo del asilo, y al pié del sauce que le da sombra, podia yo rogar por mi bienhechora.

FELIPE. ¡Voto al diablo! ¡Esto es menos alegre que un desafio!

GASTON. ¡Olimpia!.. ¡mi bien amado!.. ¡mi compañera!.. ¡y he podido sospechar de tí!..

FELIPE. ¡Y yo tambien!.. somos dos imbéciles de mal género.

GASTON. Pero sabré merecer su perdon; y el vuestro tambien, Jorge.

ESCENA XIII.

DICHOS, DERVIL, FLESANT, *damas y caballeros*, *que empiezan á circular por el salon*, *formando diversos grupos y sentándose.*

DERVIL. (*Al conde.*) Nos acaban de decir que vais á marchar...

GASTON. Gracias por haber venido: asi podreis saludar á mi señora la condesa, que atravesará esta sala, antes de subir al carruaje.

DERVIL. (Al *marqués.*) ¿La condesa, eh?..

FELIPE. A propósito: ya no me bato con el señor. (*Señalando á Jorge.*)

FLESANT. Se ha probado que...

FELIPE. Se ha probado que soy un tonto.

CRIADO. (*Saliendo y anunciando.*) La señora condesa de Rudentz.

FELIPE. (*A Flesant.*) Mi prima, caballero, mi prima, señores. (*A los demas: todos abren paso; el conde se acerca á Olimpia y la conduce de la mano. Las damas se levantan.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, OLIMPIA, *mas tarde la* CONDESA *viuda de* RUDENTZ, *criados con librea acompañándola.*

GASTON. Señor baron Dervil, hemos recibido la galante invita-

cion de vuestra esposa. (*Señalando á Olimpia.*) La señora Condesa ruega á su vez á la honorable baronesa que honre con su persona la reunion, que habrá dentro de ocho dias en el castillo de Rudentz...

OLIMPIA. ¿En el castillo de Rudentz?

GASTON. Donde voy á tener el honor de conduciros. (*A este tiempo aparecen en el fondo dos criados con librea, que preceden á la anciana condesa. Su andar es lento y majestuoso: otros criados la siguen. Felipe, que se dirigia al fondo, se detiene al contemplarla: ella se para tambien en el dintel de la puerta.*)

FELIPE. (¡Qué veo! es mi tia! ¡la anciana condesa!)

OLIMPIA. No lo olvideis, señores, la Condesa os espera dentro de ocho dias en el castillo de Rudentz.

CONDESA. (*Bajando lentamente á la escena.*) ¡En el castillo de Rudentz!..

GASTON. ¡Mi madre!

OLIMPIA. ¡Su madre!

CONDESA. Podeis en efecto conducir al castillo vuestra mujer, señor conde. Vuestra madre acaba de salir de él. (*Movimiento general de asombro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala pobre en casa de Saint-Far; puertas laterales y una grande al foro, que abierta á su tiempo deje ver la calle: una cómoda, mesa, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

SAINT-FAR, *despues* BERNARDO.

ST.-FAR. ¡Qué vida! qué situacion; pero es preferible á sufrir como antes sin verla. Ahora la tengo á mi lado; puedo hablarla, enjugar sus lágrimas... ¡Oh! bendita sea la Providencia que me condujo á casa de su hermana; porque sin ella no hubiera podido abrazar á mi hija!... hoy cumple el mes... registremos esos cajones... (*Lo hace.*) Nada, ni un asignado. (*Suena una campanilla.*) Vamos, es la visita que esperaba. (*Yendo á abrir.*) Entrad, señor Bernardo.

BERN. Segun veo, me esperábais.

ST.-FAR. Ciertamente; hoy cumple el mes; ocho Thermidor. (*Cfreciéndole una silla.*)

BERN. (*Sentándose.*) Temí que no llegara nunca este dia.

ST.-FAR. Parece que teneis prisa, pero es el caso, amigo mio, que por primera vez me veo obligado á suplicaros que espereis.

BERN. ¿Por lo visto hemos hecho locuras?

ST.-FAR. Al contrario: he suprimido el café, el dominó y hasta el tabaco.

BERN. Si embargo cobrais la pension del teatro.

ST.-FAR. Cuando vivia solo, bastaba para cubrir mis necesidades; pero desde que somos dos, no alcanza... ya se vé... ¡como tengo aqui á mi Olimpia!

BERN. ¿Si?

ST.-FAR. Me he equivocado; somos tres, porque debo contar á Rosa, la hermana de mi hija.

BERN. ¿Rosa?..

ST.-FAR. Rosa Gautier, la mujer del perfumista de la calle San Honorato... ¡Oh! si él no hubiese sido proveedor del ejército... se arruinó, ó mejor dicho, le arruinó el Estado; como hace con todos los que le sirven bien: el infeliz tuvo que alistarse de voluntario; y me ha dejado aquí su mujer, que pasa todo el dia trabajando... cuando hay de qué. Ahora ha salido á vender la anaqueleria de su tienda; de manera que podeis esperar hasta que vuelva; y si trae dinero, os pagaremos.

BERN. Me habeis dicho que está aqui Olimpia.

ST.-FAR. Si señor: vino hace un mes. ¿Quereis que os cuente, mientras viene Rosa?...

BERN. Si, con mucho gusto.

ST.-FAR. Ya sabeis que la pobre Olimpia, aterrada por la inesperada presencia de la anciana condesa de Rudentz, la dejó sus dominios y sus colonos, y se vino á Paris con su esposo. Tenia un elegante palacio, al cual nadie concurria; Gaston se incomodaba porque yo la hacia visitas; y porque en mi conversacion con ella empleaba el lenguaje que usan los padres con los hijos.

BERN. ¿Y tuvisteis que tratarla con respeto desde entonces?

ST.-FAR. Tuve que renunciar á verla; porque un dia me hallé con que no me dejaban entrar: volví al siguiente... y sucedió lo mismo; hé aqui el motivo de haber venido á habitar este cuarto aislado. En mucho tiempo no supe de mi hija, hasta que los acontecimientos políticos dieron nuevo aspecto á la situacion del pais. El conde ya no podia escoger sus amigos en los altos círculos, y tuvo que resignarse á huir al extranjero ó ponerse del lado de la revolucion: prefirió lo segundo, y hoy combate lo mismo que su primo Felipe de Rudentz, por la independencia de su patria. Ambos estan en el ejército; mas seguros se hallarán bajo el fuego de los enemigos que aqui... He logrado que Olimpia lo comprenda de

la misma manera, y es feliz, en cuanto es posible serlo. (*Suena la campanilla.*) ¿Pero han llamado? (*Abriendo.*) ¡Ah! ¡es Rosa!

ESCENA II.

DICHOS, ROSA.

ROSA. (*Entrando.*) ¡Estoy rendida! Buenos dias, señor Bernardo.

ST.-FAR. Traes...

ROSA. Quinientas libras... en asignados.

ST.-FAR. Ya lo ois, amigo; no circula mas que papel; si quereis...

BERN. No, gracias; mas valor tienen las deudas, que la moneda revolucionaria. Volveré otro dia.

ST.-FAR. Pues pagaremos al lechero; que como es patriota, no se negará á admitirla.

BERNAR. Si, si: ¡adios, amigos mios, adios! hasta la vista.

ST.-FAR. *y* ROSA. ¡Adios, señor Bernardo! (*Acompañándole hasta la puerta.*)

ESCENA III.

SAINT-FAR *y* ROSA.

ROSA. Poco dinero he traido; pero aun gano mas que Olimpia: ¡ella sufre tanto, con no poder ayudarnos!.. dias pasados me decia: Rosa, es preciso que encuentres dinero; porque nuestro buen padre no le tiene ya..

ST.-FAR. ¡Qué disparate!

ROSA. Y era verdad... os habeis sacrificado por nosotras.

ST.-FAR. No me compadezcais... primero son mis hijas... ella sobre todo, que ha vivido en la opulencia.

ROSA. Teneis razon: está acostumbrada al lujo, mientras que yo nada echo de menos... yo puedo vivir con poco...

ST.-FAR. A propósito: es necesario pensar en la comida: se acerca la hora en que viene Olimpia; y...

ROSA. Voy á arreglar la mesa. (*Colocándola delante de la chimenea y preparándola.*)

ST.-FAR. Ya no queda mas que ese solo cubierto, que le hemos reservado; pero al paso que seguimos, tal vez muy pronto...

ROSA. Cuando ya no le tengamos, daremos á Olimpia un abrazo mas, y no conocerá la falta.

ST.-FAR. Me parece que hoy tarda demasiado... (*Hace el ademan de sacar su reló, y se detiene.*) Siempre olvido que mi reló está con los cubiertos... Todas las noches lo ponia sobre esa cómoda... (*Al mirar hácia la cómoda lanza un grito.*) ¡Ah!

ROSA. ¿Qué os pasa?

ST.-FAR. ¡Que ha vuelto mi reló!

ROSA. (*Que ha abierto los cajones de la mesa.*) ¡Y los cubiertos tambien!

ST.-FAR. ¡Aqui hay algun misterio!.. El monte de piedad no los habrá dejado venir por su pié. (*Olimpia ha entrado abriendo la puerta con una llave que trae, y dejándola sin cerrar.*)

ROSA. ¿Qué quiere decir esto?

ESCENA IV.

DICHOS, OLIMPIA.

OLIMPIA. Quiere decir que somos ricos.

ROSA. ¿Ricos?

OLIMPIA. Si.

ST.-FAR. ¿De dónde nos ha llovido esa fortuna?

OLIMPIA. Padre, ya no os privareis de nada por causa nuestra: quiero que recobreis vuestras costumbres: ahora á comer, y esta noche al teatro.

ST.-FAR. ¿Al teatro?

OLIMPIA. Y Rosa tambien: aqui tengo los billetes.

ROSA. ¿Y á qué teatro vamos?

OLIMPIA. (*Dando los billetes á Saint-Far.*) Vedlo.

ST.-FAR. (*Leyendo.*) Teatro de la república, para hoy ocho Thermidor... *Oracio* para la salida de... ¡Ah! ¿he leido bien?.. ¡No es posible!.. para la salida de...

OLIMPIA. Para la salida de Olimpia, de vuestra hija.

ST.-FAR. ¡Tú! ¿Tú vuelves á la escena?

OLIMPIA. Hé ahi el secreto de mis vigilias...

ST.-FAR. ¡Repasabas tus papeles!..

OLIMPIA. Y el de mis salidas misteriosas.

ST.-FAR. Ibas á ensayar... ¡y yo, torpe! ¡que no lo adivinaba!

ROSA. ¿Por qué lo has ocultado?

OLIMPIA. Porque dudaba de mí, porque no queria daros una esperanza que pudiera desvanecerse: me ofrecí á mí misma no deciros una palabra, hasta despues de mi salida. El público ha tenido tiempo de olvidarme. ¿Quién sabe si ya no seré la misma? ¿Si seré una mala actriz?

ST.-FAR. ¡Vamos, hija mia, no digas disparates!

ROSA. ¡Y quién sabe! puede que tenga razon... despues de tanto tiempo... cuando yo me puse á coser dias atrás, no acertaba á ensartar la aguja.

ST.-FAR. ¡Bonita comparacion! ¡como tuya!

OLIMPIA. No he tenido valor para callar por mas tiempo. Ademas es preciso que esteis entre el público, padre mio: es necesario que os vea cerca de mí; para que me infundais ánimo.

ST.-FAR. ¡Hija mia!.. ¿pero cómo has podido sola?..

OLIMPIA. Una vez resuelta á ello, me presenté en el teatro: estaban ensayando, y allí se veian todos nuestros antiguos compañeros. Yo les dije: «amigos mios, hoy me encuentro pobre, mas pobre que en los tiempos en que me recogisteis, mucho mas pobre; porque no se trata solamente de mí, sino de la subsistencia de mi anciano padre adoptivo, que por causa mia carece hoy de todo... de todo... ¡hasta de pan!»

ST.-FAR. ¡Olimpia! (*Llorando y abrazándola.*)

OLIMPIA. ¡Oh! No me avergoncé de decirles esto.

ST.-FAR. ¿Y qué os respondieron?

OLIMPIA. Hicieron lo que vos... primero me abrazaron, y luego me adelantaron el sueldo de un mes. (*Dándole un bolsillo.*)

ST.-FAR. ¿Y qué hiciste al encontrarte en el teatro?.. en nuestro hermoso teatro?

OLIMPIA. ¡Ah!.. no puedo decirlo. ¡La felicidad!.. Pero en medio de aquella alegria tambien encontraron lágrimas mis ojos!

ST.-FAR. ¿Lloraste?

OLIMPIA. ¡Sí! al ensayar, vi la sala desierta y sombria! Tan sombria, que me pareció que arrastraba el luto y el duelo de todos mis recuerdos. Volví á crear lo pasado; y á aquella sala desierta devolví en mi pensamiento los espectadores, que antes la habian animado; las frentes bellas y nobles que el huracan ha destruido: sobre to-

das veia á la egrejia dama que, en otro tiempo, favoreciéndome con una dulce sonrisa, me habia arrojado su ramo de flores, la que ya nunca arrojará mas flores, la que ya no tendrá mas sonrisas que prodigar!.. Veia, padre mio, veia á la reina.

ST.-FAR. ¡Olimpia! Hija mia, refrénate: en los tiempos que corren, esas palabras podrian comprometerte. Llora, pero en silencio... á solas... recuerda á la desgraciada mujer, que enajenada por el dolor y la gratitud acaso, se atrevió á gritar en una plaza pública... ¡Viva la reina! Esa exclamacion no podia devolver la vida á la reina mártir, y dió la muerte á quien la habia proferido. Tú no sabes lo que son las revoluciones!.. Vaya, hablemos de otra cosa. ¿Cuándo haces tu salida?

OLIMPIA. Ya os lo he dicho, esta noche.

ST.-FAR. ¡Esta noche! ¿Pero está bien redactado el cartel? ¿Y los billetes?

OLIMPIA. Ya no hay ninguno.

ST.-FAR. ¡Ninguno! ¡Mejor! Con eso no entrarán los que tienen targeta, y podremos estar tranquilos. Tú no sabes lo bueno que es en un estreno que el público se componga solo de personas que pagan, y aun de acreedores. Daré un billete á nuestro casero. (*Tomando el sombrero.*) Voy...

OLIMPIA. ¿A dónde?

ST.-FAR. A ver los carteles, á repasar los periódicos... Te traeré algunos si hablan de tí.

ROSA. ¿Y la comida?

ST.-FAR. No importa: vuelvo al momento. (*Váse.*)

ESCENA V.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. ¡Ah! ¡Te admiro!

OLIMPIA. ¿Por qué?

ROSA. ¡Me pareces mas feliz que nunca!

OLIMPIA. ¡Oh! si; soy feliz, muy feliz, porque puedo socorrer á los que mas quiero en el mundo... porque me siento renacer con mi existencia de otras veces... porque acabo de recibir una carta de mi marido, en la cual me dice que mas que nunca me ama, añadiendo que se ha distinguido en el último combate, y que espera que el

soldado borrará bien pronto la memoria del noble.

ROSA. A propósito de noble. ¿A que no aciertas á quién he visto hoy?

OLIMPIA. No sé...

ROSA. A tu primo Felipe.

OLIMPIA. ¿Está en Paris?

ROSA. Y no muy bien disfrazado; pero tan jovial como siempre. Me dió un abrazo en el boulevard, me dijo dónde vivia, y me pidió las señas de nuestro cuarto, ofreciéndome venir á vernos hoy mismo.

OLIMPIA. ¿Con que has visto á Felipe?

ESCENA VI.

DICHOS, FELIPE.

FELIPE. Presente.

ROSA. (*A Olimpia.*) ¿No te lo decia? Entrad, señor marqués.

FELIPE. Suprimid el título, como ha hecho la revolucion, hermosa prima!..

OLIMPIA. ¡Vos en Paris!

FELIPE. Como prenden á los que se esconden, me doy á la luz sin recelo.

OLIMPIA. Habladme de Gaston. ¿No habeis partido juntos?

FELIPE. Al principio nos ocultamos; pero como estaba declarada la guerra y cuando amenaza un extranjero, no hay nobles ni plebeyos, no hay mas que ciudadanos, nos unimos á estos, alistándonos en el ejército, hasta que llegó un dia en que se nos acusó de mantener relaciones secretas con los emigrados: entonces empezaron á perseguirnos como sospechosos... Felizmente nos encontramos á un antiguo conocido, el señor Jorge, vuestro protegido, el cual, con peligro de su vida, nos proporcionó los medios de evadirnos, facilitándonos dos pasaportes. La prudencia exigia que Gaston y yo camináramos separados, y asi lo hicimos desde há quince dias: él estará á estas horas en Alemania, que es donde le permitia ir su pasaporte.

ROSA. ¿Y vos?

FELIPE. Yo podia elegir entre Italia y Suiza; me decidí por Paris; estoy por mi patria con todos sus defectos; voy á todas partes, á los teatros, á los cafés, á los paseos.

Soy amigo de muchos republicanos... que ayer fueron como yo realistas... últimamente me he relacionado con Tallien, el cual me profesa una amistad extraordinaria, sin duda para que si cambian las cosas, le proteja yo; ó tal vez por que bebo mas que él. Es presidente de la convencion y me da billetes para que vaya á aplaudirle. ¡Si vierais, prima, qué congreso aquel! gritan, se insultan, hasta se dan de golpes!.. y yo espero tranquilamente que se devoren. ¡Oh!.. me divierto mucho. ¿Pero qué teneis, prima?

Olimpia. ¡Tiemblo por Gaston! ¡Si se hallara en Paris!.. Los que hemos sufrido mucho, tenemos el privilejio de presentir la nueva desgracia que nos amenaza. Gaston está perdido si permanece en Francia, y el corazon me dice que Gaston está en Paris. (*Suena la campanilla.*) ¡Ah!.. ¡Si fuera él!..

ESCENA VII.

Dichos, Saint-Far.

St.-Far. Ya estoy aqui con un periódico.

Felipe. Buenos dias, Saint-Far.

St.-Far. Buenos dias.

Felipe. ¡Cáspita!.. ¿Es eso todo lo que me decis?

St.-Far. Es costumbre que he tomado. En los tiempos que corren es muy fácil encontrar á cada paso personas que tienen interés en ocultarse; y si al verlas grita uno «¡Cielos! ¡Fulano!» el fulano es reconocido y... paf... ya tiene bastante para divertirse. (*Estrechándole la mano.*) ¿Y qué tal, querido amigo? ¿Lo pasamos bien? ¿Eh?

Felipe. Nos defendemos cuanto se puede. ¿Pero qué hablábais de periódico al entrar? ¿Alguna novedad?

St.-Far. ¡Ya lo creo!

Felipe. ¿Habrá cumplido mi amigo Tallien lo que nos ofreció anoche bebiendo?

St.-Far. La novedad es que Olimpia vuelve al teatro francés: noticia oficial; la trae el Monitor. (*Le da el périódico.*)

Felipe. (*Leyendo.*) Asi es. Prima, os felicito: cayó vuestra corona de condesa y recobrais la de artista. Indudablemente respetarán mas esta que la otra. Iré á aplaudiros.

St.-Far. Que lo hagais con las manos huecas: asi suena mas.

Felipe. Iré al teatro cuando salga de la convencion. Adios, amigo mio... Esperanza, Olimpia... Señora Gautier...

St.-Far. Acompáñale hasta la puerta, Rosa (*Váse Felipe, dándale la mano á Saint-Far y Olimpia.*) y despues á comer. Cuando se representa de noche, es necesario comer temprano.

ESCENA VIII.

Saint-Far, Olimpia.

Olimpia. (Si viniera... ¡Si le hallaran en Paris!...)

St.-Far. ¿Qué es lo que tienes? ¿Estás representando tu papel?

Olimpia. No, padre mio.

St.-Far. ¿Pues en qué piensas?

Olimpia. (*Serenándose.*) ¿Habeis estado en el teatro?

St.-Far. En el teatro no: en la sala de lectura solamente, y despues en las esquinas mirando los carteles. ¡Estoy furioso! Habia un peloton de entretenidos, y yo dije para mí: ¡bravo! esto va bien; la vuelta de Olimpia al teatro causa sensacion; entonces me acerqué cautelosamente á ellos para oir lo que decian; ¿y sabes tú de qué hablaban? ¡De política! ¡Estúpidos! En otro tiempo tu salida hubieran preocupado á todo Paris... ¡Ah! ¡malditas revoluciones!.. Siempre son fatales para los teatros; y no obstante solemos interesarnos en ellas los actores. ¡Imbéciles!

ESCENA IX.

Olimpia, Saint-Far, Rosa, *luego* Gaston.

Rosa. (*Apresurada.*) ¡Olimpia!... ¡Señor Saint-Far! ¡Si supieseis!..

Olimpia. ¿Qué?

Rosa. Salí un momento á la calle por la puerta falsa y encontré... Me ha visto.. le he hecho entrar.. ¡Todavia estoy temblando!

St.-Far. ¿Pero de quién hablas?

Olimpia. (*Levantándose.*) ¡Ah! ¡Es de Gaston!

Gaston. (*Entrando.*) ¡Olimpia!

Olimpia. ¡Oh! ¡Bien sabia yo que estaba en Paris! ¡Gaston, espo-

so mio! (*Abrazándose.*) ¡Qué feliz soy! ¡muy feliz! ¿y tú tambien, no es verdad? ¡Pero... ¡ah!.. ¡lo olvidaba!... ¡Estas proscrito!.. ¡perseguido tal vez!.. ¿Gaston, por qué has venido?

GASTON. ¡Para volverte á ver!.. ¡para abrazarte!

OLIMPIA. ¿Padre, está bien cerrada la puerta?

ST.-FAR. Yo mismo iré á echar el cerrojo. (*A Rosa.*) Haz tú lo mismo con la otra. (*Ambos salen y vuelven luego.*)

OLIMPIA. ¡Esposo mio! ¡este dia debiera serlo de felicidad!

GASTON. ¡De felicidad!

OLIMPIA. ¿Pero qué pasa en tí? ¡Cuando la alegria me hace olvidar mis dolores, te veo triste! ¿Me ocultas alguna cosa, alguna nueva desgracia?

GASTON. El pasaporte que me facilitaron debia servirme para ganar la frontera; pero dominado por la inquietud, á cada paso que daba hácia delante, mi corazon miraba hacia atrás. Pensaba en tí... en mi madre... en los pepeligros que podiais correr... Entonces me volví: quise venir á Paris para abrazarte, deteniéndome antes en Rudentz para ver á mi madre, ¡y mi madre ya no estaba alli! El castillo habia sido reducido á escombros, y encontré solamante, llorando sobre aquellas ruinas, á un anciano criado de nuestra familia; por él supe que mi madre, defendida largo tiempo por el respeto y el cariño de nuestros colonos, al fin habia sido denunciada, presa y conducida á Paris, y que iba á morir, si yo no llegaba al mismo tiempo que ella. He caminado noche y dia; y ahora que te he visto, ahora que te he abrazado, adios.

OLIMPIA. ¿A dónde vas?

GASTON. En busca de mi primo. Me han dicho que está en Paris.

OLIMPIA. (*Deteniéndole.*) No... no me abandonarás. (*Saint-Far y Rosa entran.*)

ROSA. ¿Quereis iros?

ST.-FAR. Me opongo á ello.

GASTON. Acepto el asilo; pero necesito ver á Felipe, sin pérdida de tiempo.

OLIMPIA. Espera al menos que sea de noche. Si te reconociesen...

GASTON. Bien: esperaré. (*Se sienta y recorre maquinalmente el periódico.*)

ROSA. ¡Ea! la comida está pronta.

ST.-FAR. A la mesa.

GASTON. ¡Ah!
OLIMPIA. ¿Qué?
GASTON. ¡Leed!.. ¡leed!
ST.-FAR. (*Leyendo.*) «Lista de las personas que deben aparecer mañana ante el tribunal...
OLIMPIA. (*Que leia al mismo tiempo.*) ¡Ah!
GASTON. ¡Madre de mi alma!.. ¡madre mia!.. Olimpia, corro en busca de Felipe... es mi única esperanza. Salvará á mi madre... ¿no es verdad? ¿no es verdad que salvará á mi pobre madre?
ROSA. ¿Sabeis dónde vive?
GASTON. No; pero me informaré... preguntaré...
ROSA. Y en la turbacion que os domina, os comprometeriais... nada; yo iré con vos.
OLIMPIA. Y yo tambien.
ST.-FAR. ¡Imposible! ¿No recuerdas que esta noche?..
OLIMPIA. (*A Rosa.*) Pues bien, no le dejes. (*A Gaston.*) No te expongas... piensa en mí...
GASTON. En este momento no puedo pensar mas que en mi madre. (*Váse con Rosa.*)

ESCENA X.

OLIMPIA, SAINT-FART.

OLIMPIA. (*Sentándose desfallecida.*) ¡Dios mio!.. Dios mio!..
ST.-FAR. ¡Era tan feliz hace un momento! Hay para volverse loco. (*Dan las cinco.*) ¡Las cinco!.. ¡El teatro!.. Si no trabajase esta noche, se haria tambien sospechosa... Olimpia... hija mia... ya son las cinco, y hoy no te perteneces... no tienes el derecho de quedarte... ni aun para llorar.
OLIMPIA. No os oigo... ¿qué deciais?..
ST.-FAR. Digo... perdóname... pero esta noche tienes que trabajar.
OLIMPIA. ¿Yo?.. Si, si; es verdad... estoy pagada y es preciso (*Levantándose.*) hablar... representar... decir versos... palabras... con las lágrimas en el corazon... con la angustia en el alma!.. ¡En fin, estoy pagada! Pero yo no puedo representar, cuando mi marido va á perderse tal vez, cuando van á matar á su madre!
ST.-FAR. Lo conozco... ¡esto es horrible!.. Pero considera, Olim-

pia, que estás comprometida... ¡Ah! sí: el cielo es quien te ha inspirado la idea de volver al teatro. La mujer del noble nada podria hoy hacer por los que ama; pero la actriz, el ídolo del público, puede pedirlo, obtenerlo todo.

OLIMPIA. Sí: teneis razon... eso debe ser... Vamos, devora tus lágrimas, pobre mujer; y si es preciso, arrástrate hasta la escena... Sé fuerte, sé valerosa; demanda á tu dolor esos rasgos que escitan el entusiasmo. No son aplausos lo que tratas de merecer... son dos existencias las que vas á salvar. ¡Al teatro, padre mio, al teatro! (*Deteniéndose.*) Dios mio... esta mañana en el ensayo no equivoqué ni una palabra... y ahora... ahora no encuentro un verso... ni uno solo!.. ¿Si habré perdido la memoria?.. No... no: me acordaré... lo quiero... es preciso... (*Golpeándose en la frente.*) ¡Ah! mi memoria... mi memoria... Veamos... ¡Oh! ¡Esos hombres le matarian!
(*Representando.*)
«¡Tigre feroz, que el llanto me prohibes,
y que me mandas que su muerte vea!..»

ST.-FAR. (¡Ah! ¡recuerda los versos!)

OLIMPIA. «¿Dónde estais, dónde estais, lágrimas mias?
¿tengo del llanto ya las fuentes secas?
No: mis lágrimas bajan escondidas:
llegan al corazon, y allí fermentan.»

ST.-FAR. Sigue... sigue... bien: ahora te adelantas dos pasos... y... (¡Dios mio qué miradas!)

OLIMPIA. «Roma, que fué tu cuna, es su sepulcro:
¡Roma que á tí te encumbra, á él le despeña!
Dia vendrá en que caigas de esa altura...
permita Dios que presenciarlo pueda.
Álcese contra tí tu pueblo mismo:
conjúrese en tu ruina Italia entera;
y si la Italia entera no es bastante,
gentes de Oriente, y de Occidente vengan;
y cuelgen de la punta de sus lanzas,
girones de tu manto por bandera.»

ST.-FAR. Olimpia, hija de mi alma, serénate... por el amor de Dios, por tu padre... por este pobre viejo, que te lo suplica de rodillas.

OLIMPIA. (*Siempre extraviada.*)

«¡Él va á morir! ¡morir cuando le adoro!..
¡cuando su amor el alma me enajena!
¡Cuando debo á su amor las horas únicas,
en que he sido feliz sobre la tierra!

St.-Far. ¡Por Dios, Olimpia! ¡por Dios! (¡Señor, que no se vuelva loca!) (*Se oye ruido.*)

Olimpia. «¿Escuchais ese ruido y esas voces?
Son las de sus verdugos, que le llevan.
Como si me pisaran los cobardes,
dentro del corazon sus pasos suenan.
(*Se acerca el ruido.*)
¡Ois cómo celebran los chacales,
el rastro de la sangre que olfatean?..
El tigre salta, y de placer henchido,
ruge feroz al devorar la presa.»

ESCENA XI.

Dichos, Rosa, *luego* Gaston *y pueblo.*

Rosa. ¡Saint-Far de mi alma!

St.-Far. Vamos mujer, que tú tumbien...

Rosa. No puedo mas... me ahogo.

St.-Far. Y bien...

Olimpia. Gaston...

Rosa. ¡Lo han preso!

Olimpia. ¡Ave Maria purísima! ¡Preso!.. ¡él!.. ¡Gaston!.. Llevadme, padre mio... quiero representar... quiero salvarle ó morir. (*Se precipita hácia la puerta, y la abre de par en par: en este momento pasa por delante Gaston, conducido por un peloton de gentes del pueblo.*) ¡Gaston!.. ¡es él!.. (*Se lanza fuera, y arranca á su marido de los que le llevan, trayéndole al teatro, los demas le siguen.*) ¿A dónde le llevais? Este hombre es mi marido: ¿lo entendeis bien? ¡mi marido!

St.-Far. (¿Se va á perder!)

Gaston. Esta mujer se engaña... yo no la conozco, señores... Llevadme.

Olimpia. Digo que soy su mujer, y no nos separareis.

Un agente del pueblo. No tenemos órden de prenderte.

Olimpia. ¡Oh! ¡me prendereis!.. tendremos la misma cárcel,

Gaston... el mismo cadalso... Sé un grito que condena.,. que mata...

St.-Far. ¡Ah! ¡Calla, desgraciada!.. (*El peloton se aleja.*)

Olimpia. No callaré... ¡Viva la Reina!..

St.-Far. ¡Calla!..

Olimpia. ¡Viva la Reina!.. (*Movimiento general: el peloton vuelve y se apodera de Olimpia.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala de recibimiento en la conserjeria. Una gran puerta con verja en el fondo, que da sobre un patio: dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Un gran sillon, una mesa, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

GASTON, FELIPE.

GASTON. (*Sentado.*) Ya te he referido el sacrificio de Olimpia. Ella se ha perdido por seguirme, por estar conmigo; pero inútilmente. Apenas llegamos anoche á esta cárcel, nos separaron, sin atender á sus lágrimas, ni á mis súplicas. Despues no la he vuelto á ver, ni he podido averiguar si mi madre se halla tambien en esta prision. ¡Madre mia! ¡Tal vez moriré sin abrazarla, sin recibir su bendicion!

FELIPE. ¡No, no morirás, voto á cien diablos! Los sucesos de esta noche han debido cambiar la faz de los negocios públicos.

GASTON. ¡Triste pais! ¡Desventurada Francia! Invocando un principio que, lejos de respetar y enaltecer, hunden en el mas desastroso abismo, la seguridad personal, el bienestar público, la ley en fin, no es á los ojos de esos caníbales mas que una palabra vaga, que nada significa, que ningun obstáculo puede oponer á sus instintos de

sangre, á su espíritu de aniquilamiento y venganza. ¡Y hablan de dar libertad al pais!... ¡de regenerar la Francia!... ¡El pais!... ¡que gime bajo la mas espantosa de las tiranías!... ¡la Francia!... ¡que ha visto desaparecer de su seno cuanto de noble y grande encerraba!

FELIPE. El cuadro es sombrio... pero exacto.

GASTON. ¿Y qué se ha hecho de nuestros amigos?

FELIPE. Unos presos... otros en el extranjero... la mayor parte han perecido en el cadalso. Dervil ha podido escapar á sus verdugos... no asi el pobre Flesant, que...

GASTON. ¿Pero tú cómo te encuentras aquí?

FELIPE. Como uno de los que entran á visitar á los presos. Y créete que si no me hallo de otra manera, no es culpa mia, porque... ¡Pero en Paris como en el ejército, la muerte no quiere nada conmigo! ¡Al contrario! hasta tengo influencia con esas gentes, cosa que á la verdad no comprendo; y voy á emplearla en tratar de reunirte con tu madre y con tu mujer. (*Viendo á Anselmo.*) Hé aqui precisamente el hombre á quien debo dirigirme.

ESCENA II.

DICHOS, ANSELMO.

ANSEL. ¡Hola, ciudadano!

FELIPE. Escucha, Anselmo. ¿Conoces esta firma? (*Enseñándole un papel.*) ¡Es la de Tallien! y Tallien ya sabes que es poderoso, omnipotente.

ANSEL. Hoy por hoy, no tiene duda. Mañana...

FELIPE. Preso tal vez. Tampoco seria extraño; pero en este momento debes obedecerle.

ANSEL. Hablad... que yo sepa...

FELIPE. Mi primo, que es este prisionero que ves ahí, quiere ver á la condesa de Rudentz, su madre, y á Olimpia, su mujer. Ambas estan aqui, y es preciso que vayas á buscarlas.

ANSEL. Haré que avisen á la ciudadana Olimpia... (*Bajando la voz.*) En cuanto á la ex-condesa...

FELIPE. (*Con ansiedad.*) ¿Qué?

ANSEL. Se halla ahora en el tribunal.

FELIPE. ¡Pues qué! ¿Sigue funcionando tódavia?

ANSEL. Sin descanso.

FELIPE. ¡Calla! ¡que no te oiga!

GASTON. (*Levantándose y acercándose.*) ¿Has conseguido?...

FELIPE. Sí, que veas á Olimpia.

GASTON. ¿Y á mi madre?

FELIPE. A tu madre...

ANSEL. (*Ap. á Felipe.*) Hácia aquí se dirige.

FELIPE. A tu madre tambien.

ANSEL. (*Ap. á Felipe.*) No vivirá muchos instantes. Os dejo con ella, y voy á traeros la otra. (*Vase.*)

ESCENA III.

GASTON, FELIPE, *la* CONDESA, *que llega lentamente.*

FELIPE. (*Viéndola venir.*) (¡Pobre señora! La edad y los padecimientos han alterado su salud; pero no han podido rebajar su aire de distincion y nobleza!)

GASTON. (*Corriendo á su encuentro.*) ¡Madre de mi alma!

CONDESA. Gaston... hijo mio... no esperaba volverte á ver. (*Abrazándose.*)

FELIPE. ¿Y por qué, señora?

CONDESA. (*Reparando en él.*) ¡Felipe!...

FELIPE. Abrazadme, tia. (*Se abrazan.*) Pero no, mas vale que os ocupeis solamente de él.

CONDESA. Esta noche he pedido dos favores al Omnipotente, y me los ha concedido. El primero, hijo mio, poder estrecharte una vez mas contra mi corazon.

GASTON. ¡Madre de mi vida! (*Volviendo el rostro y llorando.*)

FELIPE. ¿Y el segundo?...

CONDESA. (*Con calma y en voz baja.*) ¡Morir!... y acaban de sentenciarme. (*Sentándose.*)

FELIPE. ¡A vos!... ¡Oh!... lo que es ese favor no se cumplirá, señora! ¡yo os lo juro! ¡Aunque tuviera que minar la Francia, que habérmelas con Tallien, con el mundo entero!

GASTON. ¿Qué dices?

FELIPE. Digo que... no digo nada.

GASTON. Pero...

FELIPE. Que corro á casa de Tallien, y que no cortarán una sola cabeza de los Rudentz, ó caerán todas. Nos volveremos á ver, tia: ¡pues no faltaba mas!... (*Váse corriendo.*)

ESCENA IV.

La Condesa, Gascon.

Condesa. Será inútil cuanto pretenda hacer en favor nuestro. En el corazon de esos hombres no hay lugar á la piedad.

Gaston. Pero él tiene influencias poderosas, y las empleará, madre mia, en salvaros.

Condesa. ¿Y qué me importa la vida?

Gaston. ¡Oh! no digais eso: no digais eso delante de vuestro hijo, que daria la suya por ahorraros un minuto de padecimiento, un átomo de pesar.

Condesa. Gaston, yo he sido una mala madre...

Gaston. ¡Oh! ¡no me hableis asi!

Condesa. Yo he sido una mala madre; y Dios hubiera pódido castigarme, negándome el placer que ahora me concede. Pero Dios es bueno y misericordioso!... Dios me proporciona el consuelo de decirte: ¡yo te bendigo, híjo mio!... ¡yo te bendigo y te amo! (*Aparece Olimpia.*)

Gaston. Madre mia, esas palabras de amor y de consuelo, esas palabras que bastarian á recompensarme de una vida entera de padecimientos, ¿serán únicamente para mí? Yo no estoy solo en el mundo, ni en esta horrible mansion. La mujer, á quien he dado el nombre de esposa, ha venido por su propio deseo á compartir mi cautividad; y cualquiera que sea la suerte que el cielo me destine, tambien la dividirá conmigo. ¿No reconocereis en esta hora suprema, en este solemne momento, la union santa, que la muerte misma va á consagrar tal vez?

ESCENA V.

Dichos, Olimpia *acercándose.*

Olimpia. (*Con respeto.*) Señora, habeis rechazado en otro tiempo á la ensalzada condesa ¿Rehusareis tambien ahora á la humilde prisionera? Si el nacimiento nos separa, la desgracia nos acerca. Dios tiene la misma piedad para todos los sufrimientos... la misma palma para todos los mártires.

CONDESA. ¡Es verdad!... He intentado separar lo que el cielo habia unido; he querido maldecir lo que él habia ya bendecido!... ¡Se apoderó de mí la locura del orgullo!... ¡Os he rechazado; y... (*Levantándose.*) perdonadme, señora! (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Abrazadme, hija mia!

GASTON. ¡Madre de mi corazon!...

OLIMPIA. ¡Señora!..

GASTON. Este momento de felicidad...

ESCENA VI.

DICHOS, ANSELMO.

ANSEL. ¿Ciudadano Gaston?

GASTON. (No debia durar mucho tiempo!) Yo soy: ¿qué me quereis?

ANSEL. Se os llama en la escribania para... para poner una firma.

GASTON. (Comprendo.) Ya os sigo.

OLIMPIA. ¡Pero qué! ¿van á separarnos otra vez?

CONDESA. ¡Gaston!...

CASTON. ¡Madre!... ¡esposa mia!... ¡La Providencia no permitirá que nos separen ahora!... ¡Mi madre!... ¡mi Olimpia!.. ¡todo lo que amo en el mundo!... (*Las abraza y sale con Anselmo.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA, OLIMPIA.

CONDESA. ¡Hijo mio!... ¡No verle mas!...

OLIMPIA. ¡Oh! ¿qué decis, señora?

CONDESA. (*Con dulzura.*) Escuchadme, Olimpia. De cuantos bienes me legaron mis abuelos, ya solo me queda esta cruz, que he podido ocultar á las miradas de todos. M madre me la dió al espirar... Conservadla, hija mia como recuerdo de la que va á morir.

OLIMPIA. ¿Morir vos?...

CONDESA. Si: ya estoy sentenciada. Dios ha permitido sin embargo que la mujer á quien habia ofendido tanto, me estreche contra su corazon y me perdone.

OLIMPIA. (*Abrazándola.*) ¡Madre!...
CONDESA. ¡Hija mia... yo os bendigo!...
VOZ. (*Dentro.*) ¡Preval! ¡Fermin! ¡Dolney!
CONDESA. ¿No ois? Esa voz llama á los que han sido sentenciados como yo... luego me llamarán tambien: obtened, si es posible, algunos momentos .. quiero rogar al cielo por mis hijos... Voy á entrar en esa habitacion; (*Señalando á una.*) y cuando sea tiempo de morir, avisadme: estaré dispuesta. (*Entra en la habitacion que ha señalado.*)

ESCENA VIII.

OLIMPIA.

¡No: no morirá!.. ¡no debe morir!... ¡Ella que me ha perdònado!... ¡que me ha bendecido!... ¡que me ha llamado su hija!... Pero ¿y Gaston? ¡Gaston que no vuelve!... ¿Serian capaces de condenarle, sin permitir que le vea otra vez, que le estreche contra mi corazon?

ESCENA IX.

OLIMPIA, ROSA.

ROSA. ¡Olimpia! ¡Olimpia!
OLIMPIA. Rosa, ¡hermana mia, ¿tú tambien en esta horrible prision?
ROSA. ¡Oh! no he venido para permanecer aqui, sino para salir contigo.
OLIMPIA. ¿Conmigo?
ROSA. Sí: estás libre.
OLIMPIA. ¿Qué dices?
ROSA. No lo dudes. Saint-Far y yo no hemos descansado en toda la noche, hasta conseguir tu perdon! Si hubieras visto al pobre viejo recorrer Paris en todas direcciones, suplicando con lágrimas en los ojos que te devolviesen tu libertad!.. Hasta que al fin la hemos alcanzado; y hé aqui la órden. (*Leyendo.*) «Queda en completa libertad »la ex-condesa de Rudentz.» Me han dicho que no hay mas que presentar este papel al alcaide, y firmar en el registro de salidas y que podemos partir sin demora.
OLIMPIA. ¿Quién, yo?

Rosa. Si: me parece que no tendrás el pensamiento de continuar en esta horrible cárcel.

Olimpia. ¡Pero abandonarla!.. ¡á ella!.. ¡oh! ¡imposible!

Rosa. ¿A quién?

Olimpia. ¡A su madre... está sentenciada!..

Rosa. ¡Ah!

Olimpia. Hace algunos instantes que me abrazaba... que me llamaba hija suya... y dentro de poco tal vez...

Voz. (*Dentro.*) La ex-condesa de Rudentz.

Rosa. (*Dirigiéndose al fondo.*) ¿Qué voz es esa?

Olimpia. (Gaston, que la quiere tanto, que daria su vida por ella, ya no la veria mas!..)

Rosa. Creí haber oido...

Olimpia. (*Vivamente.*) Si, mi nombre... me estan llamando... (Al paso que si ocupara yo su lugar... ¡Oh!.. Debo á Gaston este sacrificio... y lo cumpliré. ¡Pero morir sin verle!.. ¡Sin abrazar á mi padre, á ese pobre viejo, que tanto ha hecho por mí!.. ¡Ah! ¡No debo... no quiero vacilar... el sacrificio es grande; pero es el precio de mi perdon!..)

Voz. (*Dentro.*) La ex-condesa de Rudentz.

Rosa. ¿Otra vez te llaman?

Olimpia. Tu misma lo has dicho: para llenar alguna formalidad...

Rosa. En ese caso te acompañaré.

Olimpia. ¿Tú? de ninguna manera.

Rosa. Pero...

Olimpia. Al contrario, quédate aqui; y si la señora de Rudentz pregunta por mí, dále este papel que salva la vida á la ex-condesa. No te separes de su lado, hasta que yo vuelva... ¿me lo ofreces? Ten presente que ahora es mi madre... que me ha llamado hija suya... ¡que me ha dado su bendicion!

Rosa. ¡Pobre señora! ¿Y dónde está?

Olimpia. En esa habitacion. (*Señalando á una.*)

Rosa. (*Que ha ido á mirar.*) Si: allí la veo... está arrodillada...

ESCENA X.

Dichos, Anselmo.

Ansel. (*Entrando.*) La ex-condesa de Rudentz.

OLIMPIA. (*Yendo precipitadamente á su lado.*) Yo soy... yo soy... (¡No le engaño! ¡Puesto que lo he sido ante Dios, bien puedo serlo en el cadalso!)

ROSA. Olimpia, yo voy contigo... yo te quiero acompañar.

ANSEL. No puede ser.

OLIMPIA. (*A Rosa.*) Ya lo oyes: no puede ser. (*A Anselmo.*) Dejadme que la abrace... ¡por todos los que amo!... (*La abraza.*)

ROSA. Pero, hermana mia, volverás al momento, ¿no es asi?

OLIMPIA. Si, al momento. (Gaston, el sacrificio de mi vida por la felicidad que me has proporcionado: en pago de tu amor, te devuelvo á tu madre.) (*Váse con Anselmo.*)

ESCENA XI.

ROSA.

¡Es extraño! Yo creia que para ir donde va, para acreditar que está ya libre, necesitaba presentar este papel. De otra manera ¿cómo la han de creer bajo su palabra? Ese hombre decia que yo no podia acompañarla... ¿y por qué? Cuando va á salir de este sombrio recinto, justo es que yo, que soy su hermana, no me separe de su lado. ¡Oh! Si: quiero acompañarla... quiero ir con ella... ¡Olimpia! ¡Olimpia!... Nadie responde... ¡nadie!... y yo no acierto á moverme... (*Se oye el ruido de un carruaje que parte.*) Pero ¿qué ruido es ese? Es el de un carruaje que parte... Nunca me ha estremecido tanto el crujido de esa carreta. ¡Parecia que sus ruedas pasaban sobre mi corazon!

ESCENA XII.

ROSA, GASTON, FELIPE, *seguidos de* ANSELMO.

FELIPE. ¡Victoria, primo, victoria! ¿No te decia yo que los sucesos de esta noche debian ejercer su influencia en los negocios públicos? ¡Tallien triunfa! (*Enseñándole á Anselmo un papel.*) ¡Hé aqui el decreto de la convencion, ante el cual todas las cadenas deben arrancarse,

todas las puertas deben abrirse!...

ROSA. Es posible.

FELIPE. Si, señora. Todos los prisioneros recobran su libertad.

ANSEL. Este decreto llega tarde para los sentenciados de hoy.

FELIPE. ¿Qué quieres decir?

GASTON. Esplicaos...

ANSEL. Digo que llega tarde para los sentenciados de hoy, porque ya han marchado á su destino.

GASTON. ¡Ah! mi madre...

FELIPE. La condesa de Rudentz...

ANSEL. Ha partido ya.

FELIPE. ¡Ah! corro... (*Váse precipitadamente.*)

ROSA. Pero si yo la he visto hace pocos momentos arrodillada...

GASTON. ¿Dónde?

ROSA. En esa habitacion... (*Señalando á ella.*)

GASTON. ¡Madre de mi alma!.. ¡Madre mia!... (*Corriendo presuroso á ella: á este tiempo sale la condesa.*)

ESCENA XIII.

GASTON, ROSA, ANSELMO, LA CONDESA.

CONDESA. ¿Me llamas, hijo?

GASTON. ¿Sois vos, madre mia? ¡Luego era mentira que habiais partido ya, y hemos llegado á tiempo de salvaros?

CONDESA. ¿Cómo?

GASTON. Si: renace la esperanza: el terror desaparece: la convencion ha decretado que desde ahora queden en libertad todos los presos. Nos habian hecho creer que vos habias sido sentenciada...

CONDESA. Y es cierto.

GASTON. Que habiais ya partido.

ANSEL. Vuelvo á decir que una mujer ha respondido al nombre de la ex-condesa de Rudentz...

ROSA. ¡Ah! ¡era Olimpia!

GASTON. ¡Olimpia!

CONDESA. Sin duda ha querido morir por salvarme...

ROSA. ¡Hermana mia! Por eso me encargaba que no me separase de vuestro lado, y que os entregase este papel, que salvaba la vida á la que llevara el nombre de condesa de Rudentz!...

Gaston. ¡Pero yo no quiero que muera!... ¡ella!... ¡Olimpia!.. ¡mi bien amada!... ¡No!... ¡yo no quiero dejarla morir!... yo estoy en libertad... Felipe, dame esa órden... (*buscando á Felipe con la vista, y recorriendo el teatro con desesperacion.*) ¡Y Felipe no está!... ¡Felipe!... ¿dónde habrá ido?... ¡Es menester salvarla!... ¡Oh! ¡el terror le habrá alejado de aqui!... ¡Todo está perdido! ¡No me dejarán salir!... ¡y yo quiero buscarla!... ¡disputarla á sus verdugos!... (*Corre precipitadamente á la puerta, á cuyo tiempo se abre esta, y aparece Olimpia desmayada en brazos de Saint-Far y Felipe.*) ¡Dios mio! ¡muerta!...

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Saint-Far, Felipe, Olimpia.

St.-Far. No: ¡vive!... ¡vive!...

Todos. (*Corriendo á abrazarla.*) ¡Olimpia!

St.-Far. ¡Vive!... Solo que el susto... la emocion...

Felipe. No era el caso para menos. Figuraos que...

Olimpia. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah!...

St.-Far. ¡Vuelve en sí!...

Olimpia. ¿Dónde estoy?...

St.-Far. ¡Entre nosotros, Olimpia!

Gaston. Entre los que te aman, esposa mia.

Olimpia. ¿Luego ha sido un sueño? ¡creí que me llevaban á morir!...

Felipe. (¡Pues lo que es de ese sueño ha podido no despertar!)

Olimpia. Creí que me conducian en un carruaje con otros presos, que al llegar al sitio de la ejecucion, me tomaban en brazos...

Felipe. Nada mas cierto. A este pobre viejo (*Señalando á Saint-Far.*) se debe todo. En vano al divisar á Olimpia, habia gritado por todo el tránsito que estaba perdonada, que no debia morir... no le hacian caso, y menos aun se cuidaban de detener los caballos que conducian la fatal carreta. Ya se acercaban al sitio de la ejecucion y se veian casi enfrente de la horrorosa máquina, cuando Saint-Far en un desesperado esfuerzo, se arrojó á los pies de los caballos con inminente riesgo de ser atrope-

llado; pero logró que se detuvieran, y entonces llegué yo con el decreto de la convencion, ante el cual los abastecedores de la muerte, tuvieron que conformarse, dejándola en libertad. La recogimos, ya devanecida, en nuestros brazos, y la hemos conducido á esta mansion, de donde volveremos á salir al instante, para que se reuniese con los que ama... con los que la deben su felicidad.

CONDESA. Y acaso la vida.

GASTON. (*A Saint-Far.*) De manera que si no es por vos...

OLIMPIA. ¡Padre mio!... ¿estais herido?...

ST.-FAR. ¡Ah! no por cierto. Gracias á Dios, Olimpia, aunque viejo, todavia he podido servir para algo...

CONDESA. ¡Y vos, hija mia, que habeis querido morir por mí!... por salvarme!...

OLIMPIA. Al contrario, señora, vos sois quien me ha salvado: me habeis llamado hija vuestra, me habeis bendecido; y la bendicion de una madre lleva tras sí la bendicion del cielo.

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.
A publico agravio pública venganza.
Antes que te cases...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Bodas de un criminal.

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Delirium tremens.
Disfraces, sustos y enredos.
Dimas el titiritero.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.
El querer y el rascar....
El destino.
El querer y el rascar...
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
El hombre negro.
El fin de la novela.
En Aranjuez y en Madrid.
El conde de Selmar.
El filántropo.
El collar de perlas.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.
Fea y pobre.

Gato por liebre.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.
Juicios de Dios.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La flor del valle.
La choza del almadreño.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La conquista de Toledo.
La Hiel en copa de oro.
La libertad de Florencia.

Mal de ojo.
Mi mamá.

Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.
Mi suegro y mi mujer.
Marta la flamenca.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!
Navegar á la ventura.

Oráculos de Talia.
Olimpia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.
Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir.
Todos unos.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minutos
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lecion de mundo.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de l Serranía de Ronda

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
A última hora.
Alumbra á este caballero.
Angélica y Medoro.

Catalina.
Claveyina la Gitana.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Carlos Broschi.

El Vizconde.
El trompeta del Archiduque.
El amor y el almuerzo.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El delirio.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
El sueño de una noche de verano.
Escenas en Chamberí.
El ensayo de una ópera.

Entre dos aguas.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.

Guerra á muerte.
Galanteos en Venecia.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.

La litera del Oidor.
La Espada de Bernardo.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Cacerla real.
Los jardines del Buen Retiro.
La hija de la Providencia.
Los Comuneros.
Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*Sum sica.*)
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el sueg omnibus.
Las bodas de Juanita.

Moreto.
Mis dos mugeres.
Marina.
Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gr Maestro.
Pablito. (Segunda parte de Don I mon.)
Tres para una.
Un sombrero de paja.
Un dia de reinado.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 4(cuarto segundo de la izquierda.